



Taifas

2070

Antonio de Chencha

Lectulandia

Al igual que en el año previo, también en el 2070, la península ibérica sigue dividida en Estados, que guerrearán entre sí por los recursos y la influencia. Aunque uno destaca notoriamente sobre los otros, porque ha logrado prevalecer en todos los conflictos a los que se ha enfrentado.

Las guerras y también extrañas alianzas con algunos de sus vecinos, consolidaron el poder de los gallegos, y el futuro parecía prometedor para el presidente galaico y sus asociados.

Sin embargo, un peligro externo con el que no contaban se cierne sobre la península, y amenaza con dar al traste con el orden establecido.

De nuevo todos recurren al amparo del Estado más poderoso, y piden a su líder que los defienda de la amenaza que se cierne sobre ellos.

Lectulandia

Antonio de Chencha

Taifas 2070

ePub r1.0
Titivillus 15.12.15

Antonio de Chenchá, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Los drones surcaban los cielos de la capital vasca como rabiosas avispas velutinas en busca de colmenas de abejas a las que devorar.

Múltiples columnas de humo, ennegrecido y maloliente, se elevaban al cielo y cubrían gran parte de la ciudad, impidiendo que los generosos rayos de sol, de un día templado, primaveral y luminoso, llegaran al suelo, donde los escombros de un sinnúmero de edificios derribados por las bombas atestaban las vías y dificultaban enormemente el paso de vehículos y personas.

Multitud de cadáveres yacían por doquier sin que nadie se ocupase de enterrarlos, y el hedor que flotaba en el aire inundaba las fosas nasales de los pocos viandantes que se aventuraban por las caóticas calles —la mayoría soldados—, que caminaban con dificultad tratando de cumplir las últimas órdenes que sus mandos les habían dado: replegarse y cobijarse tras las trincheras de hormigón armado, que circundaban la sede del gobierno vasco y que, inexplicablemente, no había sido atacado directamente por las brigadas de asalto gallegas, que ocupaban ya gran parte de la ciudad y tenían el edificio al alcance de su artillería. Tampoco los drones, aerodeslizadores o aviones de combate de la fuerza aérea galaica habían recibido la orden de atacar la sede de gobierno de los vascos, y solo por eso el antiguo Instituto Ramiro de Maeztu se erigía incólume entre el mar de ruinas que lo circundaban.

La responsabilidad de que el parlamento vasco siguiera en pie la tenía Pedro Casáis. El presidente gallego sabía que bajo el edificio se hallaba el principal centro de mando de sus adversarios: un profundo bunker de varios niveles, imposible de destruir con bombas lanzadas desde el aire, ni con misiles aire-tierra convencionales. Por razones que solo él sabía, ordenó que el arcaico y noble edificio, recientemente restaurado, que se erigía sobre el centro de mando subterráneo, no fuera blanco de los ataques.

Pedro tenía la intuición de que el incólume edificio sería como un imán y atraería a todos los mandos vascos que se replegaban en desbandada de todos los frentes. Pensó que, si los dirigentes enemigos confluían en un único lugar y él los tenía cercados, era muy probable que pudiera obligarlos a rendirse sin condiciones.

El máximo mandatario gallego era un espécimen masculino que destacaba incluso en la categoría de los machos alfa: musculoso sin caer en el exceso, además de atlético, delgado y nervudo. Poseía una compostura natural que le permitía lucir elegante con casi cualquier indumentaria. Acababa de cumplir los 39 años y, aparentemente, estaba en el apogeo de su vida. Su estatura, superior a la media, alcanzaba el 1.90 centímetros, y le permitía encarar a casi todos sus interlocutores sin tener que levantar la mirada. Además, era poseedor de un rostro de rasgos proporcionados, bronceado por el sol y curtido por el viento, en el que destacaban

unos inquisitivos ojos de un verde claro, una nariz recta, una barbilla prominente y un tupido pelo rubio, aún libre de canas.

El mandatario gallego había sido el claro ganador de unas elecciones democráticas, que se habían celebrado casi un año antes y, habitualmente, se veía obligado a vestir el uniforme de los políticos: traje y corbata. Sin embargo, cuando tenía que visitar instalaciones militares o dirigir una contienda, le gustaba lucir alguno de sus uniformes castrenses.

El presidente gallego se hallaba en el bunker que se ubica debajo del palacio municipal de A Coruña, y que ocupa, a gran profundidad, todo el subsuelo de la plaza de María Pita.

Pedro se sentía cómodo. Estaba ataviado con uno de sus distintivos uniformes: una guerrera militar caqui, una camisa blanca de manga larga, corbata negra de nudo, pantalón reglamentario, zapatos negros y gorra de plato; sobre los hombros, bordada, lucía la bandera gallega con listas en sentido vertical, y también las dos estrellas de oro de cuatro puntas que revelaban que su rango era el de general de división. Sobre el pecho llevaba solo algunas de sus condecoraciones más valoradas, y, además del distintivo que le identificaba como ingeniero mecánico, exhibía una particular insignia bordada en oro, que contenía cuatro estrellas de cinco puntas, que indicaban que ostentaba el rango de jefe supremo del ejército.

El centro de operaciones subterráneo en el que se encontraba el presidente gallego estaba intensamente iluminado y atestado de técnicos cubiertos por idénticas batas blancas, que trabajaban tras pulcras mesas metálicas, y a menudo fijaban los ojos en pantallas panorámicas que mostraban variadas imágenes y un gran número de datos. Gracias a las cámaras que llevaban los drones, que pululaban por los cielos de Vitoria, y a los numerosos satélites que controlaban, podían ver en directo lo que ocurría en la lejana ciudad, que sus divisiones acorazadas estaban ocupando.

—Ya queda poco —dijo el presidente, mirando de soslayo a su ayudante, Rubén González, que como él vestía de uniforme y mantenía los ojos fijos en una de las grandes pantallas, que mostraban con nitidez el caos y la destrucción que sus fuerzas de asalto habían originado en la capital vasca.

El capitán González intuyó lo que el mandatario gallego quería decir, pero aun así quiso confirmar que su intuición era acertada y preguntó:

—¿Poco para qué, señor?

El presidente lo miró con súbita sorpresa iracunda, pero vio la interrogación y la candidez reflejadas en la cara de su subalterno, y por eso se sintió obligado a contestar con voz paciente.

—Falta poco para acabar con esta maldita guerra —explicó y añadió—. Ya no hay fuerzas de consideración que se nos opongan, y los servicios de inteligencia aseveran que el lehendakari y su alto mando se esconden ahí —dijo, señalando la pantalla en la que podía verse el indemne edificio, que destacaba nítidamente sobre los diversos escombros, de toda índole, que había en derredor.

Rubén no necesitó saber más. Conocía bien a su jefe e intuía que este iba a darle nuevas de lo que pensaba hacer, en breve.

La intuición del capitán González resultó acertada.

Sabiendo que muchos estaban pendientes de él, a pesar de que aparentaran estar ocupados en otros quehaceres, el presidente, sin dirigirse a nadie en concreto, dijo:

—Quiero hablar con el lehendakari ¿Seguimos estando en contacto radiofónico con ellos o lo hemos perdido?

Rubén dudó, pero uno de los técnicos de comunicaciones, sentado tras su mesa, a corta distancia, escuchó claramente la pregunta y se apresuró a responder:

—Tengo acceso a sus redes de transmisión y puedo ponerme en contacto con ellos, señor.

Al escuchar a su subalterno, el presidente lo miró con brevedad analítica, y pudo comprobar que el joven y anodino individuo lo miraba con una ligera mueca de interrogación plasmada en la cara; por eso confirmó su orden con un tono de voz que sonó impaciente pero no despótico.

—¿A qué esperas? ¡Hazlo!

—Enseguida, señor —respondió el hombre, contento de ser útil.

Al poco, después de manipular expertamente unos mandos y hablar con uno de sus homólogos del bando enemigo, sorprendido por la llamada, pero igualmente eficiente, apareció el esperando rostro del lehendakari en la pantalla en la que Pedro mantenía fija la mirada.

El gallego se fijó detenidamente en su adversario, y la nítida resolución del LED le reveló que este no tenía buena cara. Pudo ver a un cuarentón sin afeitarse, vestido informalmente, de rostro desencajado, expectante y enfadado que, después de mirarlo brevemente, le espetó:

—¿Qué quieres asesino?

Por el rostro del mandatario gallego cruzó sombra de extrañeza por el inesperado insulto, pero en vez de preguntar por qué su enemigo le agraviaba de manera abrupta, fue capaz de mantener una glacial calma y responder:

—Exijo vuestra inmediata e incondicional rendición —explicó y añadió—. Habéis sido derrotados y no tenéis salida.

—¡Eso nunca! ¡Jamás nos rendiremos! —afirmó, exaltado, el lehendakari, Álvaro Aguirre, y sin pausa añadió—. Habéis masacrado a miles de los nuestros pero esta ciudad será vuestra tumba.

La vehemencia de la negativa no resultaba creíble, y el presidente Casáis se dio cuenta de que se hallaba ante un hombre intolerante, que destilaba odio, al que iba a ser muy difícil convencer. Incluso así quiso mostrarse conciliatorio y dar una salida digna a su oponente.

—Piénsalo, Aguirre. No se trata de demostrar valor. Nadie puede decir que no habéis luchado con ahínco —expuso el mandatario gallego, y esperó a ver si sus conciliadoras palabras tenían algún efecto en el ánimo del iracundo hombre que

estaba viendo en la pantalla.

Álvaro Aguirre escuchó evidentemente incómodo, negando repetidamente con la cabeza, con las mandíbulas apretadas y algo trémulo. Resultó evidente que las apaciguadoras palabras de su enemigo, en vez de calmarlo lo excitaron más, y eso fue notorio para todos los que se fijaban en él y esperaban su réplica.

—La respuesta es no. No pienso rendirme. Pienso seguir peleando por la libertad hasta la muerte.

—No se trata solamente de ti, Aguirre. Eres el lehendakari y la vida de mucha gente está en tus manos —dijo Casáis, sin pretender refutar la grandilocuencia melodramática de su enemigo para no irritarlo más.

—Todos los vascos lucharemos hasta el último hombre si es preciso.

—¡Ah! Y no pienses que somos suicidas. Nuestra resistencia será tan numantina que os veréis obligados a retiraros con el rabo entre las piernas, y después os proseguiremos hasta los confines de vuestras tierras y os haremos pagar muy caro por las muertes y la destrucción que nos habéis causado —afirmó el mandatario vasco, y resultó evidente que se creía sus entelequias. A pesar de ello, aún conciliador, Pedro Casáis respondió:

—Te recuerdo que fuisteis vosotros los que iniciasteis las hostilidades cuando invadisteis Burgos —denunció el presidente gallego.

—Porque vosotros y los madrileños os habíais anexionado esa región y resultabais una amenaza que teníamos que neutralizar —se justificó el lehendakari, convencido de su razón.

Casáis se dio cuenta de que estaba hablando con un fanático, al que no le importaría sacrificar hasta el último de sus hombres para defender algo en lo que creía fervientemente, y que no iba a ser capaz de hacerlo cambiar de opinión. A pesar de todo se sintió obligado a hacer una propuesta más a su tozudo enemigo.

—Ya sabes que Vitoria ha caído y ya apenas nos encontramos focos de resistencia. Imagino que en el bunker en el que te resguardas habrá muchos civiles —teorizó el militar gallego, y viendo, por sus ademanes inquietos, que Álvaro estaba a punto de contestarle, se apresuró a concretar su oferta:

—Puedes dejar salir a las mujeres y a los niños. Además de a cualquier otro no combatiente, y permitiré que vayan a un lugar seguro fuera del alcance de las bombas.

—¿Pretendes que te dé rehenes, es eso? ¿Me tomas por tonto?

—¡No! ¡No! Te garantizo por mi honor que mi oferta es genuina y no tiene doblez —afirmó Pedro, con un todo de voz que exhalaba sinceridad, y que su adversario no quiso poner en duda porque en su subconsciente lo creyó.

Aún así el lehendakari se mantuvo en sus trece y volvió a repetir lo que ya había dicho:

—Todos los vascos estamos dispuestos a luchar hasta las últimas consecuencias y seguimos convencidos de que nuestra resistencia será recompensada con la victoria

—afirmó el alterado Álvaro, sin ser consciente de que su grandilocuencia nerviosa resultaba patética.

—Está bien. Tú lo has querido. Aquí y ahora te hago responsable de los muertos que se produzcan a partir de este momento, y juro que haré que te juzguen y condenen como responsable de la muerte de la población civil no combatiente —dijo el comandante en jefe gallego, con un tono de voz amenazante, que sorprendió incluso a los soldados y técnicos que estaban dentro del radio de su voz, y por un instante dejó sin palabras a su interlocutor vasco. Antes de que este reaccionase a la amenaza, Pedro Casáis, dio un par de pasos al frente y él mismo pulsó el interruptor que cortaba la comunicación.

—Llama a Michael Blanch y dile que venga enseguida —ordenó el presidente gallego, mirando brevemente a su subordinado, Rubén, y cuando este asintió con la cabeza, dando a entender que sabía a quién se estaba refiriendo su superior, y este supo que se disponía a cumplir su orden, el comandante en jefe del ejército gallego volvió a su circunspección pensativa, que nadie de los presentes se atrevió a importunar.

Media hora más tarde el presidente gallego fue notificado por uno de sus guardias de que Rubén había traído al hombre que le había ordenado buscar, y que ambos esperaban fuera del despacho en el que se había refugiado Pedro, para tener algo de intimidad, mientras cavilaba sobre un sinfín de cuestiones que absorbían su energía y su tiempo.

—Que pase solo el señor Blanch —especificó, dando a entender que no quería que ni siquiera Rubén se enterase de lo que quería decir.

Enseguida entró el individuo autorizado: un sesentón vestido con una bata blanca, raída y descuidada, que demostraba que el hombre parecía no tener ni idea de lo que era una apariencia digna. Además, sus frecuentes tics nerviosos y sus prominentes ojos saltones revelaban que era un personaje algo desequilibrado.

—Creo que ya sé porque me ha llamado, señor presidente —dijo el hombre, en cuanto se detuvo frente a la mesa de despacho tras la cual se hallaba Pedro.

Este lo miró sin poder evitar una leve mueca de desagrado, ante el ligero hedor a humanidad que emitía el esperpéntico y sonriente visitante, que se hallaba de pie frente a él.

Sin querer corroborar de manera directa la apreciación del científico, Pedro preguntó:

—¿Cuántos pájaros aguja tienes disponibles?

—Miles, señor —respondió Blanch, acentuando su maquiavélica sonrisa, al darse cuenta de que su premonición era acertada.

—¿Y barreras deflectoras, tienes?

—Bastantes, señor, aunque depende del tamaño del espacio que deba circunscribir con ellas —respondió el viejo, esperando a que el estratega le revelara sus planes.

—Solo hay que vallar cuatro perímetros cortos en diámetro —explicó Pedro y concretó—. Las salidas de ventilación del bunker en el que se refugia la plana mayor del gobierno vasco, aunque, ahora que lo pienso, es posible que debamos plantar deflectores alrededor de todo el perímetro de la sede, por si los «pájaros» salen al exterior por cualquier otro lugar...

—¿Qué opinas? —preguntó el mandatario gallego sin importarle parecer indeciso.

—Tengo suficientes deflectores para hacer ambas cosas, y no cabe duda de que para evitar que nuestros propios ingenios nos ataquen es conveniente que hagamos las dos defensas perimetrales.

—Estoy de acuerdo. ¿Podéis tú y tus ayudantes instalar los deflectores solos o necesitáis más ayuda? —preguntó el presidente.

—Mis hombres y yo podemos hacer eso solos, pero tengo una duda —declaró el científico.

Pedro alzó las cejas interrogante, y miró con redoblada curiosidad al excéntrico Blanch, esperando que este le hiciera las preguntas que le inquietaban.

—No sé cómo hacer para retener juntos a los cientos de pájaros aguja que debo introducir en los conductos de ventilación. Están desactivados en jaulas bajas, como ya sabe, señor presidente, y debo encontrar la manera de contenerlos y dejarles como única vía de escape las entradas de los conductos de ventilación —expuso y, sin ser interrumpido, continuó:

—Sí, ya sé que, tal como hemos hablado, los deflectores, en teoría, deben contenerlos e impedir que nos ataquen a nosotros, y se vean forzados a entrar por las entradas de aire que llevan al bunker, pero ¿y si algún deflector falla? —planteó Blanch y calló, sabiendo que era probable que el ingenio de su superior le diese una respuesta.

Pedro entendió el dilema del científico, e inmediatamente su cerebro se puso a buscar una solución para impedir que su sofisticada arma de guerra: los pájaros aguja, así los denominaba él, fuesen un peligro para ellos.

El presidente visualizó en su mente como estaban almacenados los pequeños pero extremadamente peligrosos ingenios mecánicos. Sabía que los robots voladores autónomos, semejantes a colibríes de verdad en casi todo a excepción del pico, que era como una aguja hipodérmica a través de la cual inyectaban su letal veneno, una tetradotoxina que almacenaban en diminutos depósitos internos. Pedro también recordó que los pequeños robots estaban programados para atacar a seres humanos sin distinción, y que una vez activados no distinguían entre bandos enfrentados, y que atacaban e inyectaban su mortal ponzoña a todos los que estuvieran en su radio de acción. Cada uno de ellos estaba diseñado para volar con inusitada rapidez contra las personas, y sus sensores detectaban cuando un individuo estaba emponzoñado; entonces lo descartaban como objetivo y buscaban a otros que todavía no estuviesen envenenados.

La única manera de controlar a los peligrosos pajarillos metálicos era circunscribir con barreras deflectoras su radio de acción. Eso las constreñía en el área delimitada escogida, una vez activados.

Los miedos y observaciones de Michael Blanch eran comprensibles, puesto que él o al menos sus hombres debían estar cerca de los pájaros cuando estos fueran activados, y las invisibles emisiones electromagnéticas de los deflectores no ofrecían una seguridad al cien por cien a aquellos que estuvieran tan próximos a los frenéticos colibríes metálicos.

Todas estas cábalas las hizo el intelecto del mandatario gallego en segundos; antes de que su interlocutor tuviera tiempo de impacientarse encontró lo que le pareció una solución y dijo exultante.

—¡Ya lo tengo!

La atención de Blanch se acentuó y, en silencio, sin quitar ojo de la repentinamente risueña cara de su jefe, se dispuso a escuchar lo que a este se le acababa de ocurrir.

—Lo lógico sería cubrir las entradas de aire del bunker con jaulas cónicas o semicirculares y depositar en ellas los pájaros mecánicos. Después activarlos y esperar que penetren en tromba en el bunker por la única salida que encuentren, que no puede ser otra que el hueco de ventilación —expuso el general, y antes de que su interlocutor asimilase su plan se adelantó a cualquier posible objeción y añadió:

—Ya sé que no tenemos ese tipo de jaulas tan grandes, capaces de recubrir por completo las salidas de ventilación, y que construirlas llevaría bastante tiempo, pero tengo otra opción más rápida e incluso más segura —dijo el presidente, evidentemente satisfecho de sí mismo, y al ver que el científico no hacía ningún comentario y lo miraba interrogante, se vio obligado a exponer lo que se le había ocurrido:

—Tenemos muchos contenedores de carga vacíos. Algunos son de metal —explicó innecesariamente y añadió—. Podemos cortar con sopletes las bases, llevarlos junto a los conductos de aire y, una vez allí, elevarlos con grúas y posarlos de manera que las salidas de aeración queden dentro —dijo el estratega y, a pesar de que el científico ya había comprendido lo que pretendía, continuó sin ser interrumpido.

—Después solo tenemos que abrir las puertas, depositar dentro los pájaros aguja de los que disponemos, volver a cerrar y activarlos por control remoto. ¿Qué te parece? —preguntó el presidente gallego con algo de ansiedad en el tono.

La idea era simple y brillante, pensó Blanch, y así lo expresó enseguida:

—Me parece perfecto —calificó sonriente y añadió—. Yo mismo puedo encargarme de todo, y en cuanto lo tenga dispuesto se lo haré saber, general. Así cuando usted desee podemos comenzar la invasión del bunker —dijo el científico algo exaltado. Aún así se dio cuenta de que había cometido un error al referirse a su jefe como general en vez de presidente, y enseguida rectificó y dijo:

—Le he llamado general en vez de presidente, disculpe.

—No importa, Michael. Cuando nos conocimos todavía no era presidente. Además, que te refieras a mí como general no me molesta en absoluto. No olvido que soy un militar de carrera y que en cuanto dejen de elegirme volveré al ejército de nuevo, creo.

—Creo que se equivoca, señor —dijo el científico de manera inesperada.

La sorpresa ante esa afirmación se reflejó en la cara del presidente Casáis, y a su pesar de vio obligado a preguntar:

—¿Por qué crees que me equivoco?

—Porque creo que va ser elegido para la presidencia una y otra vez hasta que sea viejo y deba retirarse, señor.

Aclaradas las dudas, Pedro sonrió imperceptiblemente, satisfecho de la confianza que el inventor tenía en él, y sin querer afirmar ni negar las optimistas aseveraciones del estafalario individuo que tanto confiaba en su liderazgo. Dio por callada la respuesta, cambió de tema y ordenó con voz neutra.

—Puedes irte y prepararlo todo, tal y como hemos acordado.

El científico adoptó una actitud seria, más de acuerdo con su carácter y estuvo a punto de saludar militarmente como en su época de recluta. Sin embargo su subconsciente no lo traicionó esta vez y fue capaz de decir con dignidad, antes de dar la vuelta y salir por donde había entrado.

—Tan pronto como lo tenga todo dispuesto se lo haré saber, señor.

Ya que de momento todo estaba dicho, Pedro se limitó a asentir con un gesto de cabeza, e imbuido ya en multitud de pensamientos complementarios, acerca de los pros y los contras de la táctica militar que había decidido emplear, apenas se fijó en que Blanch salía, dispuesto a cumplir lo que se le había ordenado.

El presidente gallego sabía que el científico necesitaba tiempo para cumplir sus órdenes. Debía conseguir un aerodeslizador, cargar en él las jaulas repletas de pájaros aguja, y los desfondados contenedores, y volar de Coruña a Vitoria para poner en práctica el plan que habían acordado. Entretanto, dejó que las escaramuzas en la capital vasca continuaran, puesto que sus fuerzas iban prevaleciendo y, con inusitada rapidez, estaban acabando con los últimos focos de resistencia de los atrapados vascos que, aislados y desorganizados, no podían con los eficaces soldados gallegos que, calle a calle, iban tomando el control de toda la ciudad.

Oscurecía en A Coruña cuando el presidente gallego recibió la llamada de uno de sus hombres más capaces. Se trataba del general Damián Rama: un hombre culto, sincero y ecuaníme, alto y correoso, de cara aniñada que contrastaba con su cuerpo recio. Por eso, para ocultar la falsa debilidad que transmitía su rostro, se había dejado crecer una bien cuidada barba. Damián era uno de los pocos hombres en los que el mandatario gallego confiaba plenamente, y era el que comandaba las tropas de asalto que luchaban en la ciudad vasca, Vitoria. Además, previamente, había sido el encargado de comandar a las divisiones gallegas que habían ido ganando batalla tras

batalla hasta llegar a la actual situación en la que solo les quedaba conquistar el bunker, en donde se refugiaban los altos mandos enemigos y un número indeterminado de soldados y civiles.

—Dime Damián —preguntó Pedro en cuanto vio la familiar cara del general en su video teléfono.

—Todo está dispuesto —dijo y enseguida supo que debía ser más específico y continuó—. Los contenedores están encima de las salidas de ventilación, los pájaros están dentro, y solo falta dar la orden para activarlos —dijo y se calló, esperando respuesta a una pregunta que no había hecho.

La cara de Pedro mostró extrañeza ante la explicación que su general le daba. Damián tenía autoridad para tomar decisiones estratégicas sin consultarle, y por un instante no supo porque le estaba dando esa información.

El general Rama se dio cuenta del fugaz ramalazo de sorpresa que se había plasmado brevemente en la cara del mandatario y enseguida supo que debía ser más explícito:

—Lo digo porque ya es de noche y no sé si activar los pájaros ahora o dejarlo para mañana.

Aclarado el dilema, Pedro se tomó un breve instante para reflexionar, y antes de que su silencio se malinterpretara respondió.

—Hasta ahora la noche no ha sido impedimento para continuar la lucha, y aunque entiendo tus reticencias a soltar los pájaros aguja en la oscuridad no veo porqué no debemos hacerlo —razonó y preguntó:

—¿Están los deflectores bien colocados y funcionando?

—Por supuesto —respondió inmediatamente Damián.

—Entonces creo que debes activarlos —decidió, y sin necesidad añadió para justificar su orden—. Los enemigos estarán abrumados y es mejor atacarlos cuando están cansados que dejarlos que descansen y piensen con más claridad, ¿no crees?

—Por supuesto —admitió el general Rama, y se dispuso a seguir la orden, pero antes sabía que debía ser dispensado y esperó.

—Llámame tan pronto consigas entrar el bunker, o si tienes algún problema. Ahora sigue adelante con el plan.

—Sí, señor —respondió Damián antes de que su superior jerárquico cortara la comunicación.

Cuando la pantalla de su video teléfono se apagó, Pedro recordó los acontecimientos que les habían llevado allí, y una las razones por las que su poderío bélico se había acrecentado tanto, que la guerra contra los vascos había sido poco más que un paseo militar, debido en gran parte a la nueva arma que habían desarrollado, y que había sido decisiva para llegar a ese punto con una superioridad aplastante contra sus enemigos. El nuevo ingenio de los gallegos era el avión espacial y su contribución a la victoria se había demostrado determinante.

Poco antes de que los vascos decidieran atacar Burgos y ese hecho los enfrentara abiertamente con los madrileños y con los aliados de estos, los gallegos, puesto que entre ambos se habían repartido Castilla y León después de la guerra, y habían acordado apoyarse mutuamente en caso de alguna amenaza exterior a su acuerdo, un grupo de científicos y técnicos gallegos habían desarrollado un nuevo ingenio volador capaz de moverse en el espacio y que bautizaron con un nombre muy poco original: «avión espacial».

El vehículo había sido desarrollado con una clara intención militar y su misión era la de capturar y manipular satélites enemigos para utilizarlos como propios, y hacer que los dueños originales de esos artefactos perdieran el control sobre ellos.

La nave espacial tripulada había sido concebida para operar en una órbita de entre 180 a 900 kilómetros de altitud (en esa amplia órbita se hallan la totalidad de los satélites), y su estructura estaba confeccionada con materiales compuestos, mucho más ligeros que los de los antiguos transbordadores espaciales. Estaba tripulada por seis hombres: dos pilotos y cuatro ingenieros eléctricos y electrónicos, encargados de apresar los satélites con brazos robóticos extensibles, ingresarlos en una amplia bodega-taller, y manipularlos para que obedecieran nuevos comandos y dejaran de ser controlados por sus propietarios primigenios antes de volverlos a poner en órbita de nuevo.

Los gallegos habían construido dos de esas naves espaciales que tenían sistemas avanzados de guía, navegación y control, sistemas de protección térmica. Además, la aviónica, las prestaciones de las estructuras resistentes a altas temperaturas y sellos, la reutilización de un nuevo aislamiento, el desarrollo de ingeniosos sistemas de vuelo electromecánicos, así como el vuelo autónomo y automatizado, el perfeccionamiento de la reentrada y el aterrizaje. Ello y mucho más, sumado a innovadores cohetes que quemaban un nuevo combustible más potente, mezclado con aire en una cámara de combustión reforzada y más eficiente, permitían a los pilotos maniobrar con gran precisión las naves. Por otra parte disponían de una gran autonomía, gracias también a la energía que recibían, cuando estaban en órbita, de grandes paneles solares desplegados.

Al poco de poner en práctica las capacidades de sus dos flamantes vehículos espaciales y comprobar que podían capturar y esclavizar cualquier satélite que se propusieran, descubrieron algo asombroso e inesperado: una pequeña estación espacial no tripulada, que llevaba una docena de misiles balísticos intercontinentales, que portaban varias ojivas nucleares cada uno.

Los astronautas gallegos, más tarde, al abordarla embutidos en sus modernos y flexibles trajes espaciales, sujetos a la nave para no perderse en el espacio en caso de

accidente, descubrirían que la habían abandonado porque los que la habían puesto en órbita habían perdido el control sobre la dinámica de vuelo de la estación y, por razones que no entendían ni intentaron discernir, los dueños no habían enviado ninguna otra nave para repararla y recuperarla. El aparato seguía un derrotero relativamente estable pero estaba erróneamente orientado. Los ingenieros galaicos reemplazaron los controles de Actitud, que estaban quemados, y con eso y con la sustitución de algunos fusibles y chips tomaron el control remoto de la estación espacial militar.

Solo los astronautas, tres altos mandos militares y, por supuesto, el presidente Casáis, estaban al tanto del extraordinario hallazgo que había sido clasificado de alto secreto.

Poco después del sorprendente descubrimiento los militares gallegos prosiguieron con su plan para esclavizar los sistemas espaciales de comunicación y visión de los actuales enemigos a los que se enfrentaban: los vascos.

La nave espacial denominada Newton fue la única que los gallegos necesitaron para apresar y controlar la media docena de satélites de los que sus adversarios disponían. Al perder el control de sus satélites los vascos perdieron gran parte de sus señales de teléfono y de televisión, y quedaron «ciegos» porque tampoco pudieron controlar desde el espacio los movimientos de tropas de sus enemigos, y por esa causa perdieron la iniciativa en el combate y sufrieron numerosas emboscadas de los batallones de ataque rápido de los gallegos, que poco a poco fueron minando su moral y mermando sus tropas; hasta la actual situación en la que, replegados en Vitoria, los pocos combatientes que quedaban apenas podían ofrecer resistencia contra las oleadas de soldados de asalto galaicos, que se turnaban para estar siempre descansados, y que no les daban tregua, ansiosos por acabar cuanto antes con los pocos focos de resistencia que aún encontraban.

Ignorando los esporádicos sonidos del combate que sus hombres libraban calle a calle, el general Rama, erguido en el hueco de la torreta de un tanque, y rodeado por un pelotón mecanizado de unos cincuenta hombres, que desempeñaban funciones diversas al amparo del blindado, desde una posición elevada, miró con sus prismáticos de visión nocturna y pudo ver sin dificultad los contenedores que cubrían las cuatro salidas de ventilación del bunker que tenía localizadas y a los pocos vehículos que había en derredor ocupados por precavidos soldados y por Michael Blanch y un par de científicos más (se dio cuenta de que nadie quería estar al descubierto cuando se diera la orden de activar los peligrosos ingenios voladores).

El general miró su reloj y vio que casi eran las once de la noche, y pensó que esa era una hora tan buena como cualquier otra para poner en marcha la que esperaba que fuera la última fase de su plan de asalto. Por eso cogió su teléfono de campaña y llamó a Blanch.

—¿Está todo dispuesto? —preguntó en cuanto el científico le respondió.

—Todo listo —replicó escuetamente su interlocutor.

—Está bien. Activa los pájaros —ordenó el general, también lacónico.

—Sí, señor —aceptó Blanch con voz algo trémula, consciente de la matanza que iba a desencadenar.

Cuando el técnico activó el control remoto de los pájaros aguja aparentemente no ocurrió nada notable, pero solo aparentemente. Dentro de los contenedores miles de robots comenzaron a volar y sus activados sensores los guiaron hacia la única vía de acceso a la entrada del subterráneo. Como enjambres rabiosos revolotearon esquivando los obstáculos dentro de las tuberías, hasta que llegaron a los espacios abiertos del subsuelo, en donde los vascos se afanaban en las diversas tareas que tenían encomendadas. El sibilante sonido que emitían los engendros voladores al batir sus alas alertó a los residentes del bunker, pero para la mayoría fue demasiado tarde porque, con rapidez inusitada, las siniestras avencillas mecánicas buscaron carne humana en la que inyectar las mortíferas agujas que ocupaban el lugar de los picos.

El metódico exterminio se prolongó hasta que los afortunados supervivientes se dieron cuenta de que para defenderse de esos pérfidos enemigos debían guarecerse en lugares cerrados a cal y canto.

Al principio los vascos que se guarecían en el bunker, unos dos mil militares y casi un número similar de civiles, la mayoría expertos de múltiples ramas del saber, tanto técnico como científico, habían decidido resistir a los invasores y usar sus conocimientos multidisciplinarios para oponer una resistencia efectiva.

El característico e irritante sonido que emitían los miles de pájaros metálicos al batir aceleradamente sus membranosas alas sintéticas, fue lo primero que perturbó a los vascos. Al ver que lo que les atacaban eran pequeños ingenios voladores que parecían colibríes, y que estos se centraban exclusivamente en las personas, recurrieron a diversas artimañas para combatir a las bandadas que, de manera autónoma, volaban en todas direcciones, atraídos por los múltiples objetivos que sus diminutos sensores detectaban.

Los disparos de muchos buenos tiradores consiguieron abatir a un buen número de las minúsculas máquinas voladoras, pero eso no fue suficiente para impedir que los demás hincaran sus agujas en las carnes de los aturdidos defensores; enseguida el letal veneno comenzó a actuar y los primeros individuos cayeron muertos.

Algunos refugiados (los que tuvieron la suerte de no ser atacados al principio) pudieron darse cuenta de que los artilugios voladores eran tremendamente efectivos y mortíferos, cuando vieron caer fulminados a muchos compañeros al poco de ser inoculados. Abrumados y asustados, dieron la voz de alarma a grito pelado, y por los intercomunicadores. A los pocos minutos los residentes que no habían perecido en la primera oleada se dieron cuenta de que se enfrentaban a un peligro del que habían oído hablar pero que nunca habían confrontado y no supieron como presentar una defensa efectiva. Unos cuantos, los más improvisadores, llegaron incluso a usar porras y raquetas para oponerse a los rápidos ingenios que los masacraban, pero enseguida se dieron cuenta de que la resistencia era fútil y trataron de escapar.

El pánico fue afortunadamente contagioso en este caso y, cuando supieron que si no se resguardaban perecerían todos, trataron de huir y ponerse a salvo. Perecieron más de la mitad en los quince primeros minutos, y los que, pasado ese tiempo, seguían con vida estaban acorralados dentro de habitáculos cerrados. Aún así algunos más murieron cuando los colibríes mecánicos lograron colarse por todas las aberturas sin taponar por las que cabían, y los aterrados vascongados no habían pensado en sellar previamente.

El lehendakari fue de los primeros en fallecer y no pudo hacer nada para elucubrar una defensa efectiva contra los ágiles engendros mecánicos, que estaban causando una verdadera masacre entre lo más granado de la élite vasca, que habían tenido el ingenio y la suerte de sobrevivir hasta entonces a los avatares de la guerra, y perecieron sin honor, horrorizados, a causa de unos ingenios bélicos atroces que no conocían la piedad y estaban programados para una sola cosa: matar indiscriminadamente a cualquier ser humano que detectaran.

Una hora después, desconectados ya los pájaros, la vanguardia de un pelotón de asalto gallego dinamitó una de las puertas del bunker y por ella accedieron al interior del último bastión enemigo.

Los precavidos soldados eran expertos en esas lides y tenían órdenes de evitar matar indiscriminadamente a los supervivientes que encontraban. Por eso, con pocos incidentes, apenas se vieron obligados a disparar y lograron hacer prisioneros a la mayoría de los enemigos con los que se toparan y que hasta entonces habían logrado sobrevivir. No fueron muchos y el recuento de prisioneros final solo fue de ochenta y siete.

La caída del bunker significó la derrota de los vascos y aumentó el aura de invencibilidad del ejército gallego. Además, reveló a todos los Estados peninsulares que debían tejer nuevas alianzas con los vencedores o aliarse con los que se oponían al nuevo orden. De lo que no había duda era de que el *statu quo* que había prevalecido hasta entonces en la península ibérica estaba cambiando de manera notoria, y todos los estrategas militares estaban convencidos de que el poder y la influencia estaban mudando de manos, y muchos trataban de conseguir coaliciones que favorecieran sus propios intereses, sabiendo que solos no podían enfrentarse a los Estados que apostaban claramente por la conquista y sometimiento de los países más débiles.

El rey de Valencia, Jaime IV, paseaba meditabundo, notoriamente nervioso e inquieto, sobre el lujoso entresuelo del torreón de su palacio; lugar que posee un rico artesanado policromado, con mucho oro, por el cual se conoce a la estancia como *la sala dorada*.

El rey no prestaba la menor atención al lujo de la sala que recorría de lado a lado. Solo dos guardias armados con ametralladoras flanqueaban desde dentro la puerta de entrada (afuera había otros cuatro custodios de manera permanente, y la sala de la guardia que contaba con muchos más efectivos no estaba lejos), y protegían al monarca, tratando de mantenerse impertérritos y no mirarlo con descaro.

Jaime IV se mostraba preocupado y era evidentemente que pensaba intensamente para encontrar una solución al problema que le inquietaba.

La larga guerra que mantenía con los catalanes parecía enquistada y sus generales no habían logrado conquistar Barcelona, a pesar de llevar años intentándolo. Sus ejércitos habían logrado tomar Tarragona y Lleida y la zona sur de la provincia de Barcelona, pero la capital catalana, bien fortificada, hasta entonces había conseguido resistir los repetidos embates de sus tropas de asalto y de sus divisiones acorazadas.

Y ahora se le presentaba un problema añadido. Sus espías le informaron que su homólogo, el rey de Aragón, estaba acumulando excesivas tropas en la demarcación fronteriza de Huesca con Lleida, y eso solo podía significar una cosa, que pretendía apoderarse de esa provincia colindante, que él previamente había arrebatado a los catalanes.

Jaime IV no había llegado a esa inferencia en ese preciso instante, lo había deducido hacía días y, después de mucho meditarlo, llegó a la conclusión que él también debía forjar una alianza con alguien porque temía que Aragón y lo que restaba de la antigua Cataluña se hubieran aliado y pretendieran combatir juntos contra él.

El soberano de Valencia era un hombre previsor y estaba al tanto de las correlaciones de fuerzas que combatían, de manera más o menos recurrente, dentro de los límites de la península ibérica. Por eso estaba impresionado por los sorprendentes éxitos militares de los gallegos y decidió que podría ser una buena idea fraguar una alianza con ellos.

Jaime IV había tomado esa decisión dos días antes y después de mucho cavilar se puso en contacto con el presidente gallego, Pedro Casáis. Dio a entender al jefe de gobierno de Galicia cuáles eran sus intenciones y este le dijo que no era una buena idea discutir de temas tan delicados a través de un vídeo teléfono. Estuvo de acuerdo y quedaron en verse personalmente allí mismo, en el palacio real de Valencia. Al soberano valenciano le extrañó un tanto que el presidente de Galicia aceptara como la

cosa más normal del mundo verse con él allí, y pensó que el mandatario galaico, Casáis, era un hombre intrépido que se sentía muy seguro de su poder y no temía parlamentar en ningún lugar con alguien que no era su enemigo declarado.

La pasada noche el rey valenciano apenas había dormido y su rostro estaba más ajado y demacrado de lo habitual. Además, superados ya los sesenta y siete años, su cuerpo acusaba algunos achaques de la edad, acrecentados por los excesos que había cometido en su juventud. A pesar de todo, sus dolencias no eran demasiado graves y su semblante, aunque mostraba cansancio, lo delataba como un hombre amable, lúcido y ecuánime. El monarca valenciano poseía un cuerpo nervudo y flexible que, a pesar de su edad, todavía seducía a muchas mujeres maduras, y él seguía siendo muy capaz en las lides sexuales que practicaba asiduamente. Vestía de manera informal aunque estaba a punto de celebrar una reunión del más alto nivel.

El mes de agosto en Valencia era uno de los más calurosos del año y su secretario de protocolo tuvo la idea de que el presidente gallego estaría más cómodo si los dos mandatarios vestían ropa fresca y veraniega. Se puso de acuerdo con su homólogo gallego y ambos acordaron los detalles de la reunión, incluida la vestimenta. Por eso el monarca lucía una guayabera blanca de lino y rayón y un pantalón también blanco de lino natural, y calzaba sandalias de piel.

A las doce y cuarto un uniformado mayordomo entró sin avisar y anunció:

—El aerodeslizador del presidente gallego ha aterrizado en la pista de la torre oeste y él y su escolta vienen hacia aquí.

La esperada noticia hizo que el rey detuviera su deambular, e inmóvil, con la vista fija en la puerta, esperara la entrada de su visitante.

Un par de minutos más tarde un soldado abrió de par en par las pesadas jambas del repujado portón de entrada y se hizo a un lado, dejando la entrada expedita, y saludó militarmente al ilustre invitado que entraba sin necesidad de ser anunciado dos veces.

Pedro Casáis entró sin prestar atención a los bellos elementos arquitectónicos del palacio, puesto que todo su interés se centraba en el hombre que lo esperaba de pie. Su subconsciente percibió que ambos vestían de manera muy similar, pero su interés principal se centró en los ojos del rey y captó en ellos curiosidad y duda sin atisbo de malicia.

Pedro sonrió, y al llegar a la distancia correcta se detuvo y esperó, después de hacer una ligera inclinación de cabeza que en poco se parecía a una reverencia.

Jaime IV correspondió a la sonrisa de su visitante con otra también franca, dio un paso al frente y extendió la mano para saludar a su invitado sin ningún protocolo.

—Bienvenido —dijo el rey, al tiempo que estrechaba la mano del gallego.

—Gracias —respondió escuetamente Pedro, a la vez que rescataba su mano y permanecía a la expectativa.

El monarca hizo un conocido gesto y sus hombres lo interpretaron acertadamente como la indicación de que los dejaran solos.

Al cerrarse la puerta dos escoltas reales y un par de soldados gallegos permanecieron dentro, de espaldas a la entrada, vigilando atentamente para que nadie perturbara a sus señores.

—¿Nos sentamos? —preguntó el rey, señalando dos sillones de cuero que se ubicaban en el centro de la estancia, separados por una mesa de centro hecha de caoba.

Pedro asintió y de manera maquinal tomó asiento en el sofá que tenía más cerca.

El rey de Valencia se ubicó en frente y por un instante resultó evidente que estaba buscando las palabras adecuadas para iniciar la conversación.

—Te felicito por tus éxitos militares contra los castellanoleoneses y los madrileños —dijo el monarca, con un ligero tono de admiración en el tono.

—Gracias —respondió el presidente de Galicia, y esperó, sin mostrar ansiedad, a que su interlocutor fuera al grano.

Desechando las dudas que se agolpaban en su mente, Jaime IV decidió mostrar abiertamente sus cartas.

—Te propongo una alianza —soltó de repente.

Pedro esperaba algo similar y no mostró sorpresa. Por eso fue capaz de responder casi enseguida a la propuesta, con una pregunta:

—¿Una alianza para qué y contra quién?

—Creo que los aragoneses se están preparando para confrontarme y te pido tu apoyo para luchar contra ellos —confesó el monarca abiertamente.

A pesar de que no esperaba lo que acababa de oír y pensaba que el rey le iba a pedir apoyo para luchar contra los catalanes y no contra los aragoneses, Pedro Casáis enseguida se hizo cargo de la situación y comprendió que era probable que su interlocutor se viese abocado pronto a combatir en dos frentes contra dos enemigos distintos.

De manera premeditada, el presidente se tomó su tiempo para contestar y, cuando el monarca estaba mostrando signos visibles de impaciencia e irritación, respondió:

—El que los valencianos os enfrentéis con los aragoneses no me atañe en nada, creo yo —concluyó el gallego, y antes de que su oyente respondiera se explayó más—. Vuestra antigua confrontación con los catalanes no ha afectado a mi tierra. ¿Por qué iba a atañernos que iniciéis una guerra con los aragoneses? —Preguntó, y antes de recibir respuesta fue más allá y añadió con ánimo de incitar al monarca valenciano—. Vuestro desgaste y debilitamiento mutuo al guerrear no nos perjudicaría, al contrario, creo que reforzaría nuestra posición estratégica en el norte de la península, ¿no crees?

El rey, nada acostumbrado a que alguien le hablara con ese tono incisivo, estuvo a punto de perder la flema que se esforzaba en mantener y responder con acritud, pero su sentido de estado se impuso y replicó también con algo de acidez.

—Ya sé que tú no das nada gratis y estoy dispuesto a pagar un precio razonable por nuestra asociación.

—¿Qué me ofreces que pueda interesarme? —preguntó el presidente Casáis, sin pretender seguir con sus puyas, genuinamente intrigado por lo que su interlocutor iba a decir.

—Te ofrezco la posesión de Zaragoza.

La propuesta era un disparate y Casáis se removió inquieto en su asiento, y con cara que mostraba estupefacción respondió:

—¿Cómo puedes ofrecer algo que no es tuyo? Esto es el colmo. Temes a los aragoneses, me pides apoyo contra ellos y como pago me ofreces una provincia que está por conquistar. ¿Pretendes acaso que yo la conquiste con mi ejército y me la quede, es eso? —preguntó de nuevo, con evidente chufra en el tono, el mandatario gallego.

—Ya veo que lo has comprendido perfectamente. Es evidente que mis asesores están en lo cierto cuando te describen como un hombre inteligente al que hay que temer —respondió el rey, con una sonrisa sarcástica plasmada en su cara y un tono de voz cáustico.

La ironía tuvo un efecto inesperado. De repente la cara del gallego se tornó introvertida y seria. Se dio cuenta de que al fin y al cabo estaba manteniendo una conversación con alguien que, al igual que él, pretendía prevalecer en las contiendas y extender su poder e influencia. Por eso quiso dejar de lado las razones que impulsaban a su interlocutor a aliarse con él, aunque eran obvias: necesitaba apoyo en la guerra que se iba a librar, y él debía pensar en el beneficio que podía obtener con esa asociación. La perspicacia del presidente Casáis analizó enseguida los pros y los contras y se hizo un mapa mental de los territorios que podía obtener de esa coalición temporal.

—A cambio de combatir junto a ti quiero Zaragoza y Huesca —exigió Casáis con un tono de voz que sonó inflexible.

—De acuerdo —respondió enseguida el monarca valenciano.

La rápida aceptación de sus condiciones sorprendió algo al gallego, pero enseguida se dio cuenta de que eso era lo que su interlocutor tenía en mente cederle como compensación, a cambio de que él le ayudase en su prolonga guerra de conquista de Cataluña. Además, Jaime IV, pensaba quedarse con Teruel, por ser una provincia limítrofe con Valencia y por ello más fácil de someter y controlar.

—De acuerdo. Acepto el pacto, pero como comprenderás tengo que hablar con mis generales y explicarles esta alianza.

—Lo comprendo —asintió el monarca, visiblemente satisfecho de haber llegado a un acuerdo en los términos que él había establecido.

—¿Cómo haremos para coordinar nuestras fuerzas? —preguntó el rey, admitiendo en su fuero interno que Casáis era mejor estrategia que él y sería capaz de elaborar planes de batalla que les permitieran ganar el conflicto, que estaban a punto de iniciar, con pocas pérdidas por su parte.

—Ya te he dicho que primero debo hablar con mis generales —respondió el

gallego algo incomodo por el tono de apremio que detectó en la voz del monarca valenciano, y sin pausa añadió—. Te llamaré en cuanto haya consensuado los planes de guerra con mis estrategias. Entones, mis oficiales y los tuyos se pondrán en contacto para repartirse las múltiples tareas que tendremos que llevar a cabo —explicó Pedro, al tiempo que se levantaba, y con su acción indicaba que por su parte estaba todo dicho y que se disponía a marcharse.

Así lo entendió el monarca valenciano pero quiso prolongar algo más la entrevista y para ello se le ocurrió recurrir a la cortesía que hasta entonces había obviado.

—Debemos brindar por nuestro acuerdo, ¿no crees?

Pedro no quiso negarse a ese gesto de civismo y con su silencio dio su aceptación tácita.

Jaime IV levantó la mano y, como respuesta a su conocido ademán, un lacayo apareció presuroso, hizo una exagerada genuflexión y al recuperar la verticalidad escuchó:

—Tráenos una botella de champán y dos copas.

—Enseguida, Majestad —respondió el criado y se fue apresurado a cumplir la orden.

Al poco el mismo sirviente estaba escanciando el caro vino espumoso en lujosas copas, y una vez hecho eso depositó la botella en una cubitera con hielo, que había sobre una bandeja de plata, y discretamente se alejó, a refugiarse de nuevo entre las sombras de una esquina poco iluminada.

El rey levantó su copa, la chocó levemente con la que Pedro sujetaba en su diestra y dijo:

—Por nuestra alianza.

—Por nuestra alianza —repitió el presidente antes beber un sorbo.

Apuraron el champán y ambos depositaron las vacías copas en la mesita de centro.

Inmediatamente, el lacayo apareció de nuevo y volvió a llenarlas antes de desaparecer con la misma discreción con la que había aparecido.

Los dos gobernantes volvieron a coger las copas con los dedos y esta vez fue el presidente Casáis el que escogió el brindis.

—Por la victoria.

—Por la victoria —repitió el rey.

Tras beber volvió a reinar un silencio que estaba resultando incómodo, porque ambos hombres estaban analizando los pros y los contras de su asociación. Fue el presidente gallego el que expresó lo que pensaba, tan pronto como supo, sin lugar a dudas, cuales iban a ser su próximos pasos para cumplir su parte del acuerdo.

—Espero que esta guerra no sea muy cruenta y prevalezcamos sin necesidad de derramar mucha sangre —anheló el gallego.

—¿No tienes dudas de que venceremos, verdad?

—No, Majestad. Estoy seguro de que venceremos. Solo espero que lo hagamos

sin muchas bajas —respondió el presidente gallego, utilizando por primera vez el respetuoso y solemne tratamiento que debía darse al monarca que ahora era su aliado.

El viento era apenas perceptible y la temperatura elevada. En el cuasi despejado cielo solo unas extraviadas y apocadas nubes blancas todavía resistían, a pesar de que era evidente que habían perdido la batalla contra el implacable astro rey, y se desintegraban a ojos vista ante los tenaces rayos solares, que irradiaban sin tregua el cielo de A Coruña.

Sentado en un banco de madera, a la sombra de un imponente roble macizo, Pedro Casáis disfrutaba de la vista que podía contemplarse desde el jardín de su casa coruñesa. Él y su esposa, Elena, habían decidido pasar ese fin de semana de agosto en su casa particular ubicada en A Coruña, porque allí se sentían más a gusto que en la residencia presidencial de Santiago, en la que, por razón de su cargo, habitaban casi todo el año.

La bahía y el mar Cantábrico de fondo eran un regalo para los ojos y Pedro no se cansaba de admirar y de disfrutar de la belleza del lugar. Sin embargo, en ese instante, a pesar de que parecía evidente que miraba hacía el mar, no lo veía. Tenía los ojos entornados, respiraba acompasadamente, y las diminutas arrugas de su frente eran claramente visibles en su circunspecta cara. Pensaba en que al día siguiente debía volar al nuevo frente de batalla, en el que las tropas propias y enemigas estaban convergiendo para luchar a vida o muerte por los territorios en disputa.

Pedro había recibido informes poco esclarecedores sobre el número y los efectivos militares del enemigo. Los satélites y los vuelos de las aeronaves de reconocimiento mostraban una cuantía de tropas contrarias que le parecían insuficientes a todas luces, y eso le preocupaba en vez de alegrarle por su aparente y aplastante superioridad bélica. No sabía cómo, pero su instinto le prevenía que el enemigo no mostraba toda su potencialidad, y sospechaba que hubieran ideado un plan de combate sorpresivo. Temía que un gran número de tropas contrarias estuvieran ocultas, esperando la oportunidad de sorprender a las divisiones gallegas y valencianas que se dirigían a Huesca, lugar donde los aragoneses habían desplegado un ejército que parecía insuficiente. El meditabundo presidente gallego había sido informado por sus espías de que algunos generales catalanes habían sido vistos junto a mandos aragoneses y eso parecía indicar que se habían confabulado para defenderse aglutinados de la amenaza que para ellos suponía la alianza de valencianos y gallegos.

—¿Dónde podría ocultarse un ejército en Huesca? —se preguntó Pedro en voz alta.

No obtuvo respuesta a su soliloquio interrogante y decidió que debía ser cauto al planificar los planes de combate que todavía no tenía definidos.

En ese instante su instinto le hizo girar la cabeza y pudo ver que su esposa bajaba

el último peldaño de la escalera que, desde el patio exterior, conducía al jardín en el que él se hallaba. Pedro no tuvo tiempo de mostrarse como un marido protector y acercarse a ella para ayudarla a bajar la escalera, porque cuando se percató de su presencia ya la mujer pisaba la hierba. Por eso, con una sonrisa cálida plasmada en su cara, vio como su embarazada esposa, con andares de pato, se acercaba al banco en el que él se hallaba meditando y disfrutando del luminoso día y de las grandiosas vistas, bajo la sombra protectora del viejo roble, que hundía sus vigorosas raíces en la fértil tierra del jardín.

La mujer se movía dificultosamente ya que estaba en su octavo mes de embarazo, y su prominente y pesada barriga le impedía andar con su habitual gracilidad.

—Llevas mucho tiempo aquí solo —constató ella sin reproche en el tono, mirándolo desde su altura, algo jadeante porque cada vez le era más difícil caminar debido a su avanzado embarazo.

—Ya sabes que me gusta mirar el mar desde aquí —respondió él, y se levantó cuando notó que ella miraba el asiento y pretendía ocupar un lugar a su lado.

La ayudó a sentarse tomándola del antebrazo derecho, a pesar de que sabía que a ella no le gustaba que la tratase como a una inválida. Solía decir que el estar embarazada no iba a impedirle hacer su vida, aunque ahora, casi a punto de gestar, permitía que su marido la ayudase en momentos puntuales.

—Se está bien aquí —dijo ella, ya sentada, mientras recuperaba el acompasado ritmo de su respiración.

Pedro, acomodado de nuevo en su sitio, a la izquierda esposa, estiró el cuello y la besó en la mejilla.

—¿A qué viene esto? —inquirió ella con fingida sorpresa, pero sin el menor reproche en el tono.

—No pude evitarlo. Estás preciosa —dijo él, zalamero.

—Estoy gorda, me duelen las piernas y la espalda, he perdido todo atisbo de gracia y elegancia, y solo puedo vestir estos horribles vestidos —dijo, mirando al amplio premamá estampado que llevaba puesto—. ¿Cómo puedes decir que te gusto?

—Me encantas y lo sabes —afirmó Pedro con una sonrisa de contento grabada en su cara, al tiempo que ponía su mano sobre el abultado abdomen de su esposa y preguntaba.

—¿Se mueve mucho hoy?

—Ahora mismo no. Debe estar dormido —dijo ella, sabedora ya de que estaba esperando un niño.

Elena estiró las abiertas piernas y, con la espalda firmemente apoyada en el respaldo del banco, recostó su cabeza en el hombro de su marido, al tiempo que miraba hacia la bahía que llenaba el mar Cantábrico, aunque sus pensamientos iban por otros derroteros, y la cautivadora belleza de las vistas no lograba impedir que la preocupación fuera el sentimiento predominante en ella en esos momentos.

—No deberías ir —dijo, y antes de que su marido respondiera, añadió—. No

deberías dejarme sola en este estado.

Él, repentinamente serio, protestó:

—Ya lo hemos hablado y sabes que mi mayor deseo es estar junto a ti, pero debes entender que no puedo. Mi puesto está en el frente de batalla —explicó una vez más y remachó—. Mis hombres esperan que les dirija cuando se juegan la vida por su país, y tú lo sabes. También comprendes, aunque no quieras admitirlo en este momento, que mi sentido del honor y del deber me empujan a hacer lo correcto. Y lo correcto es que debo hacer todo lo que esté en mi mano para prevalecer en esta campaña. ¡Por Dios! ¿Sabes lo que nos jugamos en esta guerra?

—¿Cuándo se acabarán las guerras? —preguntó Elena, sin pretender responder a la pregunta, y añadió—. Sé que llevas tantos años luchando que ya no estoy segura de si alguna vez podrás acostumbrarte a vivir en paz.

El presidente gallego no pudo evitar un breve rictus de disgusto ante el comentario de su mujer, pero enseguida recuperó la compostura de su semblante y, de nuevo razonable y flemático, respondió:

—Tienes razón en una cosa, cariño. No sé cuando acabarán las guerras. Quizás cuando ganemos —respondió Pedro con una media sonrisa irónica, pero enseguida volvió a mostrar seriedad al añadir:

—Lo que sí sé es que, duren lo que duren los conflictos, trataré de que tú y yo y los demás que dependen de mí, no tengan una vida entera llena de luchas y sobresaltos, y por eso pelearé con ahínco para neutralizar a todos aquellos que supongan una amenaza para los nuestros.

Ella fue rápida e incisiva al contestar:

—Cada vez los nuestros son más heterogéneos, ¿no crees? —constató Elena algo caustica, y sin pausa continuó—. No me refiero solo a los gallegos y asturianos. Muchos castellanos, cántabros, aragoneses, y otros, dependen de ti.

Él asentía con la cabeza a medida que Elena hablaba y en cuanto ella calló se tomó su tiempo para responder:

—Sabes que sueño con que la paz y la unidad se reinstauren en todos los estados de la península ibérica, ¿no?

—Sí, cariño. Sabes que eres como un libro abierto para mí, aunque yo me conformo menos. Al fin y al cabo solo tenemos una vida que vivir y yo quiero seguir siendo feliz contigo para siempre.

Él aprovechó la pauta que le daba ella para dejar de hablar de temas graves y trascendentales, para los cuales aún no tenía todas las respuestas y, volviendo a la ironía amorosa, preguntó:

—¿Eres muy feliz conmigo?

—¿Lo dudas? —preguntó Elena, frunciendo levemente el ceño, pero enseguida respondió con una voz grave que no dejaba lugar a dudas.

—Nunca antes de conocerte pensé que podría llegar a ser tan feliz.

Después de la afirmación que no podía malinterpretarse, ambos callaron y dejaron

que sus sentidos volvieran a disfrutar del momento presente, en el que los dos eran capaces de permanecer en silencio, disfrutando de la mutua compañía, aunque ambos sabían que el reloj avanzaba inexorable y que Pedro en pocas horas debía estar en Huesca.

El amplio cerro ovalado en el que se asienta la ciudad de Huesca es una amplia depresión plana de unos veinte kilómetros de diámetro, cerrada por pequeñas elevaciones, que se conoce como La Plana. Tras ser abandonada por sus habitantes la urbe era un hervidero de unidades militares gallegas y valencianas.

Hasta entonces los aliados que se habían confabulado para repartirse Aragón no se habían enfrentado todavía con los nativos, y solo pequeñas escaramuzas sin importancia, principalmente contra irredentos policías oscenses, que se opusieron a las unidades militares invasoras, habían producido algunas bajas en ambos bandos.

Tomaron la ciudad sin mayor oposición, puesto que tanto los civiles como los militares se habían marchado, probablemente porque consideraron esa posición indefendible contra un ataque de fuerzas muy superiores en efectivos y en número.

Cinco divisiones acorazadas gallegas, compuestas de cuatro regimientos cada una, que en total sumaban aproximadamente 75.000 hombres, además de la artillería móvil y de unidades especiales de asalto, ocupaban la ciudad y sus alrededores. Y en el aeródromo, dos docenas de aviones de despegue vertical y una veintena de aerodeslizadores servían de apoyo, o de punta de lanza a las divisiones galaicas.

Cerca de allí, en la Sierra de Guara, una elevación exterior pirenaica, habían acampado las tres divisiones valencianas que se habían coaligado con los gallegos en esta nueva guerra de conquista.

Terminaba agosto y el día había amanecido anormalmente desapacible para una jornada veraniega. El cielo estaba encapotado y caía una persistente lluvia fina que lo impregnaba todo. Los soldados que, desempeñando sus labores, se veían obligados a trabajar a la intemperie, refunfuñaban, y su talante fluctuaba entre resignación y el enfado.

El aerodeslizador que transportaba al presidente gallego aterrizó cerca de la torre del aeródromo. Tan pronto como la rampa tocó tierra el mandatario se apresuró a bajar y a subir a una camioneta militar, cubierta y blindada, que había aparcado justo delante.

El vehículo que transportaba al meditabundo Pedro Casáis iba precedido por una tanqueta militar, y detrás un camión de transporte estaba ocupado por una docena de policías de asalto, que desempeñaban la función de guardaespaldas.

El chófer, en cuanto su ilustre pasajero tomó asiento en la trasera del vehículo, separado por una mampara, sabedor de adónde debía dirigirse, se puso en marcha y condujo hasta el puesto de mando móvil, que se hallaba en un autobús blindado, no lejos de allí.

La razón por la que el puesto de mando no se había habilitado en uno de los muchos edificios emblemáticos de Huesca que estaban vacíos, fue una decisión que

había tomado el mismísimo presidente gallego. Había decidido dejar una guarnición mínima en esa capital del noreste de la península ibérica y dirigirse sin demora hacia el norte de la provincia, al lugar en el que los satélites y aviones espía habían detectado que estaban parapetadas las tropas oscenses, apoyados por un número indeterminado de regimientos catalanes.

Casáis estaba convencido de que la celeridad le favorecía porque pensaba que el tiempo ayudaría a consolidar las defensas de sus enemigos, y que sus tropas se verían engrosadas por voluntarios si se corría la voz de que resistían los embates del poderoso ejército gallego.

En cuanto el vehículo que lo llevaba se detuvo al lado del centro de mando móvil, el presidente, sin esperar a que le abrieran la portezuela, salió. Los miembros de su escolta, atentos y diligentes, saltaron del camión que le iba a la zaga; uno de ellos, apresurado, se dirigió a la puerta del tráiler blindado, habló brevemente con los dos centinelas que montaban guardia en la entrada, y señaló hacia el presidente, que esperaba cubierto por un fino chubasquero, aparentemente impertérrito, bajo la lluvia.

Uno de los guardias abrió, dijo algo a los que estaban en el interior, y esperó a que los acontecimientos siguieran su curso.

Pedro, testigo de la escena, sin necesidad de que nadie se lo confirmase, avanzó y entró en el puesto de mando, saludando con un gesto maquinal a los guardias de la entrada, que se habían puesto firmes a su paso y le presentaban las armas al hombro.

Una docena de radaristas, controladores de satélites, analistas militares, técnicos electrónicos y mecánicos, así como un oficial de estrategia, control y comunicaciones, que estaba al mando, informados de su llegada, se habían puesto en pie y esperaban erguidos, con los ojos mirando hacia la puerta.

—¡Atención! ¡Firmes! —gritó el oficial al mando. La orden de firmes era totalmente innecesaria puesto que todos habían adoptado esa rígida posición previamente, pero nadie prestó atención a la incoherencia.

De nuevo, Pedro, se vio obligado a responder con un breve saludo y, guiado por la costumbre, al tiempo que sus ojos se fijaban en las grandes pantallas panorámicas, dijo:

—Descansad y volved a ocupar vuestros puestos.

Fue obedecido con premura y solo el oficial al mando permaneció de pie junto a él, esperando órdenes.

Pedro se quitó el mojado y molesto chubasquero que llevaba puesto y debajo apareció su habitual uniforme veraniego de general de división, con el distintivo presidencial.

El teniente encargado del puesto de mando, diligente, se apresuró a recoger el impermeable de la mano del jefe del ejército y hacerlo desaparecer en el interior de una taquilla.

—¿Hay algo nuevo sobre las fortificaciones enemigas? —preguntó el presidente, a pesar de que era probable que él tuviera más información sobre sus antagonistas

que el técnico al que iba dirigida la pregunta.

Este, contento de poder ser útil, se apresuró a decir:

—Puede verlo usted, señor —detalló, señalando una amplia pantalla que recibía una señal satelital en directo.

Pedro se acercó al visor LED y pudo ver lo que ya sabía. Los regimientos enemigos se habían parapetado al norte de la provincia de Huesca, en los Pirineos centrales. Y ocupaban, casi en su totalidad, el parque nacional de Ordesa y el monte Perdido.

Pedro comprendía que los aragoneses hubieran elegido ese lugar para hacerse fuertes. El macizo del Monte Perdido tiene una altura de 3.355 metros y domina el parque, y además es una serranía de roca calcárea, plagada de cuevas que pueden esconder cantidades ingentes de armas, municiones, vehículos, e incluso podrían servir de escondrijos a batallones enteros, y eso era lo que el presidente gallego temía que hubieran hecho sus enemigos, para ocultar de las cámaras de los satélites su verdadera potencialidad militar.

Inesperadamente, la puerta del puesto de mando móvil se abrió y un uniformado general de división entró. El recién llegado, en el que todos, incluido Pedro, centraban la mirada, achicó los ojos para adaptar sus pupilas a la luz rojiza que inundaba el interior del tráiler, y al localizar al presidente recorrió los escasos metros que los separaban, saludó militarmente al tiempo que decía con una mueca que pretendía ser una sonrisa cordial.

—Bienvenido, señor. Me alegro de tenerlo aquí.

—Gracias, Ramón —respondió el presidente, también amable, al tiempo que correspondía al saludo militar del hombre que hasta su llegada comandaba las divisiones de asalto gallegas, que habían ocupado la ciudad de Huesca.

Ramón González era uno de los más eficaces y fiables generales gallegos, por eso Pedro le había confiado la misión de conquistar el norte de Aragón, aunque ahora que él estaba allí era evidente de que el mando cambiaba de manos. El general González en tiempos de paz dirigía la comandancia militar de Orense, y era un hombre alto y delgado, pulcro y detallista, tolerante y ecuánime, que acababa de superar el medio siglo de vida, y gozaba de la total confianza del mandatario gallego, ante el cual se hallaba esperando órdenes.

—¿Está todo dispuesto para la marcha? —preguntó el presidente Casáis, mirando a los ojos de su general.

—Solo hace falta dar la orden, señor.

—Está bien. Ordena avanzar hasta las inmediaciones del Monte Perdido.

—Muy bien, señor —respondió González, al tiempo que hacía un maquinal saludo militar y daba media vuelta para salir y dirigir el inicio de la puesta en marcha del ejército.

Pocas horas después las tropas de asalto gallegas y sus aliados valencianos llegaron a la distancia de seguridad que imponían los manuales militares para

mantenerse relativamente a salvo de la artillería enemiga, y eso eran cuatro kilómetros.

Enfrente, en Monte Perdido, el enemigo seguía sin dar señales de actividad ofensiva, y nadie había disparado todavía contra los blindados que encabezaban la marcha de las divisiones gallegas y arrasaban la vegetación con sus orugas tractoras.

El parque de Ordesa es rico en fauna y flora pirenaicos, y su singularidad viene dada por los grandes desniveles y su belleza paisajística. Tiene la extrema aridez de los desiertos kársticos y los verdes valles. Las abundantes lluvias y el deshielo de la nieve se filtran en la tierra a través de las grietas y de los sumideros, formando grandes cascadas, cañones y barrancos. La gran cantidad de agua facilita el crecimiento de una vegetación exuberante.

El comandante gallego, Pedro Casáis, todavía no había decidido del todo una estrategia de ataque, aunque, a grandes rasgos, sabía lo que debía hacerse en situaciones similares, no obstante opinaba que ninguna batalla era exactamente igual a otra, y que muchas variables podían decantar en resultado en uno u en otro sentido. Por eso el presidente gallego decidió ser extremadamente precavido. Ordenó que dos batallones de infantería antitanques avanzaran un kilómetro más y se parapetaran delante del grueso del ejército contrario, para servir de contención al grueso de las tropas, en caso de que el enemigo se decidiese a lanzar un ataque sorpresa sobre sus posiciones.

Atardecía y no quiso comenzar las hostilidades después de la rápida marcha a la que había obligado a avanzar a sus divisiones.

La climatología volvía a ser benigna. La temperatura era de nuevo la habitual para el mes de agosto y las lluvias se habían alejado. Los soldados podían refugiarse en tiendas de campaña o pernoctar al raso en sus sacos de dormir si así lo deseaban.

Tomadas las precauciones que estimó convenientes, Pedro ordenó la acampada y se dispuso a pasar la noche en un lugar despejado, un círculo sobre un montículo, creado por la reciente tala de abetos, hayas y robles albares, capaz de contener a todo su ejército y fácil de defender.

El sol hizo su aparición en el horizonte a las siete y media y, simultáneamente, el toque de corneta pregrabado sonó en potentes altavoces, que estaban estratégicamente situados en el amplio campamento improvisado.

Los gallegos y los valencianos, a desgana, nerviosos y serios, se dispusieron a dar comienzo un nuevo día, que intuían que para algunos sería el último. Sin embargo, la disciplinaria rutina enseguida ocupó todos sus pensamientos y, con la eficiencia que les daba el hecho de haber repetido infinidad de veces los mismos automatismos, se dispusieron a asearse, desayunar y aprestar sus armas antes de que sus oficiales les indicasen lo que esperaban de ellos ese día.

Pedro había madurado un plan y se dispuso a ponerlo práctica, en cuanto supo que todos estaban preparados y dispuestos para hacer lo que él les ordenase.

Su estrategia de combate le parecía muy sencilla, y pensó que quizás por eso, por

la simplicidad inesperada, tal vez resultase eficaz en extremo.

Sabiendo que el campamento enemigo se levantaba en Monte Perdido sobre roca calcárea, e intuyendo que el grueso del ejército antagonista se refugiaba en las múltiples cuevas que horadaban esa frágil y rompediza roca, pensó que un bombardeo masivo sería la manera más fácil de acabar con la mayoría de las potencialidades del enemigo, antes de iniciar siquiera el combate terrestre.

La preconcebida idea se la había ocurrido al presidente días antes, en cuanto supo la localización de las fuerzas enemigas, y la noche anterior ordenó que los aerodeslizadores y aviones se armaran cada uno con una bomba extra. Un arma antibúnker, guiada por láser, que era capaz de penetrar más de diez metros en tierra y más de cuatro de hormigón armado.

Las pesadas bombas, de mil kilos cada una, se repartieron, a razón de una por cabeza, a todas la aeronaves que iban a participar en el bombardeo de las posiciones subterráneas enemigas. Además de actuar como cualquier otra explosivo que también destruiría los blancos de superficie.

Pedro entró en el centro de mando móvil ensimismado, sin prestar la más mínima atención a todos aquellos que lo saludaban a su paso, y despreocupándose también de los escoltas que lo flanqueaban como sombras. Una vez en el interior del tráiler, ya sentado frente a una pantalla panorámica, que le mostraba con nitidez lo que ocurría en el campamento enemigo de superficie, salió de su abstracción, miró en derredor y pudo ver que todos los técnicos del umbrío centro de mando se ocupaban de sus quehaceres, pero la mayoría de ellos lo miraban a hurtadillas, esperando que les diese las ordenes de combate que aguardaban impacientes.

El presidente miró al teniente que comandaba a los técnicos y confirmó lo que este esperaba.

—Ordena que las tres docenas de aeronaves que portan proyectiles antibúnker despeguen y arrasen Monte Perdido.

—Sí, señor —se apresuró a asentir el aludido, y estableció la comunicación con el oficial de aviación encargado de dirigir el ataque.

El sol estival resplandecía a media mañana y el casi imperceptible viento del norte refrescaba ligeramente el ambiente, haciendo que las temperaturas fueran agradables en extremo, para la gran multiplicidad de seres que pululaban o arraigaban en todos los estratos del frondoso territorio pirenaico del norte de Huesca.

Los animales del parque de Ordesa disfrutaban del benigno clima y se dedicaban principalmente a buscar alimento. Los herbívoros pacían los abundantes pastos veraniegos y los carnívoros trataban de conseguir sus habituales presas con las que alimentarse; todos ellos ignorantes del infierno de fuego y metralla que estaba a punto de abatirse sobre las planicies, valles o laderas sobre las que ramoneaban o cazaban.

Una treintena de aerodeslizadores gallegos, que iban a actuar como bombarderos, escoltados por una docena de cazas que los sobrevolaban, llegaron raudos y sin contratiempos al punto de Monte Perdido donde se congregaban las defensas de superficie aragonesas.

Los centinelas oscenses enseguida dieron la alarma, aunque no fueron los primeros —los radaristas habían detectado previamente en sus pantallas el vuelo de aproximación de las aeronaves enemigas y alertado a los mandos—. Y, a pesar de que sus satélites habían sido esclavizados por uno de los aviones espaciales gallegos y no podían obtener una gran panorámica de la composición de las fuerzas enemigas terrestres que les hostigaban, si podían usar sus radares de superficie, binoculares y comunicadores, para saber sin duda el número de aeronaves que les acometían.

Los generales aragoneses habían previsto ese tipo de ataque, y tan pronto como resultó evidente que el asalto aéreo gallego había comenzado, reaccionaron a la manera clásica.

Frenéticas órdenes fueron dadas y como respuesta más de cuarenta aeronaves, aterrizadas y ocultas cerca de allí, en una planicie, iniciaron el vuelo, y se dispusieron a confrontar a la aviación enemiga. Simultáneamente, las baterías de misiles antiaéreas, hasta entonces cubiertas con toldos de camuflaje, quedaron libres y sus radares dieron la demora, la distancia, el rumbo y la velocidad de los aerodeslizadores gallegos que se disponían a dejar caer sus bombas sobre ellos.

Un misil antiaéreo aragonés fue el primero en ser disparado y ahí dio comienzo una batalla épica, en la que ambos bandos se lo jugaban todo.

Los gallegos no esperaban que la fuerza aérea que se les oponía fuera tan numerosa y, en un primer momento, vieron, con cierta estupefacción, como dos de sus aerodeslizadores eran derribados antes de ser capaces de descargar sus pesadas bombas antibúnker. Sin embargo, los soldados galaicos estaban acostumbrados a reaccionar incluso en las situaciones más adversas y pronto retomaron sus objetivos, a pesar de que ya no llevaban la iniciativa del combate.

Cinco bombas de mil kilos cada una, guiadas por láser, cayeron, penetraron metros y explotaron dentro de la quebradiza roca calcárea que cubría los túneles, en los que se ocultaban la mayoría de las tropas aragonesas y sus equipos. Y muchas de las cuevas se vinieron abajo, aplastando a un número considerable de infelices, que se creían a salvo porque pensaban erróneamente que sus refugios subterráneos les protegerían de las bombas.

El principal cometido de la variada fuerza aérea que los aragoneses habían compilado para defenderse era neutralizar los aerodeslizadores gallegos que pretendían bombardear sus posiciones, y para ello, además de atacar a los bombarderos, debían confrontar a la docena de cazas que les servían de escolta.

Las fuerzas aéreas enfrentadas estaban bastante igualadas, y en un primer instante nadie parecía poder apostar por la victoria de unos o de otros.

Era aventurado saber por quién se inclinaría la balanza de la batalla aérea si la caótica confrontación continuaba tal cual, pero había al menos un hombre al que no le gustaba lo que estaba viendo y tenía el poder de alterar las disposiciones de sus fuerzas a voluntad.

Dentro del puesto de mando móvil, Pedro Casáis, viendo en directo la imagen enviada por sus satélites, que aparecía nítidamente reflejada en la inmensa pantalla panorámica, que mostraba una clara y extensa visión de las fuerzas que participaban en la batalla, se dio cuenta de que la aviación aragonesa, mucha más numerosa de lo que él había estimado, era un grave peligro a tener en cuenta y por eso, después del breve lapsus de pasmo inicial, reaccionó:

—Ordena que nuestra aviación retroceda enseguida —ordenó, mirando brevemente al operador de radio que, al igual que los demás, estaba pendiente de sus palabras.

—Sí, señor —respondió concisamente el hombre antes de coger un micro y cumplir la orden.

Tan pronto como el comandante de la fuerza aérea gallega supo lo que se le ordenaba, no lo dudó. Consideró que dadas las circunstancias el mandato tenía sentido y él mismo abrió todos sus canales de comunicación con sus naves, y, tratando de que su voz sonase perentoria pero sin pánico, ordenó:

—Aquí águila uno a todos los aguiluchos. ¡Retirada! ¡Atrás muchachos! ¡Rápido!

Los disciplinados pilotos gallegos se apresuraron a cumplir la orden pero no se retiraron en desbandada. Estaban entrenados para proceder en hipotéticas situaciones como esa y, en ese momento, en un escenario de combate real, actuaron como se esperaba que hicieran y, disparando sus misiles a modo de cobertura. Esperando que los proyectiles autopropulsados usaran eficientemente sus sistemas de localización pasiva por infrarrojos o fueran atraídos por las emisiones electromagnéticas de las aeronaves que se les enfrentaban, volaron a la retaguardia de sus líneas de combate terrestres.

—Qué la primera y la segunda línea de misiles antiaéreos disparen a discreción

contra las aeronaves enemigas en cuanto las tengan fijadas como blancos —mandó el presidente Casáis, y de nuevo su orden fue obedecida en cuestión de segundos.

Sin embargo, los pilotos aragoneses también reaccionaban como expertos aviadores que eran, y lograron derribar dos aviones de combate gallegos, antes de que estos, junto con los aerodeslizadores, se alejaran raudos.

Tal y como Pedro Casáis esperaba el instinto prevaleció durante unos segundos entre los comandantes de las aeronaves enemigas y, al ver que los gallegos escapaban, dominados por ese impulso de cazadores, comenzaron a perseguirlos. Antes de que los mandos militares aragoneses reaccionasen con lógica militar, ya los cazas estaban siendo fijados como blancos por las numerosas baterías de misiles móviles que los gallegos habían dispuesto para cubrir todos los flancos de su ejército.

Los misiles antiaéreos gallegos salieron de sus lanzaderas con los blancos fijados en sus direcciones de tiro electrónicas, y también dispuestas a fijar sus objetivos de manera complementaria con las guías de infrarrojos que llevaban incorporados de serie. Y la primera andanada —unos sesenta— logró hacer impacto y derribar a la mitad de las aeronaves rivales.

Los aragoneses respondieron al ataque con sus misiles aire-tierra, y también consiguieron destruir una gran parte de las lanzaderas gallegas, que eran transportadas por vehículos oruga. Sin embargo, una segunda andanada de las lanzaderas —que ya disparaban a discreción— abatieron a todas las aeronaves excepto a dos que lograron escapar dañadas y retirarse, hasta aterrizar de emergencia en un campo distante, lejos de los dos ejércitos que se enfrentaban.

Al ser aniquilada la fuerza aérea aragonesa, los gallegos, sin oposición en el cielo, reiniciaron los bombardeos, y de nuevo las pesadas bombas antibúnker comenzaron a caer sobre la inestable roca calcárea que techaba los túneles en los que se refugiaban en grueso del ejército aragonés.

A pesar de todo, los agredidos no estaban indefensos, ya que sus mandos habían tenido el sentido común de situar a sus propios vehículos blindados antiaéreos en puntos estratégicos camuflados, y sus misiles guiados buscaron los fáciles blancos que representaban los bombarderos gallegos, volando despacio a bajo altura.

—Que toda la aviación retroceda —ordenó Pedro Casáis con los dientes apretados y el ceño fruncido por la contrariedad—, con un tono de voz apremiante, al radio operador que comunicaba sus órdenes desde el interior del centro de mando móvil en el que permanecía.

Cuando su orden fue cumplida y el cielo aparecía despejado de aeronaves, aunque cubierto por multitud de columnas de humo espeso, que subían a lo alto desde los múltiples incendios, que se abastecían de los restos inflamados de las aeronaves derribadas, de los porta misiles destruidos, o de la maleza que se había incendiado por esquirlas ardientes en diversos de puntos.

El monte ardía sin control pero el fuego era empujado por el viento que había cambiado, y en ese instante soplaba del sureste y se alejaba del campo de batalla. Las

llamas se dirigían a los cañones y barrancos y a las grandes cascadas que harían de barrera natural para contenerlo, pensó el presidente gallego, algo hipnotizado por la devastación que él mismo había iniciado y que veía nítidamente reflejada en la gran pantalla panorámica de su puesto de mando.

Es hora de dar la orden del ataque terrestre, pensó, sabiendo que todos sus subordinados estaban pendientes de él, esperando con una mezcla de impaciencia y nerviosismo la siguiente fase del combate.

—¿Están las tres divisiones valencianas listas para entrar en combate? —preguntó el presidente gallego en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular, de los que junto a él ocupaban el centro de mando móvil.

La pregunta sorprendió a los técnicos y al oficial de logística que los dirigía —un joven teniente culto, pulcro, fiable, discreto y eficiente—. Después de un breve instante de duda el eficaz oficial fue capaz de borrar la efímera mueca de estupefacción, que brevemente apareció en su cara al escuchar la pregunta, y responder:

—No lo sé, señor —admitió, y enseguida añadió—. Puedo ponerme en contacto con ellos y preguntárselo.

Una mueca taciturna de sarcasmo contenido y un silente asentimiento de cabeza por parte del presidente fueron una evidente confirmación para hacerlo, y el oficial dictó, mirando al operador que había escuchado en silencio a sus jefes.

—Ponte en contacto —ordenó el militar, serio y parco en palabras, sabiendo que no era necesario añadir nada más, puesto que era evidente que el técnico de radio estaba escuchando atentamente y no había perdido palabra de la conversación que mantenían junto a él.

—¡Aquí el mando de operaciones de la división Breogán llamando al puesto de mando valenciano de la división Carlet, cambio!

Repitió la llamada una segunda vez y después de un silencio que empezó a hacerse incómodo todos los presentes escucharon una voz titubeante que mostraba sorpresa en el tono.

—¡Aquí el mando de la división Carlet! ¡Le escucho, cambio!

Para sorpresa de los presentes el primero en reaccionar fue el presidente. Con un gesto fulgurante agarró el micrófono inalámbrico que se apoyaba en un soporte y, sabiendo bien lo que hacía, pulsó el botón que establecía la comunicación directa.

—Soy el presidente gallego y quiero hablar con el general Coronado —exigió con un tono voz marcadamente autoritario.

—Un momento, señor —respondió el hombre, en cuanto se recuperó del estupor.

Tres minutos después el general en jefe del ejército valenciano, pensativo, con una mueca interrogante plasmada en su curtido rostro, se puso al teléfono, y de manera genérica, a pesar de que sabía quién le llamaba, reveló:

—Aquí el general Coronado, diga.

—Hola general. Soy el presidente gallego —tuvo que volver a especificar Pedro

para iniciar la conversación.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor presidente? —preguntó el militar con un tono de voz casi neutro, que sin embargo reveló un atisbo de interés curioso.

—¿Están tus divisiones preparadas para el combate? —preguntó Casáis realmente interesado.

—Por supuesto —se apresuró a responder Miquelot, algo irritado porque sintió que se ponía en duda su capacidad organizativa y militar.

—Estupendo —alabó el presidente y añadió—. Sé que estáis en el sendero principal del valle de Añisclo. ¿Cuánto tiempo necesitas para trasladar tu ejército al frente?

La inesperada pregunta sorprendió al general. No esperaba ser él quién iniciara el asalto terrestre y pensaba que solo iba a reforzar las divisiones de asalto gallegas. Por eso, sin saber realmente por qué el mandatario gallego le hacía esa pregunta, respondió algo titubeante.

—Dos horas, creo.

—Quiero decirte que hemos aniquilado la fuerza aérea enemiga y no tienes por qué preocuparte de la aviación —explicó Casáis algo sarcástico y, antes de que su interlocutor considerara el comentario como insolente y se pusiese a la defensiva, añadió con otro tono de voz mucho más formal.

—He decidido que seas tú el que tome por asalto las fortificaciones enemigas —confesó, y antes de obtener respuesta agregó—. Hemos bombardeado sus trincheras y túneles y no han respondido a nuestro ataque. Imagino que muchos habrán muerto y que sus defensas no están operativas —explicó el presidente, y, antes de que su oyente tuviera tiempo de hacer cualquier objeción o exponer sus ideas, Casáis continuó con la intención de dejar las cosas claras.

—Hay algunas lanzaderas de misiles antiaéreos enemigos desperdigados en una amplia zona. Encargaré que algunas de mis batallones de asalto los busquen y aniquilen —especificó innecesariamente, puesto que eso no afectaría a las tropas de asalto valencianas. Por eso añadió:

—¿Necesitas fuego de cobertura antes del asalto o tú te encargas?

La pregunta tenía varias interpretaciones pero el general Coronado —un cincuentón prematuramente calvo, inteligente, ecuánime y detallista, alto y nervudo — respondió, y demostró que sin apenas tiempo para pensar sabía improvisar un plan de ataque.

—Naturalmente que emplearé fuego de cobertura, pero mis tanques y cañones son más que suficientes para mantener al enemigo en sus agujeros mientras la infantería traspasa sus líneas de defensa.

—Estupendo. Entonces... Dejo el ataque final en tus manos y espero que en poco tiempo conquistes el último baluarte aragonés que todavía se nos resiste.

—Entendido. De acuerdo. ¿Alguna otra cosa? —preguntó Miquelot con la intención de dar por terminada la conversación y empezar a cumplir su parte del trato.

—Nada más. A partir de ahora tú llevas la iniciativa del combate —quiso dejar claro Pedro y acrecentar el ego del valenciano.

—Muy bien. Comprendo —aceptó el general Coronado, y sin esperar nada más aguardó a que el comandante en jefe de los ejércitos aliados le dispensara.

—Estaremos en contacto. Buena suerte —terminó diciendo —ensimismado y con voz neutra— el presidente gallego.

—Gracias, señor —respondió el fornido valenciano, con los ojos entrecerrados, pensando intensamente en cómo llevar a buen término la tarea que le había sido encomendada, con el mínimo de bajas por su parte.

Dos horas después las tres divisiones valencianas sustituían en el frente a los dos cuerpos de ejército gallego, que estaban allí previamente y que se habían retirado a la retaguardia con discreta eficiencia, y esperaban ser testigos —informados todos de los nuevos planes de batalla— del asalto que estaban a punto de iniciar sus aliados.

El general Coronado sabía que «el honor» que el presidente gallego le había encomendado era un regalo algo envenenado. Se daba cuenta de que el mandatario galaico intuía que la lucha conclusiva, cuerpo a cuerpo, túnel a túnel y trinchera a trinchera, podía ser cruento, y era probable que hubiera muchas bajas por ambas partes.

«Por eso me ha encargado el ataque final. Sabe que no puedo negarme y que ni siquiera puedo cuestionar sus motivos», pensó Coronado, pero aún así la excitación le podía y no se hubiera cambiado por otro. Estaba seguro de la victoria y de que su nombre pasaría a la historia como el del hombre que había dirigido el ataque definitivo contra el último foco de resistencia aragonés en los Pirineos Centrales.

A pesar de todo el buen juicio era predominante en el general valenciano y pretendía ganar con el menor número de víctimas por su parte. Por eso, en cuanto le informaron que los cañones de campaña y los tanques estaban formados en líneas paralelas —como él había ordenado—, y tenían a tiro las trincheras enemigas, dio la orden de que comenzara el bombardeo, al tiempo que, bajo ese fuego de cobertura, sus regimientos de asalto se acercaban a tiro de piedra de las líneas enemigas.

En bombardeo fue profuso y duró poco más de diez minutos, durante los cuales miles de proyectiles cayeron sobre las localizadas posiciones enemigas de superficie, de manera que casi no quedó ningún área del macizo de Monte Perdido que no sufriera el impacto de las múltiples bombas que se emplearon en el ataque.

Cuando consideró que ya era suficiente y que no era probable que ninguna pieza de la artillería de superficie aragonesa hubiera resultado incólume, el general Coronado ordenó:

—¡Alto el fuego!

El operador de radio de campaña —que junto a él y a un grupo de oficiales excitados pero ociosos, que se limitaban a mirar por sus prismáticos y acusaban el infernal ruido del intenso bombardeo que sus oídos estaban obligados a soportar— repitió la orden varias veces a todos los demás, hasta que todos los humeantes

cañones guardaron un silencio, que por un instante resultó ominoso.

—Que comience el ataque de la infantería —mandó enseguida el general valenciano, mirando al frente, ensimismado, tratando de ver con sus prismáticos si algo se movía en la zona que acababa de devastar su artillería.

Miquelot habló pausado, aunque algo intranquilo porque no le parecía del todo lógica la falta de respuesta del enemigo a su ataque. Enseguida desechó sus temores y pensó que, probablemente, los aragoneses debían estar refugiados en los túneles, porque sabían que no podían soportar al aire libre un fuego de artillería tan intenso.

Los batallones de asalto valencianos, armados con ametralladoras, lanzallamas, lanzagranadas y algunos lanzamisiles portátiles, que llevaban soldados escogidos por su fiabilidad y robustez, comenzaron a avanzar apresurados pero en formación, buscando instintivamente la protección del grupo, con la cabeza gacha y algo encorvados para ofrecer un menor blanco a aquellos enemigos que estuvieran aguardándolos y se dispusieran a abrir fuego contra ellos.

Y eso fue lo que ocurrió. Tan pronto como cesó el bombardeo y un silencio ominoso se extendió por el macizo de roca calcárea, en cuyos túneles seguían refugiadas las diezmadas fuerzas aragonesas que no habían sucumbido al derribo de los túneles o al impacto de la infinidad de proyectiles de todas clases, que habían caído profusamente sobre sus posiciones. Los supervivientes sitiados, alicaídos, intuyendo que su resistencia iba a ser fútil y que la mayoría no saldrían de allí con vida, escucharon las chillonas y nerviosas arengas de sus oficiales y salieron, sabiendo que sus enemigos estaban a tiro de piedra, y que no tardarían en encontrar las entradas de las cuevas en las que se refugiaban, y que hasta entonces les habían protegido.

Al salir, armados hasta los dientes —algunos de ellos portaban grandes ametralladoras pesadas, que apenas podían transportar y pensaban montarlas sobre sus trípodes; estas armas eran capaces de partir literalmente a un hombre en dos y de detener incluso a algunos vehículos insuficientemente blindados—, los soldados aragoneses se dirigieron a los puntos de los parapetos que les habían sido previamente asignados. Muchos se encontraron con que sus trincheras se habían volatilizado por las bombas, pero aún así sabían qué hacer y se arrojaron a tierra, intentando camuflarse y protegerse tras la multitud de restos de sus destrozadas defensas antitanque —«erizos checos», principalmente— y de los accidentes del terreno, que les ofrecían una mínima protección pero incrementaban notoriamente su sensación de seguridad.

Tan pronto como los asaltantes vislumbraron movimiento y se dieron cuenta de que los defensores estaban tratando de ocupar sus posiciones defensivas, comenzaron a disparar a bulto, al tiempo que seguían avanzando encorvados, con los ojos desorbitados y los sentidos en alerta máxima, mostrando en sus rostros una mezcla de decisión, miedo y ferocidad.

Las armas de ambos bandos enseguida demostraron su eficacia y muchos cayeron

heridos, la mayoría no iban a levantarse más y estaban agonizando por los graves destrozos que los proyectiles habían causado en sus carnes.

El estruendo de las armas, las frenéticas ordenes de los oficiales y los gritos de agonía y dolor se entremezclaban en una cacofonía de sonidos escalofriantes. Sin embargo, la mayoría de los contendientes estaban tan obnubilados y frenéticos que solo pensaban en matar para sobrevivir. Los asaltantes trataban de llegar al cuerpo a cuerpo, pensando que su superioridad numérica y su apabullante potencia de fuego les permitirían vencer la resistencia de sus oponentes y salvar la vida. Los defensores trataban a toda costa de detener el ataque y sabían que para ello debían causar un gran número de bajas entre los que les acometían, para instaurar el miedo en ellos y hacer que el instinto de supervivencia les hiciera retroceder.

Ambos bandos sufrieron numerosas bajas en los primeros minutos del combate, y durante un tiempo nadie podía saber a ciencia cierta de qué lado se decantaría la victoria de ese brutal enfrentamiento.

Sin embargo, el general Coronado —situado en retaguardia, enseñando medio cuerpo, de pie dentro de la torreta de un tanque inmóvil, mirando con unos prismáticos el frenético desarrollo del combate— había planificado que hacer en ese caso, y había ordenado previamente que, en cuanto se sintieran en serio peligro, los oficiales que dirigían el ataque debían ordenar cuerpo a tierra y esperar.

—Al suelo, muchachos —ordenó uno de los mandos que iban al frente de las tropas de asalto, en cuanto vio que muchos de sus hombres caían para no levantarse más. El comando fue contagioso, y al poco todos los atacantes se echaron a tierra, tratando de mimetizarse con el entorno y no ser blanco de las balas trazadoras —que indicaban a los tiradores las trayectorias de sus disparos y les permitían hacer las correcciones de precisión y puntería para abatir a los visibles enemigos que avanzaban hacia ellos ligeros, aunque levemente encorvados—, ni de los francotiradores enemigos.

Eso era lo que el general Coronado estaba esperando y, en cuanto vio que el frente sus tropas de combate se habían lanzado a tierra, dio la orden que sus instruidos subordinados esperaban.

—¡Disparad los misiles, ya!

La esperada orden no tardó en ser cumplida y una docena de lanzaderas apuntaron a las entradas de las cuevas por las que habían salido los irredentos aragoneses.

Los proyectiles pasaron rasantes por encima de los soldados que se habían tirado a tierra e impactaron en los blancos contra los que habían sido dirigidos, las entradas de los subterráneos y sus aledaños, desde donde se defendían los atacados.

Tremendas explosiones hicieron saltar por los aires toneladas de tierra, rocas, defensas de hormigón, vehículos diversos, armas, y, además de malherir a muchos hombres, rompieron los tímpanos de otros muchos que tuvieron la desgracia de estar demasiado cerca de las atronadoras deflagraciones.

Las entradas de las cuevas —tal como esperaba el general Coronado—, se

bloquearon con toneladas de escombros, derrumbados o eyectados por el impacto de las bombas contra los accesos, y muchos de los que se resguardaban en el profundo interior quedaron atrapados.

Tan pronto como el general valenciano vislumbró —a pesar del polvo en suspensión y del humo de los múltiples incendios que achicharraban todo lo combustible en el área— que su plan principal: cegar los accesos de los túneles para impedir que los defensores enemigos recibieran refuerzos —había sido un éxito, ordenó al oficial artillero que estaba pendiente de él.

—Centra el fuego de los misiles tierra-tierra y de los cañones sobre las trincheras y los erizos checos.

—Enseguida, señor —respondió el subalterno, contento porque esa era la orden que esperaba.

De nuevo el estentóreo cañoneo retumbó sobre el macizo del Monte Perdido y volvió a atronar los oídos de los hombres —la mayoría de animales habían huido despavoridos o se resguardaban, aterrados, en sus madrigueras o refugios— que tenían que permanecer allí, en sus puestos de combate. Aunque la diferencia entre el sufrimiento de los contendientes era notable. Los agredidos estaban siendo masacrados y desmembrados por las potentes bombas que caían sin tregua sobre sus desmanteladas posiciones defensivas, y los agresores solo sufrían el lógico estrés que les producía el estar en primera línea de combate.

—¿Está listo el pelotón de avanzadilla? —preguntó el general Coronado, mirando a otro de sus oficiales que se mantenía a su lado.

—Sí, señor, por supuesto —respondió el inquirido, sabedor de lo que se esperaba de él.

—Está bien. ¡Alto el fuego! —ordenó en voz alta, mirando al oficial artillero que también estaba pendiente de él.

La orden de finalizar el bombardeo la dio el precavido general cuando se dio cuenta de que la mayoría de las posiciones atrincheradas enemigas estaban devastadas y que era un milagro que hubiera supervivientes.

Cuando el súbito silencio imperó en la montaña, el general valenciano ordenó:

—Qué el pelotón de vanguardia inicie el avance a la carrera.

Su orden fue retransmitida enseguida, y casi al instante, desde el flanco derecho de sus líneas, cincuenta hombres —protegidos con ligeros trajes térmicos, con las caras cubiertas con mascararas de gas, con los ojos cubiertos con visores que les evitaban el escozor del humo y les permitían ver mejor entre la bruma, la escasez de luz, o la densa humareda como era el caso, cubriendo sus cabezas con cascos que les protegían, les hacían totalmente irreconocibles y les daban un aspecto feroz; armados con ametralladoras ligeras, pistolas e incluso machetes— corrieron, adiestrados aunque lógicamente enardecidos, sabiendo que su cometido era acabar con los últimos contendientes enemigos que todavía pudiesen oponer resistencia.

Los excitados soldados valencianos que componían el pelotón de avanzadilla

penetraron en las trincheras aragonesas por entre los huecos abiertos por la artillería, en los retorcidos y destrozados erizos checos antitanque, que todavía eran un obstáculo mayor que los escasos parapetos de hormigón que habían resultado mucho más dañados, estaban casi todos desmenuzados y apenas ofrecían resguardo. Los frenéticos asaltantes, con el dedo en el gatillo de sus armas, prestos a disparar, buscaban instintivamente cualquier indicio de resistencia para centrar en él toda su potencia de fuego y liberar su acumulada adrenalina. Muchos, guiados por impulsos incontrolables, al ver que algunos de los caídos se movían dispararon contra ellos y los remataron sin pensar. Sin embargo, enseguida recuperaron la cordura que la excitación les había arrebatado temporalmente y se dieron cuenta de que los aragoneses, que poco antes habían tratado de reorganizar la línea de defensa, habían caído bajo el intenso bombardeo de esas repetidamente machacadas posiciones y estaban muertos o malheridos.

—Mirad si hay supervivientes. Quiero interrogarlos —ordenó el valiente comandante del pelotón —un capitán treintañero, alto y delgado, extremadamente escrupuloso, sincero y amable— en cuanto se calmó y pudo examinar la situación de manera razonada y analítica, aunque no había logrado calmar del todo su agitada respiración.

La orden fue interpretada como una toma de prisioneros y el ánimo de la excitada tropa mudó del estado de agresión a la fase de captura.

Después de cinco minutos de intensa busca en medio de las intrincadas trincheras, un suboficial reunió la información que necesitaba y se plantó delante de su impaciente superior.

—Solo hemos encontrado cinco soldados enemigos con vida, señor —informó, y añadió para dejar las cosas claras en pocas palabras—. Están muy mal heridos. Ninguno está en disposición de hablar y no creo que duren mucho.

—Gracias, sargento —dijo el oficial y, sacando un video teléfono móvil de un bolsillo de su guerrera, pulsó el botón que lo comunicaba automáticamente con su puesto de mando.

Después de hablar con un operador intermediario logró que el general Coronado se pusiera al teléfono.

—¿Cómo ha ido, capitán? —pregunto el estratega jefe valenciano en cuanto supo quién le llamaba, con un ligero tono de ansiedad.

—Hemos tomado las trincheras que defienden las entradas de las cuevas, señor —explicó y añadió—. No hemos sufrido bajas y solo hemos capturado a un puñado de ellos con vida. Todos están muy graves y no pueden hablar —expuso, intuyendo que eso era lo que su jefe quería saber.

Tras un breve silencio para analizar la cambiante situación y decidir qué hacer a continuación, Miquelot Coronado preguntó:

—¿Puede ver bien las entradas de las cuevas, capitán?

—Sí, señor —respondió el eficiente militar, al tiempo que con la izquierda asía

los prismáticos y volvía a mirar hacia las derruidas posiciones enemigas.

—¿Qué ve? —Tuvo que preguntar Coronado después de un breve silencio.

—Las entradas de las cavernas se han derrumbado y están obstruidas —respondió el eficiente oficial, tratando de distinguir algún signo de vida, porque intuía que eso era sobre lo próximo que iba a preguntarle su superior, y no se equivocó.

—¿Hay algún indicio de actividad del enemigo? —inquirió Coronado, con el ceño fruncido y los ojos achicados, pensando intensamente en todas las posibles disyuntivas que se le podían presentar.

—Nada, señor. No se ve a nadie. Parece indudable que todos han quedado atrapados dentro.

—Entonces, ordene avanzar a sus hombres, capitán, y tome posiciones frente a las entradas de las cavernas.

—Sí, señor —respondió el oficial, sabiendo que lo que su superior esperaba de él era que comprobara que todo era como intuían y que los aragoneses habían sido vencidos, y si casualmente algunos sobrevivían dentro de los túneles ya no representaban un peligro.

Poco más de media hora después el general Coronado en persona examinaba los escombros que habían cegado las entradas de las cuevas del enemigo. El militar, a pocos metros de la entrada del subterráneo más grande, cavilaba. Sospechaba que el enemigo había escondido en las cavernas grandes cantidades de armas, municiones y vehículos. Además, estaba seguro de que los túneles habían servido de refugio a un número indeterminado de batallones, e intuía que era probable que muchos estuvieran todavía vivos, atrapados dentro.

Para verificar si su intuición era acertada decidió comprobarlo de una manera sencilla.

—Capitán, que los operadores de radio traten de contactar con el enemigo en todas las frecuencias —ordenó al jefe del pelotón que había tomado las trincheras y estaba a su lado, silente, esperando órdenes.

—Sí, señor, enseguida —respondió el oficial y se dirigió al centro de mando móvil más próximo, porque allí era donde se confinaban los equipos de comunicaciones más eficientes.

Al poco, el eficiente capitán valenciano —llamado Ernest Saez— regresó y confirmó que la intuición del general era acertada.

—Hemos establecido contacto con diversos grupos aislados —declaró al ver fijos en él los interrogantes ojos del general Coronado, y añadió para completar la información—. Parece evidente que en todos los túneles hay supervivientes.

—¿Los ha conminado a rendirse? —preguntó maquinalmente el comandante en jefe valenciano, mostrando cara de preocupación, porque la evidencia le planteaba dos dilemas: dejar morir a los atrapados o intentar una difícil y ardua operación de rescate.

—No, señor. No se me ocurrió preguntar eso ni darles un ultimátum —respondió

el capitán Saez, ligeramente ruborizado porque pensó que su superior le estaba recriminando una falta.

—No se preocupe, capitán. He preguntado una tontería. Es evidente que deben estar aterrados y que estarán deseando ser rescatados y que la rendición debe ser la menor de sus preocupaciones, ya que se enfrentan a una muerte lenta si no pueden salir de esas cuevas —pronosticó el general, al darse cuenta de que su subalterno mostraba rubor y turbación.

—Voy a ordenar que traigan máquinas para tratar despejar las entradas. Tenemos algunas excavadoras y diverso equipo de perforación de túneles y creo que con esa maquinaria pesada tendremos alguna oportunidad de retirar los escombros y es posible que podamos rescatar a los desgraciados que están atrapados dentro —declaró Coronado, pensando intensamente en cómo solventar ese contratiempo.

El general valenciano era un hombre honesto, recto y empático, aunque eso no le impedía ser práctico. Su estado de ánimo era de contento por la victoria, y el hecho de que un número indeterminado de enemigos estuvieran atrapados, y que sus vidas corrieran un serio peligro no le iba a quitar el sueño, pensó, pero aún así sabía que se sentiría mejor consigo mismo si hacía lo posible para evitar víctimas innecesarias. Además, no quería pasar a la historia como el hombre que no prestó ayuda a gentes enterradas en vida.

Tomada esa decisión se dispuso a ponerla en práctica en breve, pero antes miró de nuevo al oficial que, todavía algo tenso, delante de él, esperaba en silencio alguna orden concreta.

—Encárguese usted, capitán. Vaya a hablar con el comandante de zapadores. Dígale lo que quiero que haga y después pónganse en contacto de nuevo con los oscenses atrapados y dígales que vamos a rescatarlos. Si se rinden, claro —finalizó diciendo Coronado con una sonrisa algo irónica plasmada en la cara, pero que no tenía atisbos de malicia.

El capitán Saez también sonrió, y, contento de ser útil, ya sosegado, se llevó la mano a su gorra de plato para realizar un impecable saludo militar, al tiempo que decía con parquedad de palabras, antes de dar la vuelta y disponerse a cumplir las órdenes.

—Enseguida, señor.

Coronado respondió maquinalmente al saludo, y mientras su subordinado se alejaba él hurgaba en uno de sus bolsillos para coger su vídeo teléfono e informar al presidente gallego que habían vencido, aunque sospechaba que el mandatario ya lo sabía, porque era evidente que disponía de innumerables satélites que le mostraban todo lo que ocurría en el campo de batalla en tiempo real.

La intuición resultó acertada, puesto que tan pronto como la cara de Pedro Casáis se hizo visible en la pantalla, este fue el primero en hablar y dijo sonriente.

—¡Felicidades, general!

—Gracias, señor —se vio obligado a responder Coronado, perdida ya la iniciativa

del dialogo.

—Espero que puedas venir a verme y contarme en persona los detalles, ¿puedes?

—Por supuesto, señor —confirmó y añadió antes de cortar la comunicación—. Iré enseguida.

Antes de subir al vehículo blindado de asalto que tenía a su disposición, y decirle a su chofer adonde debía llevarlo, el general volvió la vista atrás y vio que sus órdenes estaban siendo cumplidas, ya que las excavadoras y taladradoras se habían puesto en marcha, y se dirigían a las derruidas entradas de las cuevas.

Más tarde sabría que su acción había salvado la vida de más de trescientos aragoneses, pero eso sería más tarde. En ese instante rebosaba de contento por su indiscutible éxito militar, y simultáneamente pensaba en la inminente conversación que iba a mantener con el líder de los gallegos, al que también él debía obediencia.

El rey portugués intentaba mantenerse en forma a pesar de sus años y, enfundado en un chándal, caminaba sobre cómodas zapatillas de deporte hechas a medida para él. El monarca mantenía un buen ritmo y su respiración agitada y el incipiente sudor que perlaba su frente y humedecía visiblemente sus sobacos, indicaban que ya había hecho un notable esfuerzo y que ya debía llevar un largo trayecto recorrido de su habitual ejercicio matinal. Iba solo por un sendero privado, que recorría un buen trecho de las orillas de Tajo, bien delimitado por arboles de gran porte, principalmente araucarias viejas, aunque también flanqueaban la senda algunos castaños y pinos, entre los cuales se veían unos pocos arbustos y retazos de césped que pugnaban por sobrevivir aprovechando la poca luz que los grandiosos y tupidos árboles dejaban llegar a tierra en algunos momentos del día.

El soberano de Portugal se llamaba Miguel V, y afirmaba que su ascendencia se remontaba a Miguel I de Braganza. Esa era la historiografía oficial que ningún historiador se atrevía a poner en duda, aunque era un hecho probado y conocido por todos que su abuelo se había proclamado rey por la fuerza, abduciendo esos derechos dinásticos cuando la república portuguesa se descompuso, a causa de luchas intestinas, como había ocurrido en el resto de la península ibérica.

Miguel V se hallaba en la principal pista de senderismo que estaba contenida dentro de los amplios jardines vallados situados en la ribera del río Tajo, dentro de los que se erigía su residencia oficial: el remozado Palacio de Belém.

Como cada mañana, al llegar al extremo suroeste de la propiedad, el monarca se detenía para hacer un breve descanso en un altozano en el que había un repujado banco de acero, desde el cual, sentado, disfrutaba de las magníficas vistas al río, y recuperaba el resuello antes de hacer el recorrido de vuelta a su palacio, ansioso por darse la primera ducha del día.

El rey de Portugal acababa de cumplir 74 años y era un hombre valiente aunque pacífico, que nunca luchaba a no ser que se sintiese atacado y necesitase defenderse a él mismo o a los suyos. Sabía recurrir a todos los recursos para escapar de las dificultades. Además, destacaba por su galantería. Otra de sus virtudes era una fuerte personalidad muy difícil de desviar o destruir. Cuando iniciaba un trabajo no se detenía hasta verlo concluido. Trataba de comportarse con honestidad en todos los asuntos, hasta el punto de parecer ingenuo algunas veces. Vividor y sensual eran otras dos características destacadas del monarca.

Ya sentado en su familiar banco miraba hacia el río, sin fijarse ni disfrutar de la belleza del lugar, ni prestar atención al ruidoso canto de los pájaros que pululaban por doquier. La abstracción del monarca se debía a su preocupación: temía por su vida.

Miguel V se había casado dos veces. Su primera esposa había fallecido hacía ya

una década y su segunda cónyuge era cuarenta años más joven que él. El rey era estéril y eso hacía mucho tiempo que lo sabía. Sin embargo su pareja actual se había sometido a una inseminación artificial y habían logrado tener un niño que ya había cumplido dos años.

El hijo era una bendición que había venido a alegrar la vejez del monarca, pero últimamente también era una causa de ansiedad. La preocupación era por el niño, más bien por el futuro de su vástago si él fallecía. Temía que cualquiera de sus dos sobrinos adultos (hijos de un querido hermano muerto en un accidente náutico hacía años) quisieran ocupar el trono, y para ello atentasen contra la vida de su descendiente y también de su esposa, porque si el niño llegaba a adulto, por lógica, reclamaría su derecho a ser coronado, y eso cualquiera que aspirase al trono lo sabía.

El rey quiso actuar en cuanto se dio cuenta de que la vida de su hijo corría un grave peligro de ser asesinado por cualquiera de sus dos parientes, y cuando se decidió a proceder con fría crueldad preventiva y hacer que sus sobrinos sufrieran «desgraciados accidentes mortales», fue demasiado tarde. Ambos supieron que el rey actuaría contra ellos y los dos huyeron tomando caminos separados, y nadie sabía dónde se ocultaban, aunque los servicios de inteligencia portugueses intuían que habían salido del país y estarían escondidos en cualquiera de los Estados ibéricos vecinos.

La huída de los dos posibles pretendientes a la corona portuguesa complicaba las cosas al monarca, ya que solo el azar era el que dilucidaría el futuro y no sus acciones, y a Miguel V no le gustaba dejar las cosas al albur del destino, puesto que estaba acostumbrado a modelar el porvenir a su conveniencia.

Allí mismo, días antes, sentado en el mismo banco que ahora ocupaba, se le ocurrió una posible solución a su problema. Era notorio que sus vecinos gallegos estaban obteniendo importantísimos éxitos militares en la guerra y se había anexionado o controlaban *de facto* una gran parte de la península. Pensó que incluso era posible que el presidente gallego pusiera sus ambiciosos ojos en Portugal si tenía sus demás conquistas consolidadas.

Miguel V no temía en exceso a los gallegos puesto que su poderío militar era equiparable al de estos. Sin embargo pensó que una alianza con ellos daría tranquilidad a ambos países, y era probable que esa federación neutralizase el peligro que sus sobrinos representaban para la vida de su hijo, siempre y cuando el presidente gallego accediese a firmar un pacto con él, aceptando como condición que, en cuanto el niño llegase a la mayoría de edad fuera coronado rey.

El monarca portugués sabía que podía estar cometiendo un error, puesto que nada le garantizaba en el futuro que el gallego mantuviese el trato, pero esperaba que al menos respetase la vida de su hijo y le permitiera ser coronado, y, si bien era probable que su vástago terminara siendo un títere en manos del ambicioso y temido Pedro Casáis, esperaba que le permitiera seguir con vida y ocupar el trono, aunque el verdadero poder estuviera en manos del gallego. Lo que si era seguro era que si él

fallecía en las actuales circunstancias, antes de que su heredero dejase de ser un niño, este moriría a manos de cualquiera de sus sobrinos.

Tan pronto como Miguel V llegó a esa conclusión decidió enviar a un embajador de confianza a Santiago, para exponer su deseo de una alianza y concertar una entrevista con el presidente de Galicia, para discutir los términos de asociación y colaboración.

El enviado del rey había partido hacia la capital galaica hacía tres días y de momento no había llamado para decir nada más que estaba a la espera de ser recibido por el mandatario gallego.

Ya recuperado el ritmo sosegado de su respiración, el monarca, todavía sentado, volvió a centrarse en el presente y vio que el recién salido sol lucía radiante en un cielo de nubes esquivas y huidizas, que eran empujadas por la ligera brisa que agitaba las ramas y refrescaba ligeramente el ambiente de esa luminosa mañana de mediados de septiembre. El Ebro fluía mansamente, ajeno a que las iridiscencias de sus aguas atraían a los insectos, que estaban siendo devorados por esbeltas y gráciles golondrinas, muchas de las cuales habían nacido allí y estaban perfeccionando su vuelo antes de partir, guiadas por sus progenitores, hacia nuevos y cálidos cuarteles de invierno.

Cuando el rey se disponía a levantarse y tomar el camino recto que le llevaría a la ducha, que habitablemente usaba después de su ejercicio matutino, un leve ruido, anacrónico allí, le hizo girar la cabeza. Vio que uno de los discretos guardias que le rodeaban a distancia había detenido a un hombre que había entrado en el cordón de seguridad que le protegía a él, y le interpelaba mientras otro de sus escoltas apuntaba al intruso con un subfusil. El individuo iba en un «segway», y sus explicaciones debieron satisfacer al guardia porque enseguida lo dejó continuar, y al poco, al tenerlo más cerca, Miguel V lo reconoció como su secretario personal, y curioso esperó para saber lo que el hombre quería decirle.

El individuo se detuvo, dejó el vehículo eléctrico estabilizado y, de pie, después de hacer una perfecta reverencia, miró a los ojos del monarca y dijo:

—Majestad. Ha llamado el enviado a Santiago y ha dicho que el presidente gallego está dispuesto a venir aquí a hablar con usted. ¿Qué hacemos? —preguntó el auxiliar desconcertado por lo inesperado.

La noticia también fue una sorpresa para el monarca, y por un instante el desconcierto y la estupefacción se reflejaron en su cara. Sin embargo, enseguida reaccionó y manifestó:

—Ve y dile al operador de comunicaciones que se ponga en contacto con nuestro hombre y que acuerden la reunión para la hora del almuerzo. ¡Un momento! —Rectificó el rey —con cara pensativa, ceñuda, y ojos achicados que indicaban interrogación—. Mejor dile que por mi parte estoy disponible entre la una y las tres de la tarde, y que sea el presidente gallego el que decida qué hora le parece mejor—. ¿Has entendido?

—Sí, Majestad —se limitó a responder el hombre.

—Entonces... Súbete de nuevo a ese cacharro y ve a comunicarlo —dijo el monarca señalando al segway con un ligero gesto de cabeza.

El secretario no dijo nada más. Volvió a hacer la acostumbrada genuflexión y se dispuso a cumplir la orden.

—Tan pronto como sepas la hora concreta ven a decírmelo. Ahora voy a ducharme y a vestirme para la ocasión —explicó, al tiempo que se ponía en pie.

—¡Ah! Dile al jefe de protocolo que venga a verme.

—Enseguida, Majestad —respondió el asistente al tiempo que asentía con una nueva inclinación de cabeza y hacía que el transporte personal con autobalance girara y, a toda velocidad, regresara por donde había venido.

La maquinaria protocolaria del Palacio de Belém se puso en marcha, en cuanto el jefe de protocolo se enteró de la importante visita que iban a recibir. Frenético, el maestresala, se encargó de que la residencia real de estilo barroco y neoclásico estuviera impoluta, y que en las entradas y en el salón del trono los guardias reales vistieran sus destacados uniformes de gala.

La reunión iba a ser privada y ningún cortesano ni consejero real, en principio, iban a escuchar lo que el rey de Portugal y el presidente de Galicia iban a decirse. Eso no era óbice para que el director de etiqueta se tomase la licencia de ordenar a los cocineros que prepararan un almuerzo especial, por si ambos líderes decidían comer juntos.

A las catorce treinta el artillado aerodeslizador que transportaba a Pedro Casáis aterrizó en el helipuerto del palacio. Diez minutos después el presidente gallego, escoltado por cuatro miembros de su guardia personal, hacía su entrada en el salón del trono, donde le esperaba su anfitrión.

Miguel V no ocupaba el sitio. Se hallaba de pie junto a un ornamentado ventanal que se abría al jardín.

Tan pronto como la pesada puerta de roble labrado que daba acceso a la estancia se abrió, el monarca pudo ver como su invitado entraba, mientras los componentes de su escolta, flanqueando la entrada, se quedaban atrás, junto a los guardias portugueses que, a pesar de lucir uniformes de gala, empuñaban intimidantes ametralladoras que no tenían nada de decorativo.

Ambos mandatarios se miraron y, lógicamente, fue el gallego el que siguió adelante, ignorando el lujo de la sala y el apabullante número de obras de arte que contenía.

Fue Pedro el que alargó la mano después de detenerse y hacer una leve inclinación de cabeza que no mostraba sumisión, y solo podía considerarse como un gesto de cortesía hacia el monarca.

Se estrecharon la mano y ambos notaron que la energía y la fuerza del otro.

—¡Bienvenido, señor presidente! Me alegra que haya aceptado mi invitación y decidido venir aquí con tanta presteza —dijo el rey, mostrando las arrugas que

nítidamente se veían en su cara al sonreír con franca camaradería.

—La curiosidad es una de mis debilidades y no podía dejar de preguntarme el por qué de esta súbita invitación —declaró el mandatario gallego con un tono de voz que transmitía franqueza.

El rey asintió maquinalmente con la cabeza, al tiempo que su rostro se mostraba una ligero atisbo de duda, como pareciendo buscar las palabras con las que explicar lo que todavía no tenía del todo claro. Por eso, tratando de ganar algo de tiempo, recurrió a la cortesía y, señalando unos divanes que amueblaban una esquina del salón, dijo:

—Por favor sentémonos —y sin pausa añadió—. No me parece correcto mantener una conversación importante de pie, ¿no cree?

El presidente asintió en silencio, y con un gesto de la mano indicó al soberano que se adelantara y eligiera él primero el sitio donde aposentarse.

—Ya sentados frente a frente, el rey, ensimismado, buscando las palabras adecuadas, y el gallego mirándolo con ojos inquirientes y curiosos.

—No sé por dónde empezar —admitió el monarca con una mueca de disculpa.

Pedro Casáis se mantuvo en silencio, ya serio, aunque estuvo a punto de decir con ironía que lo mejor sería que empezara por el principio.

Inspirando sonoramente, Miguel V, se forzó a relajarse y, ya sereno, se decidió a contar algo de sí mismo, consciente de que eso llevaría la conversación al punto deseado.

—Es evidente que yo ya tengo demasiados años y poca energía. Además, mi salud no es muy buena y me temo que no me queda mucho tiempo de vida.

—Yo os veo muy bien para la edad que tenéis, Majestad —dijo Pedro, con respeto y sinceridad, puesto que a sus ojos el monarca parecía sano.

—Gracias, señor presidente —respondió el rey portugués sonriente, y enseguida añadió—. Ahora mismo me siento bien, pero tengo arterioesclerosis y algunas cosillas más que irán a peor con el tiempo.

El presidente gallego no respondió. No quiso seguir hablando de vejez y enfermedad, y esperó a que su anfitrión fuera al grano y dijera lo que quería decir.

Ambos se mantuvieron en silencio durante un par de minutos y Pedro notó que el monarca parecía pensar intensamente, y se dio cuenta de que estaba buscando las palabras más adecuadas para contarle por qué le habían llamado.

—Imagino que sabe que tengo un hijo de dos años, ¿no?

El presidente gallego asintió con la cabeza, en silencio. Se había informado de ese hecho y de otras muchas peculiaridades de Miguel V, poco antes, en cuanto supo que el rey portugués quería hablar con él.

—Es el único hijo que tengo y me temo que yo ya no estaré cuando él tenga edad para sustituirme y ocupar el trono.

Tampoco esta vez respondió el gallego y el monarca, algo titubeante, se vio obligado a continuar explayándose.

—Tengo dos sobrinos que representan un problema —expuso el rey y volvió a callar, esperando a ver la reacción que esas palabras producían en su interlocutor.

El mandatario gallego pareció comprender por dónde iban los tiros. Se removió incómodo en su asiento e hizo la pregunta que el monarca portugués esperaba.

—¿Por qué son un problema? Tengo entendido que vuestro poder es incuestionable, ¿me equivoco?

—Mi poder es indiscutible ahora, pero si fallezco me temo que mis sobrinos conspiraran para ocupar mi puesto. Es probable que uno de ellos acabe con el otro pero eso no es lo que me preocupa. Me temo que la vida de mi hijo correrá peligro.

—Entiendo... Sin embargo sigo sin saber por qué os preocupáis tanto. Imagino que conoceréis el refrán: muerto el perro se acabó la rabia.

El monarca asintió y en su cara se reflejó una mueca que no llegó a cuajar en sonrisa sardónica antes de decir:

—He tardado demasiado en actuar y ahora no sé dónde se esconden mis sobrinos.

—¿Y en qué me atañe eso a mí? —preguntó el presidente Casáis, con gesto adusto y tono irreverente, cansado ya de circunloquios.

—Tengo una propuesta que hacerle, señor presidente.

—Adelante. Soy todo oídos.

El rey ignoró la mordacidad de la frase y continuó:

—Le ofrezco la regencia de Portugal con una condición.

—¿A mí? —preguntó el gallego, estupefacto, totalmente descolocado por el ofrecimiento.

—Sí, a usted —confirmó el rey, analizando al detalle la reacción de su boquiabierto interlocutor.

—¿Con qué condición? —Fue capaz de preguntar Pedro Casáis, en cuanto asimiló la sorprendente propuesta.

—Cuando mi hijo sea mayor de edad lo coronareis rey.

El silencio volvió a reinar hasta hacerse molesto, mientras ambos hombres trataban de imaginar lo que estaba pasando por la cabeza del otro.

—¿Qué beneficio obtengo yo de este acuerdo? —preguntó el presidente, para sonsacar algo más al soberano, aunque sabía que ese pacto le ofrecía un sinfín de posibilidades nuevas de las que podía sacar provecho.

—La primera consecuencia, si mis condiciones son aceptadas, será que te nombraré general en jefe del ejército portugués y tu poderío militar se incrementará considerablemente con ello —expuso el monarca, tuteando al mandatario gallego por primera vez.

A Pedro no se le escapó el detalle y no le molestó, aunque supo que él no debía tutear al monarca, aunque fuera en reciprocidad no sería correcto.

—¿Podré disponer del ejército portugués sin cortapisas?

—Ese será parte del trato —confirmó el rey, y esperó la siguiente pregunta:

—¿Cómo podré estar seguro de que vuestros generales van a obedecerme,

Majestad?

—Yo lo anunciaré a mis súbditos y haré hincapié en que te nombro regente, para que defiendas los derechos dinásticos de mi hijo hasta que este sea coronado rey — declaró el monarca y añadió—. Es posible que alguno esté en desacuerdo pero estoy seguro de que obedecerán mis órdenes, y si es necesario haré que mi servicio secreto se encargue de purgar a los más reticentes.

Pedro seguía sorprendido por el inesperado ofrecimiento y quiso saber algo más de las razones que habían impelido al monarca a hacerle ese inusual ofrecimiento. Por eso preguntó sin rodeos.

—¿Por qué piensa Su Majestad que yo cumpliré mi parte del trato?

—Tengo mis dudas, lo confieso; pero tengo entendido que eres un hombre de honor. Además, la alternativa es dejar que cualquiera de mis sobrinos mate a mi hijo. Y eso ocurrirá sin duda si yo muero antes de que mi heredero sea adulto.

—Entiendo —confesó Pedro, mientras su cerebro hacía infinidad de cálculos.

—El trato seguirá en pie aún en caso de que tú o yo aprehendamos a mis sobrinos. Lo digo para que no quede la menor duda.

—Me parece bien —admitió el presidente gallego, con voz y gesto que denotaban sinceridad.

—¿Quiere eso decir que tenemos un trato? —preguntó el monarca.

—Sí. Acepto el trato —respondió el gallego con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas.

—¡Estupendo! —dijo el rey, al tiempo que se levantaba y era imitado por su invitado.

Con una sonrisa de contento plasmada en la cara, Miguel V alargó la mano para estrechar la del hombre con el que había establecido un pacto tan inusual.

El apretón de manos les produjo a ambos buenas vibraciones y el monarca decidió actuar como un buen anfitrión.

—Vamos a brindar por nuestro acuerdo. ¿Qué quieres tomar? —Preguntó, y antes de obtener respuesta añadió—. ¿Qué te parece si bebemos una de las botellas de vino que tengo reservadas para las ocasiones especiales?

—Me parece perfecto.

Miguel V levantó la mano derecha en un consabido gesto que todos sus sirvientes sabían interpretar. Desde una esquina sombría que lo camuflaba, un mayordomo vio la conocida señal y se apresuró a presentarse ante el monarca. Este le dijo el vino que deseaba tomar y el hombre se apresuró a salir para cumplir la demanda. Al poco el lacayo regresó con una fuente en la que portaba el vino y dos copas. Depositó el recipiente de plata maciza sobre una mesilla preparada para esos menesteres, escanció las dos copas y las entregó simultáneamente a los dos mandatarios.

—¡Por nuestro acuerdo! —dijo el monarca adelantando la copa y haciéndola chocar levemente contra la que asía el jefe de gobierno gallego.

—¡Por nuestro acuerdo! —Se sintió obligado a responder Pedro Casáis, y antes

de llevar la copa a los labios añadió de manera rutinaria y ritual—. ¡Salud!

Bebieron generosos sorbos del excelente oporto de más de diez años que el rey había escogido para la ocasión.

Mientras paladeaba el excelente vino la mente del gallego procesaba a marchas forzadas los detalles del acuerdo al que acababa de comprometerse. Supo que a grandes rasgos cumpliría su parte del trato, y si de él dependía haría lo posible para que el niño llegara a ocupar el trono, aunque nada le impedía que el nombramiento del futuro monarca portugués fuera solo un acto protocolario, y que el poder del rey fuera solo simbólico. Esperaba que el mando real de los territorios conquistados, anexionados o aliados residiera en el jefe de gobierno gallego, y pensó que para entonces era posible que todavía siguiese siendo él quien gobernara.

Pedro bebió otro sorbo del buen vino de Oporto, e intuyó que a partir de ese momento él y el viejo monarca iban a seguir hablando, mezclando temas sustanciales y triviales, con la intención de confraternizar y conocerse mejor. Vislumbró que iban a beber más de la cuenta y que la reunión se prolongaría más tiempo del que en principio tenía pensado. No le importaba, concluyó, no tenía prisa y sabía que una conversación distendida con el veterano monarca le aportaría más conocimientos que cualquier informe que su servicio secreto pudiera proporcionarle.

Su premonición empezó a cumplirse cuando el rey portugués lo miró fijamente y dijo de manera que resultaba muy difícil rebatirlo.

—Ya es la hora del almuerzo. Espero que me hagas el honor de comer conmigo.

—Será un placer, Majestad.

Ambos sonrieron de manera espontánea. Cada uno imbuido en sus propios pensamientos, pensando ambos que sus primarios intereses prevalecían, mientras el diligente lacayo volvía a llenarles las copas de vino.

Las dolorosas contracciones del parto sorprendieron a Elena en su casa coruñesa. La mujer sentía un dolor intenso en la espalda y en el bajo vientre y supo que esta vez sí, que los espasmos no eran los de un parto falso, que eran verdaderos y que estaba a punto de dar a luz. Notó que su barriga se había endurecido de nuevo, e intuyó que podía «romper aguas» en cualquier momento.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó la asistenta, que también estaba en la sala de estar y notó los súbitos cambios de su ama.

—Creo que ha llegado la hora —respondió Elena, mirando instintivamente su abultada barriga.

No hizo falta dar más explicaciones, puesto que era evidente lo que estaba pasando, y la mujer dijo:

—Llamaré a la ambulancia enseguida.

—¡No! ¡No! No hace falta que llames a una ambulancia. Díselo al jefe de mi escolta y al chófer para que organicen mi traslado inmediato al hospital materno infantil —ordenó Elena con sorprendente serenidad, a pesar de que se hallaba repantigada en un sofá y le costaba moverse.

—Sí, señora —se limitó a afirmar la criada y salió apresurada a cumplir lo que se le había ordenado.

Media hora después la primera dama gallega se hallaba en una habitación de hospital y estaba siendo atendida por solícitas enfermeras y un experto ginecólogo.

Simultáneamente, a casi trescientos kilómetros de distancia, a diez millas de Gijón, en pleno Cantábrico, ocurría algo que iba marcar el destino de la mujer que estaba a punto de dar a luz a su primer hijo.

El elegante y confortable yate blanco de 29 metros de eslora estaba fondeado y se mecía suavemente por un apenas perceptible mar de fondo. Una ligera brisa refrescaba el ambiente y hacía soportable la exposición al sol de mediodía.

Guillermo de Montemayor, el imponente rey de Asturias, y su bella esposa, María, se encontraban solos en la parte trasera de la inmensa bañera del barco. Marido y mujer vestían solo trajes de baño, él unos bóxer azules y ella un diminuto bikini multicolor, que no dejaba mucho a la imaginación. Se hallaban sentados en un sofá en U que rodeaba una mesa, que también podía convertirse en solárium. Los dos bebían de vez en cuando un refresco isotónico, que mantenían frío en una cubitera de hielo, y no perdían de vista a los dos niños: sus hijos de diez y once años, que, entusiastas, se dedicaban a pescar, sin mucho éxito, con ligeras cañas de carbono. Un par de jureles eran los únicos peces que habían atrapado pero era evidente que los muchachos todavía no se habían desanimado y se retaban a ver quién pescaba más.

La escena era idílica y los marineros y sirvientes se mantenían en un discreto

segundo plano.

La familia real asturiana disfrutaba de un día de asueto, lejos de los agobios de la corte, escoltados por un par de patrulleras de combate, que se mantenían a una discreta distancia.

Nada hacía sospechar la catástrofe que se avecinaba ni el calamitoso destino que el azar les tenía reservado.

Un meteorito de unos 1.200 kilogramos y de algo más de un metro de diámetro entró en la atmosfera terrestre a 65.000 kilómetros por hora y estalló a unos 28 kilómetros de altura, esparciendo fragmentos en un área elíptica de unas 20 X 6 millas, sobre el Cantábrico, al norte de Gijón.

Uno de los mayores fragmentos impactó en pleno centro del yate real y la explosión resultante destruyó completamente el barco y mató instantáneamente a todos sus ocupantes.

El fallecimiento de la familia real al completo causaría consternación en Asturias y, pasado el periodo de duelo, todos se darían cuenta de que la línea de sucesión al trono continuaba en la única hermana del monarca.

Entretanto, ignorante de los desgraciados acontecimientos que iban a dar un vuelco a su vida, Elena de Montemayor, casi de manera simultánea al accidente, daba a luz a su esperado primer hijo.

El soldado miraba las pantallas sin mucho interés. Pensaba que su guardia nocturna estaba a punto de terminar, ya que en poco más de media hora sería relavado por otro radarista, que iniciaría el primer turno de vigilancia diurno en la estación de observación marítima y aérea que se localiza en Algeciras. Desde ese centro de control se escudriña una amplia zona de mar y tierra, desde cabo Trafalgar hasta Punta Chullera.

La torre de control es una especie de sala de máquinas atestada de pantallas individuales y frontales. Las de mayores dimensiones muestran imágenes muy detallistas de una extensa zona costera, y el lugar es conocido como los ojos del estrecho. Allí pueden verse los datos de media docena de estaciones, que están dotadas de sensores y radares aéreos y de superficie, en cuyas pantallas aparecen los ecos de cualquier aeronave o barco que entre el área escudriñada. En el lugar también son estudiados y analizadas las imágenes satelitales, de cámaras infrarrojas, térmicas y de vídeo. Además, las antenas de comunicaciones de gran alcance permiten escuchar cualquier llamada de auxilio o radiar señales de alarma en la zona más al sur de la península ibérica.

Poco después de las siete de la mañana, cuando faltaba poco más de media hora para que amaneciera, el soldado pasó de la indolencia a la alarma en un segundo. Sus entrenados ojos detectaron seis ecos en la pantalla del radar de superficie de más largo alcance. Enseguida el aparato le mostró el rumbo y la velocidad de manera automática, y el sobresaltado técnico pudo llegar a una conclusión que no le gustó nada. Parecían misiles de crucero que venían de África porque se acercaban a velocidad sub-sónica, y volaban en fila a cota baja, para esquivar la detección de los radares aéreos, pensó, aunque las ondas del radar de superficie eran capaces de detectarlos. Lo malo era que ya estaban muy cerca y era demasiado tarde para que los sistemas antimisiles, que se ubicaban a lo largo de la costa andaluza, tuvieran tiempo de interceptarlos.

—¡Nos atacan! —gritó el estupefacto radarista, alucinado, y los otros dos soldados que ocupaban en cubículo con él le miraron con evidentes caras de pánico.

—¿Qué? —inquirió uno, atolondrado, con los ojos súbitamente abiertos, mostrando genuina sorpresa.

El otro técnico abrió la boca pero la cerró sin decir nada, ya que una rápida ojeada le bastó para confirmar que la inquietud de su compañero era real. Se acercó con unos pasos apresurados, y como los otros dos miró lo que la pantalla mostraba.

Los tres estaban bien entrenados. Enseguida reaccionaron. Se hicieron cargo de la situación y pudieron ver que los misiles estaban entrando en la zona urbana de Cádiz. Uno de ellos trató de contactar con el alto mando y el otro pulsó un botón rojo que

alertaba a los sistemas de misiles antiaéreos automáticos, aunque intuían que era demasiado tarde y no se equivocaban.

Tal como temían los técnicos, de súbito uno a uno los ecos fueron desapareciendo del radar, y eso solo podía significar que habían impactado contra sus preprogramados blancos.

Más tarde los investigadores de siniestros averiguarían que cada uno de los misiles de crucero llevaba una carga bélica de casi 800 kilos, y estaban dirigidos y guiados, por las órdenes electrónicas que estaban impuestas en los sistemas de guía que contenían las Cabezas Buscadoras, contra las dos infraestructuras más importantes de la ciudad: el puente de Carranza y el de la Constitución.

El misil que iba en cabeza impactó contra el más pequeño y antiguo de los dos puentes: el de Carranza. La tremenda explosión destruyó una amplia sección de la zona central móvil, que al elevarse permitía el paso de grandes buques. En décimas de segundo otros dos misiles acertaron el blanco, el área de mayor altitud del puente, y sus centenares de kilos de potente explosivo estallaron y deshicieron el viejo hormigón pretensado. La gravedad hizo el resto y una amplia sección de la zona media del puente se precipitó al agua con gran estruendo.

Sin embargo, el ruido del derrumbe fue mínimo si se compara con las otras tres sucesivas explosiones que tuvieron lugar a escasa distancia. Los tres misiles de retaguardia iban dirigidos contra el Puente de la Constitución, más grande y moderno que el que acababa de ser destruido.

También este segundo trío de misiles iban dirigidos al vano central del puente. La estructura cedió ante las tremendas explosiones y miles de metros cúbicos de hormigón y hierro se precipitaron al mar desde una altura de 69 metros, originando un minimaremoto.

El tremendo sonido de las explosiones se oyó en toda la ciudad y el desconcierto y el miedo fueron los sentimientos predominantes en la mayoría de los ciudadanos. Algunos vehículos que circulaban por ambos puentes fueron alcanzados de lleno y sus conductores fallecieron al instante. Otros, más alejados de los impactos, tuvieron más suerte y resultaron indemnes o heridos de poca consideración. Algunos sufrieron solo rupturas de tímpanos y otros resultaron alcanzados por esquirlas.

Los conductores que estaban en los extremos de los puentes o a punto de entrar en ellos, habían tenido la suerte de hallarse, por poco, fuera del mortífero radio de acción de las explosiones y fueron testigos privilegiados del caos que siguió a los impactos.

Muchos habían salido de sus vehículos y, juntándose instintivamente en corrillos, trataban de saber que era lo que había ocurrido. Algunos, aprensivos y lógicamente temerosos, miraban al cielo, temiendo estar sufriendo un ataque aéreo. Sin embargo, las únicas aeronaves que lograron ver eran las suyas propias, que habían despegado desde el cercano aeropuerto de Jerez.

En un tiempo record el informe preliminar de lo sucedido llegó a las cúpulas de todos los estamentos militares andaluces, y por supuesto al presidente de la Junta,

Sebastián López, que acababa de levantarse y estaba desayunado en su comedor del Palacio de San Telmo en Sevilla.

El gobernante andaluz era un cuarentón alto, bien parecido, elegante, comunicativo y social, muy popular y amado por todas las personas que le rodeaban. También era independiente y a menudo no le gustaba atender a las recomendaciones de otros. Otra de sus características más notables era su fuerte temperamento, pero se olvidaba enseguida de los agravios, puesto que repudiaba el rencor.

El mandatario recibió la llamada de videoteléfono del jefe del estado mayor andaluz, el general Antonio Rodríguez.

—¿Qué ocurre, Antonio? —preguntó algo sorprendido por lo temprano de la llamada, sin fijarse en principio en la desencajada cara del militar.

—Hemos sido atacados, señor —expuso el militar y esperó una catarata de preguntas para las que no tenía todas las respuestas.

—¿Atacados, por quién? —preguntó el presidente, estupefacto.

La respuesta no fue la esperada por el mandatario.

—Los puentes de Carranza y de La Constitución, de Cádiz han sido destruidos por misiles de crucero, señor.

—¿Por quién? —repitió la pregunta el presidente López, mientras trataba de hacerse cargo de la situación.

—No lo sabemos con certeza, señor —respondió el general, y antes de ser interpelado de nuevo añadió—. Las imágenes enviadas por uno de nuestros satélites, que tenemos grabadas, indican que los misiles provienen de un área al sur de Rabat. Desde un aeródromo que está a poco más de treinta kilómetros de esa ciudad marroquí.

—¿Insinúas que los marroquíes nos han agredido? —preguntó López de manera maquinal, frunciendo el ceño, sin pensar en la obviedad de su pregunta.

—No lo insinúo, señor, lo afirmo —respondió el militar, sin poder evitar un leve tono de cinismo en la voz.

El presidente notó la ligera inflexión de insolencia pero lo pasó por alto, y después de un breve silencio volvió a comentar sin acritud.

—Has dicho que los puentes han sido destruidos. Explícame el alcance de los daños y el número de víctimas. Porque imagino que habrá habido víctimas, ¿no?

—Así es, señor. Todavía no me han dado una cifra definitiva pero me han comentado que hay aproximadamente una veintena de muertos y un número algo mayor de heridos, la mayoría de levedad —respondió el general con su habitual tono de eficiencia y, achicando los ojos, haciendo memoria, añadió—. Los informes de daños se pueden considerar catastróficos. Según me han dicho, los vanos centrales de ambos puentes se han derrumbado y, aunque los pilares se mantienen en pie, la reconstrucción será difícil y llevará tiempo, intuyo —terminó diciendo el militar y, mientras veía el efecto que sus palabras producían en su superior y como le agriaban el gesto, esperó para saber lo que el presidente pensaba hacer de inmediato.

—¿Hay indicios de más ataques inminentes? —preguntó el gobernante, mientras su mente trabajaba a toda prisa para encontrar la solución al enorme problema al que se enfrentaba, y que llevaba tiempo temiendo.

—De momento no, señor. También he preguntado eso mismo y me han dicho los controladores de los satélites que todo está dentro de los parámetros de lo normal —respondió y aclaró para no dejar dudas—. Me refiero a que no hay movimientos de tropas visible en el norte de África, señor.

—Entendido. Mantén las tropas fronterizas en alerta y ordena vuelos ininterrumpidos de vigilancia —ordenó el presidente López, mirando la preocupada cara del militar, que estaba nítidamente reflejada en la pantalla del teléfono móvil.

—Sí, señor, por supuesto —se apresuró a responder el general antes de que el mandatario cortara la comunicación y la pantalla fuera a negro.

Los peores temores de Sebastián López estaban tomando forma. Había temido que ese día llegara desde que supo que las luchas intestinas de sus vecinos africanos habían concluido con la victoria del sultán de Damasco.

El mandatario andaluz no solo estaba al tanto de casi todo lo que ocurría en la península ibérica sino que también procuraba enterarse de las andanzas y conflictos de sus vecinos del sur. Por eso sabía que el sultán, Mahmud V, había logrado conquistar Tánger, el último bastión marroquí, no hacía mucho, después de haber llegado a un acuerdo con el presidente de la ciudad autónoma de Ceuta para anexionársela, respetando en gran parte su estatuto de autonomía. Un trato similar al que había llegado con los habitantes de Melilla.

Tras esa victoria, Mahmud V era dueño y señor de todo el norte de África, ya que sus dominios abarcaban desde Egipto a Marruecos.

Caída Tánger, el creciente imperio podía intentar extenderse hacia el este de Oriente Medio, bordeando la «zona muerta» que abarca los antiguos y devastados estados de Israel, Palestina, el oeste de Siria, el occidente de Jordania y gran parte del este de Egipto. La zona muerta comprende todos estos territorios que están prácticamente deshabitados desde que grupos coordinados de terroristas árabes, enemigos de Israel, lograron penetrar, hace ya más de veinte años, en los profundos silos atómicos de Jericó, Nazaret y Eilat, y consiguieron explosionar las docenas de bombas termonucleares que se almacenaban en esos lugares.

Los extremistas se inmolaron y las tremendas explosiones, que juntas sumaban más de cien megatonnes de diseminado poder destructivo, aniquilaron el estado hebreo y el palestino, y acabaran con la vida de más de quince millones de seres humanos. El área contaminada por la radiación es inhabitable y por eso se la conoce como la zona muerta.

Mahmud V también podía extender su imperio hacia el África central, sobre la que ya ejercía una gran influencia y sería la conquista más fácil, o hacia Europa, a través de la península ibérica, y Andalucía era el primer obstáculo que se interponía en el camino del sultán, si este había decidido expandirse hacia el norte y, a la vista

de los recientes acontecimientos, Sebastián López pensaba que esa era la opción que había escogido su poderoso vecino del sur.

Llegado a esa conclusión, el mandatario andaluz pensaba intensamente, tratando de encontrar las mejores opciones de conjurar el inminente peligro que les amenazaba, cuya primera fase parecía haber comenzado con el sorpresivo ataque a Cádiz.

Sebastián López sabía que debía responder al ataque con contundencia, para no mostrar debilidad ante sus enemigos ni ante sus propios ciudadanos. Temía que en cuanto se supiera donde se había originado el ataque con misiles, los andaluces no entenderían que no respondiera con prontitud, resolución y firmeza. Sin embargo, la intuición del presidente andaluz le dictaba que tuviera cuidado, que no se precipitase. Pensó que esa era la respuesta que el enemigo estaría esperando y que tendrían preparada una contrarréplica militar a un masivo ataque aéreo.

«Es probable que este ataque tenga por objetivo, además de causar un daño importante en infraestructuras notables, el hacernos actuar precipitadamente», pensó.

¿Qué espera el enemigo que haga?, reflexionó, y la respuesta le pareció evidente. Supo que cualquiera en su lugar respondería con un ataque aéreo intensivo. Por tanto eso debía ser lo que el sultán aguardaba y estaría preparado para ello. Era fácil deducir en consecuencia que no debía actuar como se esperara que hiciese, y meditase mucho los pasos a seguir. Se dio cuenta de que si perdía su fuerza aérea en una emboscada, nada impediría a los árabes iniciar un asalto terrestre a gran escala. Solo tendrían que cruzar el estrecho en navíos y barcasas y entonces la guerra se dilucidaría en tierras andaluzas. En ese caso ellos estarían en manifiesta inferioridad militar, y sin aeronaves con las que oponerse a las divisiones enemigas.

Llegado a este punto de su razonamiento, Sebastián López supo que debía buscar ayuda. Enseguida concluyó que el estado peninsular con más poderío militar era Galicia, que se había extendido mucho más allá de sus fronteras originales, y que, por conquistas, anexiones o alianzas, controlaba o influía en una gran parte de los estados que compartían la península ibérica.

No conocía personalmente al presidente gallego y nunca habían hablado. Sin embargo, el meditabundo y preocupado López, decidió ponerse en contacto con él y solicitarle ayuda contra un probable enemigo común.

Un mes después de haber dado a luz, a mediados de octubre, Elena de Montemayor, muy a su pesar, tenía que cumplir con las obligaciones que le eran impuestas por la nobleza de su origen. Después del trágico fallecimiento de su hermano, su cuñada y sus sobrinos, ella era la única que tenía derecho a acceder al trono asturiano.

Treinta y un días después de haber dado a luz a un precioso niño sano, en pleno posparto, cuando a su cuerpo todavía le faltaban meses para volver a su forma y estado habitual, Elena tenía que hacer de tripas corazón y aceptar el destino que el azar le había reservado: ser coronada reina de Asturias.

Una semana después de haber sido madre, su marido, Pedro Casáis, se acercó cuando ella, sentada en un diván, acababa de amamantar a su bebe. La sonrisa con la que obsequió a su amado se le fue congelando en la cara al ver la seriedad con la que él la miraba. Se dio cuenta de que algo tenía que ir rematadamente mal para que su marido tuviese esa expresión desolada en el rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz insegura, con una mueca de interrogación que marcaba perceptibles arrugas en su bella cara.

Pedro dudó y, a pesar de que quería dejar de fingir como había estado haciendo durante días, mientras ella recuperaba fuerzas, no se atrevió a ir al grano.

—Ha habido un accidente —dijo simplemente y esperó a que Elena preguntara de nuevo.

Sin embargo ella se mantuvo en silencio, mirándolo algo perpleja, sin poder evitar que una cierta palidez nublara su terso rostro.

El presidente gallego se vio obligado a concretar y añadió:

—El yate de tu hermano ha estallado.

La concisa frase evidenciaba conclusiones trágicas y entonces sí, la tez de la mujer adquirió un tono pálido y desencajado.

—¿Quieres decir que ha muerto? —preguntó ella con un tono de voz notoriamente atribulado.

Él asintió con la cabeza, en silencio.

—¡Dios mío! —exclamó Elena, tratando de asimilar la mala noticia, mientras una nodriza, que a pocos pasos había escuchado la noticia, actuaba y, con delicadeza, se hacía cargo del niño, sin que Elena lograra salir del estupor.

—¿Qué ha pasado? —Logró inquirir después de un minuto, para poder asimilar la tragedia que repentinamente se abatía sobre ella.

—Eso no es todo —logró decir él con voz aún más tétrica.

Elena abrió la boca haciendo un gesto de interrogación, pero ningún sonido salió de ella. Contuvo el aliento un instante, y un inconcreto temor se reflejó en sus facciones.

Antes de que su esposa se viese obligada a preguntar de nuevo, Pedro dijo de un tirón:

—Los niños y María también han muerto.

Ella abrió los ojos con espanto y de su boca, también entreabierta por el estupor, salió un sonido ronco, incongruente, que mostraba la evidente consternación que sentía en ese momento.

Elena, con la respiración súbitamente agitada, tratando de asimilar la desgraciada noticia que acababa de recibir, no pudo evitarlo y empezó a sollozar, mientras las lágrimas surgían fluidamente de sus abiertos lacrimales y resbalaban por sus pálidas mejillas.

Pedro se sentó a su lado y, protector, le pasó el brazo por los hombros. Elena apoyó la cabeza en el acogedor pecho de su marido y lloró desconsolada, sin que él supiera qué hacer para confortarla.

Minutos después, hipando y tratando de limpiarse con un pañuelo, irguió la cabeza, miró directamente a su marido y fue capaz de preguntar con voz trémula.

—¿Qué ha ocurrido?

La respuesta a la pregunta no era fácil, y Pedro, pretendiendo explicar algo que era fruto del azar más desafortunado, comenzó diciendo:

—Verás... Ha sido una desgracia —dijo él, antes de entrar en los detalles de las más azarosas y extrañas muertes de las que había tenido noticia en lo que llevaba de vida.

El relato de lo acontecido había tenido lugar tres semanas antes, y en ese instante, Elena caminaba por el centro de la nave mayor de la imponente catedral de Oviedo.

El templo estaba abarrotado de invitados: militares, políticos, científicos, artistas de éxito, escritores conocidos, músicos famosos, e incluso filósofos. Estos y otros muchos personajes de relevancia asistían a la ceremonia de coronación luciendo sus mejores galas para la ocasión.

Todos los ojos estaban puestos en Elena y ella era bien consciente de ello. Caminaba despacio, con andar regio, tal como le habían enseñado ya de niña. Lucía un vestido azul intenso con encaje, capa y zapatos también cerúleos. Llevaba el pelo recogido, trabajado pero al mismo tiempo lleno de fluidez; sobre el cabello iba encajada una tiara de lis, fabricada en platino, con incontables diamantes engastados sobre mil granos. La diadema, de excepcional valor, presentaba flores de lis unidas por roleos y hojas vegetales de diamantes y ondas decrecientes. La tradición indicaba que en las grandes ceremonias los monarcas debían vestir de azul, porque ese es el color de la realeza, de los reyes y el mando; esto proviene de los faraones egipcios, quienes usaban este color como símbolo de poder y protección. Además, el azul inspira confianza y seguridad; se asocia con logros y éxitos y con la concreción de sueños realizados.

Tras la princesa caminaban dos damas de honor, elegantemente ataviadas con vestidos largos color crema, atentas a solventar cualquier imprevisto que pudiera

presentársele a su señora.

A pesar de que la catedral estaba abarrotada, el silencio solo era roto por carraspeos y toses involuntarias de algunas gargantas irritadas, que enseguida recibían miradas de reproche de los presentes.

Los más de sesenta metros de largo de la nave mayor terminan en un ábside, que se ubica delante de un magnífico retablo barroco.

Sobre el borde del altar esperaba el cardenal, Pedro Lucena, asistido por un sacerdote joven. El mandatario eclesiástico iba vestido con su colorido hábito coral: sotana, roqueta, muceta y cruz pectoral.

La princesa se detuvo a un paso del cardenal, elevó ligeramente la barbilla y, con apariencia impertérrita, miró al oficiante directamente a los ojos.

El prelado se admiró de la calma y dignidad de la que iba a ser reina, pero como era a él a quién le tocaba hablar de manera inmediata no tuvo tiempo para hacer más análisis especulativos.

El oficiante tomó el libro de los Evangelios que le entregó su ayudante y formuló a la princesa la siguiente pregunta:

—Señora. ¿Juráis por Dios y por los santos Evangelios, cumplir y hacer cumplir las Leyes Fundamentales del Reino?

La princesa, entonces, poniendo la mano derecha sobre la Biblia que el cardenal sostenía en plano bajo para que ella pudiese alcanzarla cómodamente, respondió:

—Juro por Dios, y sobre los Santos Evangelios, cumplir y hacer cumplir las Leyes Fundamentales del Reino —afirmó ella con aplomo, sin que nadie de los presentes sospechara que era una ferviente atea.

Dicho lo cual el cardenal contestó a la recién investida reina:

—Sí así lo hicieréis, que Dios os lo premie, y si no, os lo demande.

A continuación el prelado declaró solemnemente:

—En nombre del Consejo del Reino y de las Cortes Asturianas, manifestamos a la nación asturiana que queda proclamada reina de Asturias Doña Elena de Montemayor, que reinará con el mismo nombre.

—¡Viva la Reina! —exclamó el prelado con voz potente.

—¡Vivaaaa! —Repitieron cientos de voces.

Concluido el acto oficial, mientras sonaba el himno nacional, Elena, con regocijo contenido, dio media vuelta y se dirigió a la salida; lugar en el que esperaba una limosina que la trasladaría al palacio, donde se celebraría un multitudinario banquete de coronación.

La multitud que abarrotaba la plaza de la Catedral aplaudía con fervor y vitoreaba a la nueva reina, mientras ella saludaba maquinalmente con la mano, antes de refugiarse en el interior del coche tintado y blindado que la aisló inmediatamente del bullicio.

Varias cadenas de televisión retransmitían el evento en directo, y en Santiago, el presidente gallego, Pedro Casáis, mantenía los ojos fijos en una pantalla

tridimensional, que en ese momento estaba mostrando una imagen del coche que avanzaba lentamente, en medio de una multitud vocinglera y festiva.

La razón por la que él no había ido a la coronación de su esposa era para no quitarle ni una pizca de protagonismo a ella. Ambos habían decidido que eso sería lo mejor y que todos entenderían el hecho. Además, en pocas horas volverían a estar juntos; en cuanto se hiciera de noche ella había prometido volar a su casa favorita: la de la Coruña. Habían acordado verse allí, y sus aerodeslizadores les esperaban dispuestos para ello.

Pensamientos encontrados pugnaban en la mente de Pedro, pero ninguno era de desagrado. Le parecía extraño estar casado con una reina. Nunca pensó que eso fuese a suceder, pero había ocurrido, y se dio cuenta de que ahora a sus empleos: de general y de presidente, había que añadir uno nuevo, el de príncipe consorte.

Esa constatación le arrancó una sonrisa, cuando se dio cuenta de que el título más rimbombante, el de consorte real, era el que menos poder le proporcionaba.

Apagó la televisión y se dispuso a despachar algunos asuntos de gobierno que no debían esperar. Sabía que su esposa le daría información de primera mano en cuanto volviese a casa, y no necesitaba escuchar lo que decían los reporteros televisivos, que tenían fuentes de información mucho peores que las suyas.

La jaima del sultán Mahmud V, la más grande y lujosa de todas, se erigía, imponente y regia, apartada de las demás, más modestas, que alojaban a la multitud de sirvientes y soldados, que siempre rodeaban al monarca.

Más lejos, circundando todo el campamento, se ubicaban multitud de baterías de misiles antiaéreos, que tenían la evidente misión de contrarrestar posibles ataques de aeronaves, También tanques y camiones blindados, drones y aerodeslizadores, protegidos por toldos de camuflaje, esperaban a ser utilizados por los centenares de soldados que escoltaban al poderoso mandatario, dueño y señor de un inmenso territorio.

La hexagonal tienda se hallaba en pleno desierto de Libia, en concreto en el bello oasis salobre llamado Umm al-Maa.

El frente de la gran carpa estaba cubierto por un dosel, y desde allí se divisaba el exuberante vergel de palmeras datileras, juncos, hierbas y matorrales que rodean el lago.

Protegido del sol mañanero por un bamboleante palio, que era agitado por una ligera brisa que soplaba del oeste, el sultán se sentaba en el cómodo sillón que había tras una liviana mesa de despacho; las patas de los muebles se hincaban firmemente sobre caras alfombras que recubrían la arena.

El monarca, flanqueado por vigilantes guardias fuertemente armados, a los que no prestaba atención, tomaba un té al tiempo que ojeaba una pantalla de ordenador, en la que se mostraba un detallado mapa y, absorto, hacía cálculos mentales.

Mahmud V era un hombre joven, apenas sobrepasaba los treinta años, pero su mirada ya había perdido la ingenuidad de la juventud e imponía un genuino respeto intimidante. El sultán conocía el papel que le había tocado jugar en la vida, y pensaba que la conquista de nuevos territorios era su perentorio e ineludible deber. También mostraba una peligrosa inclinación a ser egoísta y presuntuoso; por eso vestía con menos sobriedad de la debida en un creyente, y sus túnicas y turbantes eran siempre ostentosos en algún detalle.

El sultán levantó la mirada cuando se dio cuenta de que alguien se acercaba. Enseguida, su cara adoptó una mueca de interrogación, ansiando saber las noticias que su general de más confianza, Humam, sin duda le traía.

El militar: un cuarentón impecablemente uniformado, atlético, nervudo y minucioso, además de amable e inteligente, se detuvo sobre la gran alfombra, que ocultaba la volátil arena desértica, saludó militarmente y después inclinó la cabeza reverencialmente.

Mahmud no dejaba de mirarle, e impaciente, en cuanto el oficial volvió a fijar los ojos en él, preguntó, antes de que este abriera la boca.

—¿Cómo ha ido todo?

—El ataque ha sido un éxito, Majestad —respondió el general con ojos chispeantes de contento.

—Relájate, hombre, y dame detalles —exigió el sultán, ansioso.

El general adoptó una postura menos solemne, que a pesar de todo seguía siendo respetuosa, y explicó:

—Todo salió como habíamos planeado —respondió Humam, y, sabiendo que debía ser más específico, añadió—. Los misiles de crucero impactaron contra los puentes y los derribaron.

—¿Acertaron todos? —preguntó el sultán, sabedor de que habían acordado disparar seis.

—Sí, Majestad, todos. Ha sido un ataque preciso, que seguro que habrá dejado al enemigo impactado —afirmó el militar sin poder evitar que su cara reflejara el contento que sentía, y añadió—. Dos de nuestros drones de exploración, volando alto, filmaron en directo el ataque, y después huyeron antes de que la fuerza aérea enemiga reaccionara. Yo ya lo he visto y como he dicho ha sido impresionante.

—Quiero ver la grabación —ordenó el monarca.

—Ya me he ocupado de ello y he enviado el vídeo a su correo, Señor —explicó el general, al tiempo que con un gesto señalaba el computador que había sobre la mesa.

Mahmud V manipuló su ordenador personal y, ignorando temporalmente al hombre que estaba detenido frente a él, miró la grabación con un interés obsesivo. Vio como los misiles impactaban con precisión sobre los dos puentes y pudo darse cuenta de la devastación que produjeron. Supo que llevaría mucho tiempo reparar los enormes daños causados a las infraestructuras, y eso le hizo pensar que los andaluces estarían furiosos y que quizás intentarían un ataque de represalia. No podía saber si esa sería la reacción de los peninsulares, y de ser así también le sería imposible averiguar por anticipado el lugar o los lugares que atacarían.

—¿Has ordenado que nuestra fuerza aérea esté en alerta? —preguntó, sin poder evitar moverse un tanto inquieto, mirando de nuevo a su hombre de confianza.

—Por supuesto, Majestad.

Pensativo, Mahmud se levantó, caminó unos pocos pasos y, erguido en toda su estatura, mirando de nuevo hacia el oasis, sin pensar que daba la espalda a su interlocutor, meditaba. Miraba sin ver, puesto que todos sus pensamientos estaban dirigidos a repasar los planes de batalla que había estudiado y analizado una y otra vez, antes de decidirse a dar la orden de inicio de las hostilidades, que tenían por objetivo la invasión y conquista de la península ibérica, y que con este primer ataque había comenzado oficialmente. Era como una partida de ajedrez entre dos temibles contrincantes, cuyo resultado era todavía incierto, aunque él no tenía dudas de que su aplastante poderío militar terminaría dándole la victoria.

De súbito se dio cuenta de que estaba siendo descortés mostrando su espalda al general, y sin pensar en pedir disculpas, puesto que los hombres como él, que

detentan todo el poder, no tienen que disculparse, se giró hacia su subalterno y dijo:

—Lo has hecho muy bien, Humam. Ya sabes que confío ciegamente en tus habilidades estratégicas, por eso quiero apelar a tu intuición. ¿Qué crees que debemos hacer ahora? ¿Esperar a ver la reacción del enemigo o atacar otro de sus puntos sensibles?

Después de un breve instante de introspección, innecesario porque el general tenía la estrategia clara, respondió:

—Creo que debemos esperar, Majestad. Imagino que a estas horas ya sabrán de dónde ha provenido el ataque e intentarán tomar represalias —dedujo y añadió—. Ya he ordenado que las baterías móviles desde las cuales hemos disparado los misiles de crucero se alejen del área, porque es probable que ese lugar sea atacado, aunque no lo hemos dejado totalmente desprotegido, porque hay muchas estructuras que deben ser defendidas, aunque no sean estratégicamente cruciales.

—Entiendo —afirmó el sultán, aunque la pregunta que hizo a continuación pareció rebatir su afirmación previa.

—¿Quieres decir que los edificios de ese aeródromo, armamento y aeronaves son prescindibles?

—En cierto modo sí, Señor. Nada de lo que sigue allí es imprescindible, pero a pesar de ello el lugar sigue fuertemente defendido, porque es importante que respondamos con contundencia intimidatoria si, tal y como creo, atacan ese aeródromo.

—Entiendo —repitió el monarca, y esta vez sí tenía las cosas claras.

Se hizo un breve silencio mientras los dos hombres trataban de poner en orden sus desbocados pensamientos.

El sultán, plenamente consciente del plan de invasión, que él y sus estrategias habían decidido seguir, fue el primero que habló:

—Quiero que las divisiones de vanguardia comiencen el avance hasta convergir en Tánger. Pero ya sabes que, entretanto, todos los grandes cuerpos de ejército deben mantenerse aislados antes de la invasión, para que el enemigo no pueda realizar un gran ataque sobre el grueso de nuestras tropas.

—Lo sé, Señor. Aunque al final todos tienen que converger para cruzar el estrecho de Gibraltar en masa —manifestó Humam.

—Ese será el momento crítico. Sé bien que mientras embarcamos a nuestras divisiones seremos muy vulnerables. Pero, para minimizar los riesgos, debemos atacar repetitivamente los aeródromos andaluces, y tratar de diezmar su fuerza aérea, para que no puedan tomar la iniciativa y pensar siquiera en hundir las embarcaciones que debemos usar para la invasión.

Humam, concedor del plan de ataque, asintió repetidamente con la cabeza mientras el monarca le contaba algo que ya sabía, y él también dijo algo que no era ninguna novedad para su jefe.

—Las barcas de transporte de tropas y los barcos de combate están dispersos en

pequeños grupos a lo largo de la costa de Libia, Argelia y Marruecos. Tan pronto como reciban la orden convergerán en Tánger para cargar destacamentos y vehículos. Espero que la coordinación no falle y podamos pisar la península ibérica sin una oposición seria —terminó diciendo el general, con gesto reconcentrado que traslucía algo de preocupación.

Al sultán enseguida le aburrían las obviedades y cansado de escuchar lo que ya sabía, preguntó sin mucha consideración:

—¿Tienes algo más que decir?

—No, Majestad —respondió el general con voz trémula, después de una breve pausa, poco acostumbrado a que nadie le hablase con esa displicencia.

Mahmud V se dio cuenta de que el general se sintió menospreciado, y por eso, para congraciarse con él, dijo con otro tono de voz mucho más afable.

—Ve al centro de mando de Rabat y encárgate de que estén alerta para neutralizar cualquier contraataque de los hispanos. Además, te encomiendo que escojas los objetivos enemigos, que a tu juicio deben ser atacados prioritariamente por nuestras fuerzas aéreas.

Súbitamente contento por el honor que se le concedía, la cara del general de iluminó, sus ojos chispearon y adoptó la rígida posición de firmes. Hizo un impecable saludo militar y dijo antes de dar la vuelta y volver por donde había venido.

—A la orden, Señor.

Los pilotos de la fuerza aérea andaluza estaban agotados. Llevaban tres días luchando sin apenas descanso y, lógicamente, el cansancio les pasaba factura y hacía que fueran menos efectivos.

Tan pronto como el general en jefe del estado mayor andaluz, Antonio Rodríguez, fue informado de dónde procedían los misiles de crucero que habían derribado dos de los puentes de Cádiz, pensó que debía tomar represalias y, después de que el presidente de la comunidad le autorizara a adoptar medidas contundentes contra los agresores, decidió ser temerario y atacar ese aeródromo del sur de Rabat, aunque imaginaba que también el enemigo estaría esperando esa respuesta militar a su agresión previa.

Por ello el general Rodríguez ordenó una detallada observación del área con los satélites, y cuando calculó que las defensas del lugar eran vulnerables decidió atacar con drones. Sin embargo, dispuso que esa primera ofensiva no fuese directa, sino que las aeronaves diesen un amplio rodeo y llegaran al lugar desde el sur.

De ese primer ataque habían transcurrido tres días. Como esperaba el aeródromo no estaba inerte y sus drones fueron confrontados por misiles tierra-aire. La mayoría de las pequeñas aeronaves fueron derribadas, pero las que sobrevivieron a los múltiples proyectiles de las defensas antiaéreas, respondieron con eficacia y contundencia: lograron destruir las lanzaderas y hacer volar por los aires todas las estructuras visibles de la base.

Esa había sido la primera confrontación entre cuerpos de ejército andaluces y árabes. Ninguno de los dos bandos había obtenido la supremacía sobre el otro en esos tres días de combates, a pesar de que las escaramuzas se habían extendido en un amplio frente del norte de África e involucraban a aviones de combate, drones y aerodeslizadores; algunas veces las distintas aeronaves combatían juntas y otras veces se enfrentaban con oponentes de similares o disímiles características. Sin embargo, los dos bandos trataban de confrontar al enemigo con fuerzas superiores en número o en tecnología.

Un drone no podía oponerse a un caza pilotado o a un aerodeslizador acorazado. A pesar de todo, los drones, más baratos, abundantes y prescindibles, eran los que ambos bandos usaban con mayor profusión para atacar un sinnúmero de objetivos terrestres.

Por azar, por el bien hacer de los andaluces o por la ineptitud de los comandantes de combate que dirigían las aeronaves del ejército africano, las batallas seguían desarrollándose sobre el territorio norteño de África y los agresores no habían logrado penetrar en el espacio aéreo de la península, aunque todos sabían que era cuestión de tiempo que la aviación de Mahmud V sobrevolara el espacio aéreo

andaluz y atacara objetivos militares o civiles a discreción.

Entretanto, las divisiones acorazadas del imperio norteafricano avanzaban sin prisa, para converger en el punto acordado desde el cual pensaban intentar cruzar el canal.

El sultán no apremiaba la reunificación de su ejército en Tánger, porque sabía que antes debía aniquilar la fuerza aérea de los españoles, para así poder transportar sus tropas por mar sin riesgo de un ataque masivo sobre barcas abarrotadas e inestables.

Lo que Mahmud no sabía era que en ese momento su rival directo, el mandatario andaluz, sabedor de lo que se jugaba, trataba de forjar alianzas para oponérsele.

Los dos aerodeslizadores artillados más imponentes de las flotas aéreas gallega y andaluza se detuvieron frente a frente, suspendidos en el aire sobre el sugestivo y sobrecogedor desierto de Tabernas, en Almería.

Los comandantes de ambas aeronaves mantenían un permanente contacto por radio, y todos sus sistemas de detección facilitaban la información detallada que ambos militares necesitaban, para saber con exactitud la posición del otro. Por eso, plenamente coordinados, comenzaron el descenso, sin pensar que el presurizado aire que salía por sus toberas de empuje vectorial levantaba nubes de polvo y hacía huir despavoridas a las aves, insectos, lagartijas y culebras que tenían la desgracia de estar en la zona de aterrizaje escogida.

Tan pronto como tomaron tierra y la polvareda se alejó, empujada por la lenta y tórrida brisa que soplaba del sur, las rampas de descenso de las dos naves de combate se extendieron, y por la andaluza bajaron a la carrera una docena de hombres. Los apresurados soldados escogieron un punto entre las dos aeronaves y, con extremada diligencia, comenzaron la instalación de una tienda de despliegue rápido, bajo la atenta mirada de un grupo de gallegos, que los miraban hacer desde lo alto de la rampa de su nave.

Era notorio que estaban actuando de manera previamente acordada, y parecía evidente que la tienda que estaban desplegando iba a servir como puente de mando o como una especie de punto de reunión.

Veinte minutos después, la acondicionada carpa de doble techo estaba lista, y los que la habían instalado regresaron al interior de la aeronave de la que habían salido.

El presidente gallego, Pedro Casáis, fue el primero en dejarse ver y casi simultáneamente, en lo alto de su propia rampa, también se hizo visible su homólogo andaluz, Sebastián López.

Los dos hombres no lo dudaron y, con cierta premura, para escapar de los bochornosos rayos del sol del mediodía, se dirigieron a las opuestas entradas abiertas, que franqueaban los extremos de la rectangular tienda.

Una vez a cubierto, ambos se detuvieron en sus respectivos extremos y las pupilas de sus ojos enseguida se adaptaron a la agradable y tenue sombra del interior. Seis metros los separaron en un primer instante, y ese corto espacio y el breve lapsus de tiempo que los dos se tomaron para adaptar sus ojos a la liviana penumbra, les sirvió para analizarse mutuamente, y casi instantáneamente concluir que las primeras impresiones de ambos respecto al otro eran positivas.

Pedro era apenas un par de años más joven que el cuarentón López y su metro noventa superaba al andaluz en unos escasos dos centímetros. No había diferencias significativas en el empaque y el porte de los mandatarios, ya que los dos eran

atléticos, poseían rasgos enérgicos bien definidos y destacaban por su elegancia natural. Además, los ojos de ambos solo diferían en el color (los de Pedro eran verdes y los de Sebastián marrones). Otra coincidencia entre ellos era que, en condiciones normales, los dos irradiaban seguridad, sociabilidad y optimismo. Coincidentemente ambos habían decidido vestir sus uniformes militares de verano.

Casi al unísono comenzaron a andar para romper la barrera de los pocos metros que los separaban. Se detuvieron frente a frente y maquinalmente se estrecharon las manos con verdadera cordialidad.

—Bienvenido —dijo primero el andaluz, mostrando una sonrisa abierta y calidez en sus ojos, puesto que se hallaban en sus dominios.

—Gracias —se vio obligado a responder el gallego, al tiempo que asentía con la cabeza, también sonriente y algo expectante, porque había sido el hombre que tenía enfrente el que había decidido reunirse en ese lugar desértico, y añadió—. Es un placer conocerte en persona por fin.

—El placer es mío —respondió coloquialmente el presidente andaluz y, consciente del leve gesto de interrogación que atisbó en el rostro de su interlocutor, hizo un explícito gesto con las manos alzadas, que sugería mayor amplitud que la tienda en sí, e implicaba el lugar escogido, al tiempo que decía:

—Te preguntarás porque he optado por este lugar desértico como lugar de encuentro, ¿no?

Pedro asintió con la cabeza pero sus siguientes palabras contradijeron su aserción.

—Imagino que lo has hecho para mantener nuestra entrevista en el mayor de los secretos —razonó el gallego, aunque no estaba totalmente seguro de su afirmación y su cara mostraba una ligera mueca interrogante.

—Así es —respondió enseguida Sebastián y casi sin pausa añadió—. La tripulación de mi aeronave y un par más de mis oficiales de mayor confianza son los únicos que saben que esta reunión está teniendo lugar, aunque no saben, si bien pueden intuir, de qué vamos a tratar tú y yo.

Un breve silencio siguió a la explicación del mandatario andaluz, y las caras de ambos, imbuidos cada uno de ellos en pensamientos analíticos, no reflejaron incomodidad alguna, puesto que los dos sabían que una breve frase los haría ir al grano en cuanto se lo propusieran.

—¿Nos sentamos y tomamos algo? —preguntó López, al tiempo que señalaba una mesa de aluminio, flanqueada por dos sillas plegables del mismo metal, sobre la que podían verse media docena de botellines de agua.

Casáis asintió, y, de manera maquinal, ambos tomaron asiento en la silla que tenían a su vera.

Inconscientemente, en cuanto estuvieron precavidamente sentados en las resistentes aunque ligeras sillas, los ojos de ambos se fijaron en las insignias del otro: las estrellas de oro de cuatro puntas y en los distintivos y condecoraciones que los dos lucían sobre sus hombros y pecho. Concluyeron que, a pesar de presidir los

respectivos gobiernos de sus países, ostentaban el mismo rango militar —ambos, además de políticos, seguían siendo generales de división—, y que las diferencias entre sus distintivos era poco considerable.

El presidente andaluz alargó la mano, quitó la tapa de uno de los sellados botellines y, antes de llevárselo a los labios para beber, comentó:

—Hace un calor endiablado ahí fuera —y añadió—. Estamos en pleno desierto y solo nos separan 30 kilómetros de Almería.

Pedro Casáis asintió en silencio, sonrió levemente al darse cuenta de que su homólogo había optado por hablar de la climatología antes de ir al grano, y también se apropió de una botella de la que bebió un generoso trago.

Fue el gallego quién de súbito entró al tema.

—Sé que tienes muchos problemas y que necesitas ayuda.

—¿Qué me propones?

La repentina y concisa pregunta sorprendió al temperamental presidente andaluz, y por un instante no supo que responder.

—¿Qué es lo que sabes? —inquirió López para ganar tiempo, mientras conscientemente relajaba la cara para borrar la súbita sorpresa que por un segundo se reflejó en ella, y adoptaba la inexpresiva expresión de un jugador de póker.

Algo molesto porque su interpelación había sido respondida con otra pregunta, Casáis se removió en su silla, inspiró sonoramente y dijo con pretendida calma glacial.

—Sé que dos puentes de Cádiz han sido destruidos por tus enemigos y que estás librando una guerra aérea que no puedes ganar solo.

—Mis enemigos pueden llegar a ser los tuyos —replicó el andaluz y añadió—. Si me vencen a mí no se detendrán e irán a por vosotros, ¿no crees?

Esa respuesta era lógica y Pedro la esperaba, pero aún así, quizás por el premonitorio y fatalista tono de voz de su interlocutor, respondió con una bravuconería inesperada.

—¡Sí vienen a por mí sabré defenderme!

El silencio, esta vez incómodo, se hizo presente, y por un instante ninguno de los dos supo cómo continuar.

—Repito la pregunta: ¿Qué me propones? —volvió a inquirir el mandatario gallego con un tono de voz mucho más amable.

Mirando a los ojos de su interlocutor, Sebastián notó que la irritación se había volatilizado y que la pregunta denotaba sobre todo curiosidad.

—Una alianza —respondió simplemente, con voz que mostraba un atisbo de la ansiedad que también se reflejaba en su cara.

—¿Y que gano yo con esa alianza? —Preguntó Pedro con calma, intuyendo la respuesta que iba a recibir.

—Si luchamos unidos contra un enemigo común ambos ganaremos.

El mandatario gallego volvió a removerse en su silla, bebió un nuevo trago de

agua y, con el entrecejo notablemente arrugado y los ojos achicados, evidenció que estaba pensando intensamente.

—Puedo dejar que te derroten si quiero y después entrar en liza y vencer a las huestes de Mahmud V —afirmó Pedro, sin atisbo de duda en el tono, demostrando que sabía bien a quien se enfrentaban, y sin pausa preguntó—. ¿Sabes lo que eso significaría?

La mueca interrogante que se reflejó en el semblante de Sebastián dejó claro que este no sabía lo que el gallego quería decir. Por eso Casáis tuvo que ser más concreto, aunque no quiso ser explícito del todo. Aún así sabía que sus siguientes palabras despejarían muchas de las dudas de su oyente.

—Si yo derrotó a Mahmud V todos los territorios que él haya conquistado caerán bajo mi dominio.

—Así que es eso. Al igual que el árabe tú también quieres apropiarte de Andalucía —dijo el presidente andaluz, notoriamente pálido e incrédulo, sin entender del todo el alcance de lo que acababa de escuchar, pensando por un instante que se había equivocado, y que en vez de con un posible aliado estaba hablando con un enemigo declarado.

—¡No! ¡No! No me he explicado bien —se apresuró a negar Pedro, viendo la alteración que sufría la cara su homólogo —y con urgencia añadió—. Si los árabes os invaden os masacraran y lo sabes. Yo no intento semejante cosa. Solo pretendo confederarnos de manera pacífica en una sola nación —dijo el gallego de manera un tanto atropellada.

—¿Confederarnos? ¿Y eso que significa? —preguntó Sebastián López con sentimientos encontrados, y cuando vio que su interlocutor abría la boca con la intención de darle una respuesta, se apresuró a añadir:

—Sé muy bien lo que significa la palabra confederación. Lo que no sé es lo que tú quieres decir exactamente cuando la usas. ¿Quieres decir que seremos socios con los mismos derechos o atribuciones o hablas de un tipo de confederación colonialista? —terminó preguntando López, con un tono de voz inequívoco: claro y vivaz.

—Podríamos llegar a un acuerdo como el que he firmado con el rey de Portugal —dijo Pedro.

—¿Te has aliado con Miguel V? —preguntó Sebastián, con tono de incredulidad manifiesta.

—Así es —respondió concisamente el gallego, al tiempo que asentía repetidamente con la cabeza y trataba de mantenerse imperturbable.

La serena impavidez de Pedro reforzaba su afirmación, y el andaluz no tuvo más remedio que seguir preguntando:

—¿En qué términos os habéis asociado? Porque se trata de una asociación, ¿no?

—Podríamos llamarlo así —admitió el gallego, enigmático.

Viendo que López se mantenía en silencio, tratando de asimilar la noticia y

esperando concreciones, Casáis se sintió impelido a continuar explicándose:

—Me ha nombrado regente y me ha dado el cargo de general en jefe del ejército portugués —confesó Pedro, y esperó una catarata de preguntas.

Sin embargo, Sebastián López pareció admitir de repente la veracidad de lo que su interlocutor le contaba, y pensó que si el preclaro individuo que tenía delante, tal como parecía, ostentaba el mando supremo del ejército portugués, su poder era mucho mayor de lo que él había imaginado. Inconscientemente, analizó de nuevo al impertérrito hombre con el que conversaba, y se dio cuenta de que su estado de ánimo estaba pasando de la irritación a una especie de admiración, que todavía se negaba a admitir. Por eso, para ganar tiempo y pensar, dijo una obviedad:

—Andalucía es una república no una monarquía.

La axiomática aseveración no merecía respuesta y Pedro fue lo suficientemente inteligente para seguir callado.

—¿Pretendes que te cedamos el mando del ejército andaluz, es eso? —preguntó López algo titubeante.

—Eso y algo más —dijo enseguida Pedro, al tiempo que asentía con la cabeza y esperaba tener la certeza de que su primera propuesta era tomada en serio.

—¿Qué más? —inquirió el mandatario sureño, con tono acre.

—Un impuesto vitalicio. El diez por ciento de los impuestos que recaudáis —dijo el gallego, y sin pausa añadió antes de que su oyente replicase—. Ello servirá para cubrir parte de los gastos de la defensa y protección que os daremos.

—Me pides el mando del ejército y al mismo tiempo un impuesto que tú llamas de protección. ¿No crees que el vocablo adecuado es otro? Extorsión y expolio me parecen palabras que definen mejor lo que me propones.

Pedro Casáis estuvo a punto de decir una inconveniencia tal como: «qué opciones tienes», pero esperó a que fuera el militar andaluz el que llegase por sí mismo a esa conclusión, y así fue.

—¿Qué garantías me das de que podrás derrotar a nuestros enemigos? —preguntó, y sin esperar respuesta continuó—. Sí, ahora ya sé que tu poder es aún mayor de lo que esperaba, pero Mahmud V tiene un número apabullante de divisiones, y creo que tarde o temprano será capaz de trasladar sus tropas a la península.

—Si aceptas mi propuesta te garantizo que eso no sucederá. Sé como derrotar al sultán y te garantizo que no pondrán pie en tu tierra.

—¿Cómo puedes garantizar eso? ¿Sabes a lo qué nos enfrentamos? —preguntó el presidente andaluz, con un tono de voz que evidenciaba sobre todo incredulidad.

—Eso es cosa mía. Si aceptas mis propuestas te garantizo que defenderé tu país como si fuera el mío.

Una mueca burlona, casi una sonrisa, se reflejó en la cara de Sebastián al escuchar la rotunda afirmación de Pedro, y no pudo evitar la chanza que el rotundo aserto del gallego le brindaba.

—Si acepto tus condiciones Andalucía será tuya *de facto*, creo yo.

—Eso no es del todo cierto y lo sabes. Creo que estás al corriente de que las tierras que he conquistado, anexionado, o con las que he llegado a pactos, disponen de una gran autonomía y son más prósperos ahora que mi ejército garantiza la paz.

—Digamos que acepto tus términos ¿Cómo harías para impedir el avance de los árabes?

La cara de Pedro reflejó un fingido agotamiento; echó la cabeza hacia atrás, hizo un visible estiramiento adelantando el pecho y estirando los brazos hacia el suelo, todavía sentado en la silla, apretó los labios e imitó un patético lloriqueo jocosos, al tiempo que exclamaba.

—¡Ayyy Dios! —Y ya sin ninguna acritud agregaba—. Ya te he dicho que eso es cosa mía —y añadió:

—Secreto militar. No quiero revelar mis métodos. Será evidente para todos como lo he hecho una vez esté hecho, no te quepa duda.

Sebastián López supo que de nada le valdría insistir, pero aún así quiso hacer otra pregunta:

—¿Estás seguro de poder prevalecer?

—Estoy totalmente seguro ¿Aceptas mis condiciones?

El silencio reinó en la tienda durante unos segundos, que a Pedro se le hicieron eternos, hasta que escuchó:

—Acepto.

La simple aserción que lo decía todo hizo que el gallego sonriera, y maquinalmente extendiera la mano sobre la mesa para sellar el trato con un firme apretón.

—Tan pronto como los dos aflojaron la presión y separaron las manos al unísono, López preguntó:

—¿Qué quieres que haga para apoyarte?

—De momento nada. Sigue como hasta ahora: defendiéndote y atacando. Preciso un par de días para llevar a cabo mi plan.

—¡Ah! Necesito libre acceso a vuestro espacio aéreo para mis aeronaves. No quiero que tus misiles nos disparen por error.

—No te preocupes, notificaré a mis mandos que os dejen vía libre. ¿Imagino que vas a necesitar algún otro tipo de respaldo, no es así? —preguntó Sebastián mirando directamente a los expresivos ojos de su interlocutor.

—Necesitaré de tu fuerza aérea muy pronto, a lo sumo en un par de días. Así que procura preservar tus aeronaves hasta entonces, aunque eso no implica que no debas mantener tus incursiones contra el enemigo. Como ya te he dicho debes seguir hostigándolos y atacando los puntos que consideres más sensibles.

—Entiendo —respondió el mandatario andaluz, asintiendo con la cabeza, y mostrando una cara mucho más distendida que momentos antes.

—Otra cosa. Tan pronto como regrese a mi aerodeslizador ordenaré que varias de

mis unidades aéreas converjan en el estrecho y lancen al mar un gran número de boyas deflectoras, que se anclarán al fondo. Serán muchas e estarán fondeadas a intervalos regulares, prácticamente desde Almería a Huelva —declaró Pedro.

—¿Boyas deflectoras? ¿Y eso que es? —preguntó López, sin importarle mostrar estupefacción y curiosidad en el rostro.

El gallego sonrió con franca ironía, sin rastro de malicia, y supo que una vez más debía apelar a la paciencia de su oyente.

—No puedo decírtelo de momento, pero quiero hacer hincapié en que tus barcos no las recojan. Y otra cosa. Diles que se mantengan siempre al norte de las boyas, ¿entiendes?

—Comprendo lo que dices, lo que no sé es por qué —replicó.

—Te pido que tengas paciencia. En un par de días te lo confesaré todo y sin duda comprenderás que debía hacerse así.

—Entiendo. Debo ordenar que se deje paso libre a tus aeronaves sobre nuestro espacio aéreo y hacer saber a mis guardacostas y demás barcos que no toquen esas boyas. Por cierto... ¿Cómo debo decirles que son?

La pregunta sorprendió a Pedro, puesto que ni él sabía cómo eran ese tipo de deflectores. Por eso se vio obligado a hurgar en uno de sus bolsillos, sacar un teléfono y preguntar:

—¿Puedo hacer una llamada?

—Claro —respondió escuetamente el sureño y, a la vista que el gallego tecleaba y parecía no tener intención de levantarse, se dispuso a escuchar.

Al poco, Pedro pudo ver en la pantalla al hombre al que llamaba: el excéntrico científico Michael Blanch. Este se sorprendió al ver la cara del mandatario en su monitor, y sin querer disimular su sorpresa preguntó:

—¿Qué puedo hacer por usted, señor presidente?

—Una pregunta... ¿Cómo son los deflectores marítimos?

—¿Se refiere a los deflectores de nuestros pájaros?

—Así es.

—Son boyas rojas luminosas, que llevan la luz en lo alto de la antena deflectora.

—¡Ah ya! Ahora me doy cuenta. Las he visto antes similares —confesó Pedro, y, antes de que el científico dijese algo, preguntó:

—¿Tenemos muchas?

—No sé exactamente cuántas pero más de cien debe haber.

—Estupendo. Gracias Michael. Volveré a hablar contigo en un par de horas —dijo el presidente y apagó el teléfono abruptamente, sin importarle ser descortés con el viejo, al que le unía una profunda confianza.

El manos libres había permitido a Sebastián López escuchar la conversación íntegra y, a su pesar, no entendió nada. No sabía lo que había querido decir el informante de Pedro cuando se refirió a «deflectores de nuestros pájaros». Por eso la conversación no tenía sentido para él, y sabía que su interlocutor se iba a seguir

manteniendo en sus trece y no soltaría prenda. Sus apreciaciones se confirmaron enseguida cuando el gallego guardó el teléfono, volvió a repantigarse en su silla, lo miró y dijo campechano.

—Ya está.

El silencio volvió a reinar en la tienda y fue Sebastián el que preguntó, al tiempo que abría otro botellín de agua y se disponía a beber.

—¿Lo tienes claro, no?

Pedro sabía que su homologó hablaba para comprobar si él estaba seguro de su estrategia, y quiso tranquilizarlo.

—No te preocupes. Lo tengo todo bajo control y haré lo que he prometido: librarte de la amenaza, ya sabes.

—Entonces está todo dicho, porque yo también cumpliré mi parte —afirmó Sebastián. Y cuando se disponía a aplacar su sed, pensó que quizás fuera una buena idea sellar su acuerdo con un brindis de algo que no fuera agua, y así lo expresó:

—¿No crees que deberíamos brindar por nuestro pacto con algo más contundente que esto? —preguntó al tiempo que señalaba la botella con su índice izquierdo.

—En cualquier otro instante y lugar estaría de acuerdo contigo, pero no creo que este sea el sitio adecuado. Creo que en pocos días podremos brindar por nuestra victoria, y ahora me parece que con un nuevo apretón de manos será suficiente, ¿no crees? —concluyó Pedro Casáis.

—Tienes razón —admitió Rodríguez, y él también se levantó.

—Tenemos un trato —dijo el andaluz volviendo a adelantar la mano para estrechar la de su aliado.

—Tenemos un trato —repitió el gallego y correspondió al apretón.

Enseguida. Tras el explícito acuerdo verbal, ambos hicieron también un ligero gesto de salutación con la cabeza, y sin necesitar añadir nada más dieron la vuelta y regresaron por donde habían venido.

El búnker que se ubica debajo de la adoquinada plaza de María Pita de A Coruña (un lugar en el que habitualmente se afanaban multitud de técnicos uniformados por idénticas batas blancas) bullía de actividad, y los científicos de las diversas ramas de la ciencia que se hallaban allí, trabajaban tras impolutas mesas de diversos materiales, entre los que predominaba el cristal y el aluminio, y se dedicaban a tareas específicas, muchas veces complementarias.

Grandes pantallas panorámicas estaban fijadas a las paredes o pendían directamente de rígidos cables metálicos atornillados al techo, y en ellas podía verse lo que ocurría en numerosos escenarios del exterior, a gran distancia o prácticamente encima.

Los científicos manejaban ordenadores que controlaban satélites, sistemas de defensa y ataque de misiles, o de imponentes cañones convencionales automatizados, y operaban también, entre otras muchas cosas, los radares aéreos o de superficie, cuyas antenas se localizaban en múltiples puntos estratégicos del exterior, así como todos los sistemas de localización por infrarrojos, los sensores térmicos y toda la gran variedad de medios de comunicación. Un grupo de pilotos de drones, aislados en sus cubículos individuales, controlaban las docenas de aparatos que estaban en el aire en ese momento, dedicados a tareas de espionaje, análisis, o que estaban volando circunscribiendo amplios radios, dispuestos para atacar cualquier objetivo en cuanto los pilotos recibieran la orden de los estrategias militares.

La capitán María Castro, la examante del asesinado presidente gallego, Sabino Caamaño. La mujer que había dado calabazas al actual presidente, Pedro Casáis, seguía al mando del bunker, puesto que este, aunque recordaba el desplante, era feliz con su regia esposa asturiana y consideraba lo ocurrido como algo que le había conducido a conocer a la mujer que amaba y que le había dado un hijo que lo colmaba de dicha.

María estaba oficialmente al mando del bunker pero ella y otros muchos sabían que su autoridad estaba supeditada al hombre que ocupaba un minúsculo despacho central elevado, rodeado por amplios ventanales de vidrios espía, que le permitían ver todo lo ocurría en el exterior, sin que nadie pudiese atisbar lo que él hacía, mientras mantuviese la iluminación del cuarto más tenue que la del resto de la amplia estancia, profusamente iluminada por luces led. El encumbrado cubículo estaba sostenido por un andamiaje de aluminio, al que se accedía por una tortuosa y estrecha escalera del mismo metal. Junto a la base del elevado habitáculo, cuatro guardias presidenciales, exhibiendo ligeras ametralladoras cortas de última generación, custodiaban para que nadie pudiese acceder a su señor sin ser previamente invitado. Los hombres destacaban claramente por las armas y por sus verdosos uniformes, sus patibularias

caras de soldados de élite, seguros de sí mismos y despectivos con todos aquellos que mostraban debilidad, incluso miraban aviesos a la multitud de científicos que pululaban por allí, y que estaban uniformemente ataviados con ropajes de un blanco impoluto.

Desde el elevado cubículo de mando se tenía una vista privilegiada de todo lo que ocurría en la sala central del subterráneo.

Sentado en una cómoda silla de cuero color crema, tras una límpida mesa de cristal, en la que destacaban tres pantallas de ordenador que mostraban distintas panorámicas, un videoteléfono que parecía anticuado pero que en realidad era de última generación, una libreta y un bolígrafo que sí desentonaban de la moderna y minimalista decoración del despacho, que incluía asimismo un armario, que ocultaba un pequeño frigorífico repleto, y que servía también, principalmente, de ropero y de archivador, se hallaba Pedro Casáis. El cuarto disponía, además, de un minúsculo baño, al que se accedía por una puerta que se localizaba al lado del armario, y esa era la única pared de la estancia que era totalmente opaca y no estaba acristalada.

El presidente gallego sabía que esas horas eran decisivas para el éxito de la misión que se había propuesto y quería estar allí, en el lugar donde sus decisiones se transmitían al instante, y él podía oír y ver a los hombres y mujeres que difundían sus órdenes o las ejecutaban directamente.

Una de las pantallas que descansaban sobre la acristalada mesa, mostraba en directo a uno de los dos aviones espaciales gallegos mientras, con sus articulados brazos robóticos, estaba tratando de capturar al más importante de los satélites del enemigo árabe, para ingresarlo en la bodega-taller, manipularlo para que obedeciera nuevos comandos y dejara de ser controlado por sus propietarios originarios. Esa operación era trascendente para influir decisivamente en el curso de la guerra, puesto que, en buena medida, dejaba al enemigo sin una amplia visión del conjunto, y todo aquel que no la hubiera visto antes estaría fascinado, pero no era el caso. El presidente Casáis había sido testigo de esa maniobra muchas veces y solo le preocupaba que no surgieran problemas.

Además, el mandatario gallego estaba más interesado en lo que mostraba otra de las pantallas que había sobre la mesa. Veía en directo lo que ocurría en la estación espacial, que los gallegos habían encontrado en uno de sus viajes espaciales a la amplia órbita en la que giraban la totalidad de los satélites terrestres, además del artefacto que estaba viendo, y que albergaba una docena de misiles balísticos, que portaban varias ojivas termonucleares cada uno, lo que permitía a un solo misil impactar en muchos objetivos en territorio enemigo.

Los constructores y dueños primigenios de la estación espacial no tripulada la habían abandonado porque habían perdido el control sobre la dinámica de vuelo del armatoste, y nadie sabía todavía porqué no habían enviado a ninguna otra nave para repararlo y recuperarlo. El sorprendente artefacto bélico seguía un derrotero relativamente estable, pero estaba erróneamente orientado. Los ingenieros gallegos

reemplazaron los controles de Actitud, que encontraron quemados, y con esa simple operación y con la sustitución de algunos fusibles y chips fueron capaces de tomar el control remoto de la estación espacial militar. Y ahora, desde un puesto de control, ubicado allí mismo, en el bunker de María Pita, dentro de una discreta sala blindada a la que muy pocos podían acceder, eran capaces de reprogramar y dirigir los sistemas informáticos de los gigantescos misiles balísticos que, enganchados a la estación, se movían a gran velocidad orbitando la Tierra.

Los ingenieros que, desde las profundidades del búnker, eran capaces de programar y disparar los misiles (o eso creían porque hasta la fecha no habían intentado disparar ninguno), habían recibido órdenes concretas del mandatario gallego y se disponían a hacer volar el primero, que portaba varias ojivas nucleares, hacia el primer blanco que tenían seleccionado.

Pedro Casáis, sin poder evitar que su cara mostrase un evidente gesto de ansiedad, vio como las pinzas, que mantenían sujeto al proyectil a la «panza» de la estación, se abrían y el cohete caía lentamente. Enseguida distinguió la ignición del estatorreactor, y el misil se puso rápidamente en marcha, dirigido por el múltiple sistema de guiado, navegación y control que lo llevaba hacia el programado objetivo, que él mismo había escogido para ser el primero en ser atacado: Trípoli.

Las razones por las que había escogido esa ciudad tan alejada y que en principio no era la que suponía la amenaza más grave e inminente, fueron dos. La primera era que no estaba del todo seguro de que los sistemas de guía de las bombas funcionaran correctamente y que fueran capaces de acertar los blancos con la precisión requerida; por eso escogió un sitio lejano pero estratégico, por si las bombas nucleares de desviaban considerablemente de su supuesta zona de impacto, no quería que les afectara a sus fuerzas aliadas. Además, sabía que la ciudad servía de guarnición a tres divisiones acorazadas, y la aniquilación de tal número de enemigos le reportaría una gran ventaja inicial en la guerra, aunque también era consciente de que un gran número de civiles fallecerían irremediabilmente. Luchó contra su conciencia empática y se dijo que todos ellos, militares o no, eran enemigos, que en caso contrario tampoco tendrían piedad.

Ya en vuelo libre, el misil, después de que el sistema de guía astroinercial tomara rápidamente puntos de referencia con nueve estrellas de posición conocidas (tres juegos de tres), y el ordenador de a bordo las triangulara, promediara los resultados y se los suministrara al piloto automático, los impulsores vernier de gas frío hicieron minúsculas correcciones angulares. Enseguida se empezaron a librar las cuatro cabezas termonucleares con rotación inducida, y también una veintena de señuelos diversos, perturbadores de guerra electrónica, que permanecían apagados de momento.

Cuando la carga militar se hallaba sobre el norte de Libia, cayendo hacia la atmósfera, a más de ocho kilómetros por segundo. Los radares de descubierta de la artillería árabe de largo alcance empezaron a localizarlas con bastante precisión.

Por su parte algunos de los objetos que volaban hacia tierra comenzaron a liberar aerosoles multispectrales que actuaban a modo de engaño y también confundían los detectores de infrarrojos. Simultáneamente, las capsulas de contramedidas electrónicas se encendieron para introducir mayor confusión en los radares de Libia.

Los frenéticos radaristas libios que controlaban los radares de largo alcance comenzaron a tener soluciones de trayectoria, pero no podían discriminar correctamente entre cabezas reales y señuelos, que sumaban más de veinte blancos a treinta mil kilómetros por hora. Además, no disponían de misiles capaces de una interceptación esoatmosférica de fase intermedia.

Quince minutos después, desesperados, los radaristas comenzaron a intuir el objetivo del ataque, y transmitir órdenes de evacuación y de dispersión del ejército, y de los habitantes de Trípoli, pero solo faltaban cinco minutos para el impacto y ese tiempo imposibilitaba la escapada.

Cuando las ojivas y los señuelos se encontraban a unos doscientos kilómetros de altitud y a aproximadamente mil quinientos kilómetros de la ciudad, los radaristas comenzaron a poder distinguir unos de otros, porque las ojivas no se comportan aerodinámicamente igual a algunos de los señuelos.

Cinco minutos después de disparar los interceptores exoatmosféricos los proyectiles han alcanzado algo. Impactaron en cuatro blancos pero los artilleros no saben de qué se trata, son incapaces de saber si han alcanzado ojivas reales o señuelos, el problema es que solo quedan tres minutos para los impactos, y las cabezas nucleares actúan de manera automatizada, modificando sus trayectorias de forma aparentemente arbitraria, para ponérselo lo más difícil posible a los ordenadores de tiro que dirigen los misiles de interceptación.

Cuando los radares de defensa terminal empiezan a computar soluciones de tiro y esperan a que los blancos estén un poco más cerca, dentro de su máximo alcance de 600 kilómetros, se produce la primera explosión nuclear. La cabeza líder ha explotado a 90.000 metros de altitud sobre Libia. Eso no afecta gran cosa al suelo pero provoca un inmenso efecto de *oscurecimiento electromagnético instantáneo*, en cientos de kilómetros a la redonda, por alta ionización de las regiones inferiores de la ionosfera. Las ondas de radar y radio no pueden pasar a través, También, los sistemas de defensa terminal acaban de quedarse ciegos y por eso desaparece la posibilidad de disparar a algún interceptor más.

Diez minutos más tarde tres ojivas supervivientes (la cuarta había fallado o había sido derribada, daba igual) atravesaron la región de oscurecimiento a velocidad altosupersónica, guiadas por su sistema inercial autónomo, que ya no requería de interacciones con el exterior, y eran por tanto inmunes al oscurecimiento electromagnético (las cabezas también iban blindadas contra impulsos electromagnéticos, e incluso contra explosiones atómicas que se produjeran a más de quinientos metros de distancia).

Sin nada que pudiera detenerlas las cabezas termonucleares detonan separadas

unos siete kilómetros entre sí. Dos de ellas en el aire (a cuatro mil quinientos y a dos mil quinientos metros de altitud, respectivamente), sobre los suburbios de la ciudad. La tercera cabeza nuclear era la más potente con diferencia (20 megatonnes) y estalló al impactar contra el suelo del centro urbano. Sin contar la destrucción de las dos primeras, menos potentes, que causaron daños graves y extensivos hasta los diez kilómetros de diámetro, esta última no dejó más que escombros en un radio de 20 kilómetros. Solo se salvaron algunas de las cimentaciones y de las construcciones enterradas fuera del área de impacto directo.

La bomba produjo un cráter de 185 metros de profundidad y su elevada temperatura vaporizó y fundió todo lo que estaba dentro de la bola de fuego. El siguiente efecto sería la lluvia de cenizas radioactivas que caerían durante al menos las próximas 24 horas. Los efectos secundarios de la explosión, tales como incendios en masa, terminarían acabando con los pocos supervivientes urbanitas, y en conjunto matarían a más que el pulso térmico y la onda de choque.

Pedro no tenía forma de saberlo con total certeza pero al ver, con la potente cámara de uno de sus satélites, los impactantes efectos de las sucesivas explosiones, tuvo la certeza de que los muertos superarían holgadamente el millón de personas.

Y esta ha sido solo la primera, pensó, y no pudo evitar cierta congoja, mientras veía como el segundo misil se desprendía, y, como el primero, comenzaba a volar impulsado por su estatorreactor hacia el siguiente blanco, dirigido por el preciso sistema de guía que tenía programado un segundo punto de impacto de gran importancia táctica: Argel.

Es preciosa, pensó el presidente Sebastián López, mirando a la rubia escultural, narcótica, de curvas exactas, que nadaba en la piscina de su casa particular de Marbella (una impresionante finca orientada al sur, fruto de la herencia de sus pudientes padres difuntos, desde la cual se disfrutaba de portentosas vistas al mar Mediterráneo, y a un campo de golf que lindaba con una reserva natural).

El presidente andaluz se hallaba reclinado en una hamaca de madera de teca, secándose al sol sobre una esponjosa toalla, que separaba su desnudo cuerpo de las tablas. El mandatario vestía solo unos *shorts* de baño azules y lucía, seguro de sí, su nervudo y bronceado cuerpo de cuarentón atlético.

La chica: una publicista treintañera, audaz y creativa, dueña de un cuerpo de infarto, que pretendía dar sus primeros pasos en política, se había sentido atraída por el magnetismo que ejercía el poder y que Sebastián irradiaba sin ser del todo consciente de ello. Se habían conocido casualmente en una fiesta a la que ella había ido con un cliente. Congeniaron, y después de un par de citas dieron el paso de convertirse en amantes.

La plácida sonrisa algo lasciva que se dibujaba en las curtidas facciones del mandatario andaluz se congeló en una mueca de fastidio, en cuanto vio al apresurado hombre que se le acercaba con un teléfono en la mano, y evidente cara de preocupación. Era el guardés de la finca que asumía las funciones de mayordomo en cuanto él visitaba la casa.

—Una llamada urgente, señor —explicó el criado al tiempo que le alargaba el videoteléfono.

Algo sorprendido por la desacostumbrada actuación y la escueta explicación del sirviente, López cogió el teléfono, y enseguida, al reconocer al hombre que mostraba la pantalla y ver su desencajado rostro, quedó anonadado por la estupefacción.

—Tienes que parar. Me rindo —dijo el sultán Mahmud V, con voz trémula y suplicante, en cuanto pudo ver la cara del andaluz.

—¿De qué hablas? —Acertó a decir Sebastián López, con un tono de voz que denotaba la misma estupefacción que se reflejaba en su cara.

—Has causado la muerte a millones de personas en Trípoli y Argel. Esa gente ha muerto de forma horrible y muchos más perecerán entre horribles sufrimientos.

—¿Qué yo he hecho qué? ¿De qué hablas? —preguntó Sebastián López, con un tono de voz tan incrédulo y una cara de pasmo tan marcada que el sultán dudó, y por un instante él también expresó más desconcierto que terror.

—¿No has sido tú el que ha atacado Trípoli y Argel con bombas nucleares?

—¿Bombas nucleares? Yo no tengo bombas nucleares —respondió el andaluz con vehemencia creíble, al tiempo que negaba con la cabeza y, simultáneamente,

empezaba a comprender el alcance y el horror de lo que había sucedido. Sin embargo, antes de dejarse llevar por la curiosidad y averiguar lo que su anonadado antagonista quería decir, afirmó, pretendiendo que su voz denotara el rencor y la indignación que sentía.

—Tú sí has atacado Cádiz sin previo aviso —dijo, mirando con furor la imagen de su oponente que se reflejaba en la pantalla del móvil.

—Lo siento. Ha sido un error —admitió Mahmud, y esa simple confesión y disculpa trémula en un hombre tan poderoso indicó que estaba desolado, y que el temor era el sentimiento predominante en él en ese instante.

—Si no has sido tú, ¿quién ha sido? —inquirió el sultán en voz alta, sin pensar en lo ilógico de su cuestionamiento, totalmente obnubilado por el desconcierto que le producía el constatar que el hombre con el que conferenciaba parecía no saber de qué hablaba.

—Quizás hayan sido los gallegos —se le escapó a López inconscientemente, y esa deducción hizo que todos los engranajes cerebrales del mandatario árabe se articularan e hiciera la pregunta lógica.

—¿Por qué piensas que pueden haber sido los gallegos?

—Son nuestros aliados —respondió concisamente López.

—¿Desde cuándo? —preguntó el sultán, ansioso.

—Desde poco después de que tú atacases Cádiz —respondió sosegado, con estudiada candidez, el mandatario andaluz.

Sin pausa, los acontecimientos empezaron a precipitarse, y el capitán de su escolta personal, al igual que hiciera pocos minutos antes el guardés-mayordomo, se acercó a él, apresurado, sin considerar que estaba entrando sin ser invitado en una zona privada, reservada en exclusiva para el disfrute del mandatario y de su amante. Ese simple hecho evidenciaba que lo que tenía que decir era muy grave y estaba por encima de convencionalismos protocolarios.

—Señor presidente, ha llamado al puesto de guardia el general Antonio Rodríguez —confesó y añadió—. Dice que los satélites han detectado varias explosiones nucleares en el norte de África y que es urgente que se ponga usted en contacto con él —confesó el hombre, deteniéndose delante, agitado y alterado, haciendo maquinalmente el preceptivo saludo militar.

—Dile que ya estoy en ello —respondió levantando el teléfono, para dar a entender que estaba manteniendo una conversación sobre el tema, y agregó—. Añade que lo llamaré más tarde —ordenó, al tiempo que con el reverso de la mano libre barría el aire para indicar al oficial que volviera por donde había venido.

Enseguida, la atención del mandatario andaluz volvió a centrarse en la pantalla del teléfono y pudo ver con gran nitidez la palidez que teñía la faz del sultán, que, en silencio, escuchó claramente lo que Sebastián ordenaba al militar que los había interrumpido brevemente.

—Dices que han sido los gallegos los que han atacado mis ciudades, ¿no es eso?

—preguntó el árabe.

—No, no he dicho eso. He dicho que es posible que hayan sido ellos.

—¿Por qué piensas que han podido ser ellos, entonces? ¿Puedes aclarármelo? —inquirió el sultán, que volvía a estar visiblemente nervioso, puesto que temía que el tiempo jugara en su contra, y nada descartaba otros devastadores ataques similares a los que ya habían sufrido.

Sebastián López pensaba lo mismo y, tratando de dejar las cosas claras, añadió:

—Me aseguré que podría derrotarte y me garantizó que no pondría un pie en mis tierras, pero, por mucho que insistí, no quiso decirme cómo.

—Es urgente que hable con él —pidió el monarca.

—¡No! Seré yo quien lo llame y le diré que te rindes incondicionalmente. Puesto que, eso es lo que has dicho, ¿no? —inquirió Sebastián, mirando fijamente la nítida pantalla de video, que le mostraba con claridad la adusta y asustada cara de su interlocutor.

Al andaluz le pareció notar una fugaz sombra de duda mezclada con un ramalazo de ira, pero fue tan efímera que ni siquiera su subconsciente pudo clasificarlo como un engaño, y las palabras que el sultán pronunció a continuación mostraban una genuina desesperación que prevalecía sobre cualquier otro sentimiento.

—Ya te he dicho que me rindo sin condiciones, pero, por favor, díselo ya.

—Está bien. Te llamaré a este mismo número en cuanto sepa algo concreto. Adiós —añadió repentinamente López y cortó la comunicación.

Pedro Casáis seguía sentado tras la mesa de su despacho del búnker de María Pita cuando la pantalla de su videoteléfono se iluminó y dejó ver la cara de un oficial de comunicaciones. Enseguida, el hombre, algo nervioso y agitado, le informó de que el presidente andaluz quería hablar con él.

—Pásamelo —se limitó a ordenar el presidente, intuyendo que la llamada tenía que ver con los devastadores ataques nucleares que él había planificado y estaba supervisando.

Cundo la pantalla de alta resolución le mostró la cara de su homologo, notó la estupefacción y ansiedad que se reflejaba claramente en el expresivo rostro del andaluz, pero ni siquiera tuvo tiempo de preguntar cortésmente cuál era la razón de la llamada. Atropelladamente, Sebastián López, farfulló:

—Me ha llamado el sultán para decirme que se rinde sin condiciones.

—¿Has hablado con Mahmud? —preguntó Pedro, para confirmar que se referían al mismo hombre.

—Sí. Acabo de hablar con él. Me ha llamado desesperado para decirme que bombas nucleares han destruido Trípoli y Argel y que han causado millones de muertes. Le he dicho que yo no he sido y que era probable que hubieras sido tú.

—¿Por qué has tenido que darle esa información? —inquirió Pedro, con voz que denotaba súbito enfado, y por un instante un ramalazo de ira se vio claramente en su cara.

—Ya te he dicho que llamó para rendirse y como yo no era el que le estaba atacando sospeché que eras tú, y por eso te llamo, para decirte que se rinde sin condiciones. Ya que has sido tú el que disparó las armas nucleares, ¿no? —Dedujo interrogante, algo titubeante, López, puesto que el gallego todavía no había admitido de manera conclusiva su responsabilidad en la masacre.

—Sí. He sido yo. Espera un momento —dijo Pedro, al tiempo que se levantaba como impulsado por un resorte, abría la puerta de su elevado despacho, bajaba las escaleras a la carrera y, ante la estupefacción de sus guardias y de todos los que lo miraban con asombro, corría hasta la sala blindada desde la cual se programaban y dirigían los sistemas informáticos de los temibles misiles balísticos que iban enganchados a la estación espacial que controlaban.

—Detened los lanzamientos —ordenó genéricamente a los estupefactos ingenieros que lo vieron entrar, apresurado, con los ojos desorbitados y la respiración agitada.

Una rápida mirada a la pantalla adecuada le permitió saber que había llegado a tiempo y que el tercer misil todavía permanecía sujeto a la estación. Respiró aliviado al darse cuenta de que su orden era obedecida de inmediato. Un diligente oficial pulsó

el botón de emergencia que anulaba el protocolo de lanzamientos. Inconscientemente un fugaz pensamiento cruzó su mente y una sonrisa de conmiseración se reflejó en su cara al pensar que los habitantes de Rabat, probablemente, nunca se enterarían de lo cerca que habían estado de la aniquilación.

—Se acabó por hoy—. Haced que todos los sistemas vuelvan a la posición de stand by —ordenó, y al ver que muchos lo miraban interrogantes se sintió compelido a decir:

—El enemigo ha llamado para parlamentar. Parece ser que harán todo lo necesario para evitar la continuación de la guerra —dijo, obviando a propósito la palabra rendición, para no dejar al descubierto todas sus cartas de manera precipitada. Aún así, la información fue interpretada como una victoria y todos los que lo escucharon sonrieron, intuyendo gran parte de la verdad.

—Habéis hecho un magnífico trabajo, muchachos —reconoció Pedro, al tiempo que daba media vuelta y regresaba, de nuevo apresurado, a su despacho, para seguir con la conversación que había quedado inconclusa, mientras la imprecisa noticia corría de boca en boca entre los jubilados habitantes del búnker.

Al entrar de nuevo en su despacho, Pedro pudo ver que el presidente andaluz seguía frente a la cámara de su videoteléfono. Parecía lógicamente desconcertado e impaciente. Por eso el gallego se apresuró a justificar su abrupta ausencia.

—He ido a la sala de lanzamientos para dar personalmente la orden de detener los misiles balísticos termonucleares —explicó y añadió—. Ya está, de momento no habrá más ataques —terminó diciendo, confesando implícitamente su plena responsabilidad en la masacre.

El alivio también se vio reflejado en la cara de López. Inhaló sonoramente, se repantigó en su asiento e hizo un esfuerzo mental para contener la multitud de preguntas que le venían a la mente, y que fluctuaban entre el agradecimiento y la reprobación por los expeditivos procedimientos que el gallego había empleado. Tras una brevísima reflexión optó por no cuestionar los métodos, puesto que se dio cuenta de que era imposible saber si esta había sido la solución más despiadada o por el contrario era, a la larga, la más incruenta, que evitaba atroces sufrimientos futuros a su población.

Concluyó que, como buen gobernante, tenía la obligación de ser piadoso con sus enemigos, pero que su principal cometido era salvaguardar el bienestar y la vida de sus propios ciudadanos. Por eso, de súbito comprendió, en todo su alcance, la resolutiva solución que su socio y aliado había empleado, y admiró la cruenta dureza de un hombre tan eficaz y resolutivo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sebastián López, admitiendo *de facto*, que era el gallego el que llevaba la voz cantante y ostentaba el máximo poder.

—Quiero hablar con el sultán, ¿puedes arreglar eso? —preguntó Pedro.

—Creo que sí. Uno de mis técnicos de comunicaciones intentará contactar con él y te lo pasaré, ¿te parece?

—Quiero hablar con el sultán en privado —exigió el presidente gallego, rotundo, y López comprendió que esa demanda no era negociable, y que él tendría que enterarse más tarde de lo que Casáis quisiera contarle.

—Acabo de enterarme de que has decidido rendirte, Majestad —manifestó Pedro Casáis con cierta ironía en el tono, en cuanto en la pantalla de su ordenador apareció reflejada la cara y el torso de su enemigo, sentado al igual que él tras una mesa de despacho, mucho más suntuosa y ornamentada que la del presidente gallego. Además, el monarca árabe iba embutido en una ostentosa chilaba de seda gris bordada con hilo de oro, sin capucha, que contrastaba con la simple camisa blanca del vencedor, al que se veía obligado a someterse.

—¿Cómo has podido cometer semejante masacre? —inquirió el sultán con rencor contenido, tratando de que sus facciones no mostraran la inmensa rabia y el resentimiento que le corroía por dentro.

Al presidente gallego no le gustó la pregunta ni lo que implicaba, pero, hasta cierto punto, comprendía la desolación de su oponente, y fue capaz de continuar la conversación sin perder los nervios.

—Tú has sido el que inició las hostilidades y por tanto el peso primordial de la culpa recae en ti —afirmó, Pedro con rotundidad, con gesto torvo y avieso y tono que destilaba reproche.

Nada acostumbrado a que le hablaran así, el sultán, a duras penas logró contenerse. Sin embargo, de súbito, recordó de nuevo la inestable posición en la que se hallaba y entendió que debía exteriorizar calma y sumisión, aunque nada le impedía mostrarse digno, pensó. Miró directamente a los ojos del enemigo que lo había derrotado sin paliativos, de manera tan inesperada como expeditiva y cruenta.

—¿Cuáles son las condiciones de la rendición? —preguntó, pensando que iba a recibir una respuesta conciliatoria, que implicaría términos duros pero asumibles. Se equivocó.

—Exijo la rendición total sin condiciones —demandó Pedro, con mirada amenazante y voz que no admitía réplica.

Dándose cuenta de que ese no era el lugar ni el momento para debates semánticos ni técnicos, y que más tarde, cuando la agresividad de las partes disminuyese, era probable que pudieran dialogar con calma y llegar a un acuerdo satisfactorio para las dos partes.

—Necesito enviar equipos de emergencia a Argel y Trípoli para ayudar a los posibles supervivientes, y tratar de paliar algo la devastación que tus armas han causado.

—Eso puedes encargárselo a cualquier general que dirija los servicios de emergencia en las catástrofes. Después de eso tú eres prescindible para el desarrollo de las operaciones —advirtió Pedro, y esperó la pregunta que no tardó en llegar.

—¿Qué quieres que haga, entonces?

—Quiero que tú, tu familia, tus ministros principales y los miembros del alto mando de tu ejército os presentéis ante mí. ¡Ah! Puedes incluir una escuadra de tu guardia personal, si eso te hace sentir más seguro, pero que su número no supere los diez hombres —especificó Pedro, para dejar claro que no pensaba tener que preocuparse de contraponer y neutralizar a un número excesivo de guardias de élite, y sin apenas pausa continuó imponiendo condiciones.

—Todos juntos debéis abordar un aerodeslizador civil y dirigiros hacia el estrecho. Una vez allí dos de mis naves de guerra os conducirán a un lugar en el que podamos hablar. ¿Lo has entendido?

—¿Qué pretendes de mi familia? —preguntó el sultán, con un deje tembloroso en la voz, temiendo que el gallego tuviese planes aviesos.

—No te preocupes. No haré ningún daño a tu familia —declaró Pedro, intuyendo acertadamente que eso era lo que más preocupaba a su interlocutor.

—¿Para qué quieres que vayan, entonces? —insistió el monarca, nada convencido todavía.

—Si ellos están aquí tú no harás ninguna tontería —explicó Casáis y añadió—. Quiero conocerlos a todos antes de decidirme por cuales van a ser mis invitados por una larga temporada. No todos, por supuesto. La mayoría de tus mujeres oficiales y de tu prole los enviaré de vuelta a donde tú quieras —explicó Pedro, sabedor que las esposas de Mahmud V eran tres y que las concubinas no contaban.

—Así que quieres rehenes por lo que veo —observó el sultán, convencido de su apreciación.

—Tengo que estar seguro de que mis condiciones se cumplen —dijo Casáis, sabiendo que con esa frase estaba confirmando la aseveración del vencido.

—¿Y para qué quieres ver a mis ministros y a los mandos de mi ejército? ¿Quieres descabezar a mi cúpula? —preguntó el sultán y añadió—. Eso es lo que temerán cuando les diga que quieres verlos en tu terreno.

El presidente gallego estuvo de acuerdo con la apreciación de su oyente y tuvo que ser más específico.

—Diles que necesito conocerlos a todos para decidir en cuáles de ellos delego las responsabilidades de gobierno.

Eso tenía cierta lógica y el sultán se vio obligado a no objetar más. Tras un breve silencio calculador por parte de ambos, Pedro fue el que añadió:

—Mañana, a las 9 de la mañana, quiero que tu aerodeslizador se detenga frente a Gibraltar—. Mis aeronaves estarán esperando para conducirlos a un lugar que no necesitas saber de momento, ¿te queda claro?

—Necesito más tiempo —pidió el sultán, impulsado por su aprendido talante negociador, con cara pretendidamente compungida y estudiado tono suplicante.

Pedro Casáis, un hombre claramente inteligente, no quiso entrar al trapo y negociar plazos. Simplemente, miró fijamente a su interlocutor mientras una sonrisa aviesa, casi una mueca burlesca y despiadada, se plasmaba en su curtido rostro, y, con

pretendido tono glacial, dijo:

—No me vengas con monsergas y no pretendas tomarme por tonto. Si no cumples el plazo que te marco lo pagarás caro, no te quepa duda —amenazó, y para ser más conciso añadió—. Mis misiles balísticos están dispuestos, y a una orden mía continuarán devastando tu territorio.

—Se hará como ordenas —confirmó el sultán, al tiempo que enseñaba y agitaba las palmas de las manos abiertas a la cámara, en un claro gesto que pedía calma y mostraba aceptación.

—Nos vemos mañana —manifestó Pedro, al tiempo que, de manera inesperada y descortés, pulsaba la tecla que interrumpía la comunicación.

Los más de mil kilómetros que separan Gibraltar de Santiago de Compostela fueron recorridos por los tres aerodeslizadores en poco más de media hora, sin que ninguno de los múltiples sistemas de defensa antiaérea de la península ibérica, ni siquiera los que eran hostiles al gobierno gallego, previamente informados por numerosos controladores aéreos, los escogieran como blanco de tiro.

Llegados al aeropuerto de Lavacolla se detuvieron. Suspendidos en el aire, comenzaron lentamente el descenso sobre la amplia pista que daba servicio a las aeronaves de despegue y aterrizaje vertical.

Primero descendió el aerodeslizador de transporte civil que transportaba al sultán Mahmud, a su familia, y al numeroso grupo de individuos notables: ministros y altos mandos del ejército árabe, a los que el presidente gallego, Pedro Casáis, había «invitado».

En cuanto la rampa de acceso se extendió sobre la pista de cemento armado, las dos aeronaves artilladas de la fuerza aérea gallega lo imitaron y se situaron a ambos lados.

Las puertas de los aerodeslizadores de combate se abrieron sin dilación y los doscientos hombres de una compañía de guardias de élite —que viajaran repartidos entre las dos aeronaves— bajaron por ellas y, a la carrera, se dispusieron en dos hileras perpendiculares a la entrada del aerodeslizador árabe, controlando así el acceso a la aeronave que habían conducido y escoltado hasta allí.

A pesar de la masiva presencia de soldados y de fisgones que, desde lejos, curioseaban, informados previamente de la inusual comitiva que arribaba al aeródromo, el silencio era predominante.

Un ligero aire soplaba del nordeste y el sol, que se encaminaba impávido hacia su cenit, irradiaba el calor que calentaba la brisa, pero la luminiscencia era interrumpida por las nubes de otoño, que pasaban en procesión y bajaban la temperatura a los confortables 20º, habituales de las postrimerías de septiembre.

El capitán Rubén González, el eficiente ayudante de campo del general-presidente, Casáis, encabezado una delegación de recepción, compuesta exclusivamente por una docena de soldados con las metralletas en ristre, se paró frente a las hileras de guardias previamente posicionados, y, disimulando su impaciencia y curiosidad, esperó mirando al frente.

Al poco, la rampa de descenso de la nave árabe se llenó por un variopinto y compacto grupo de personas que, muy juntas, bajaban, precedidos por un cuarteto de guardias armados, que apenas podían ocultar su aprensión ante el gran número de soldados locales que les flanqueaban por los lados.

Al llegar frente al impávido Rubén, los militares árabes se apartaron, dentro del muro humano que los constreñía, y dejaron paso al sultán, que hasta ese instante había permanecido en medio del grupo.

Mahmud, luciendo una imponente camiseta talismánica de gran calidad, que había tardado un año en ser confeccionada por hábiles costureras, avanzó hasta que detenerse a menos de tres metros del oficial que le esperaba. Desconcertado, comprobó por sus insignias que se trataba de un simple capitán y, evidentemente turbado, esperó a que este hablara.

—Bienvenido, Majestad —dijo Rubén, al tiempo que llevaba la derecha a su gorra de plato y hacía el acostumbrado saludo militar a un superior.

—¿Dónde está el presidente? —preguntó el monarca con el entrecejo fruncido por la interrogación malhumorada.

—No ha podido venir, Señor, pero me ha encargado a mí que os lleve a la residencia que os ha reservado. Él irá después a veros.

Sabiendo que no tenía otra opción más que aceptar, el monarca cambió de tono y preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A un edificio que está a 59 kilómetros de aquí —y añadió girándose levemente y señalando a dos autobuses eléctricos—. El transporte será por carretera, Majestad, pero llegaremos en poco más de cuarenta minutos.

—Está bien —se vio obligado a aceptar el rey árabe, y pensó que el paseo le serviría para conocer algo más sobre la verde y fértil región a la que había llegado por imposición.

—Vamos, entonces —decidió Mahmud, y se dispuso a dirigirse al autobús delantero. Sin embargo, Rubén lo sorprendió de nuevo cuando dijo algo titubeante.

—No es necesario que vuestros escoltas lleven armas. Nosotros garantizamos vuestra seguridad, Majestad.

—Tu jefe me dijo que podía traer hasta diez hombres de escolta —explicó el sultán y añadió—. ¿Para qué se me permite traer guardias si después les quitan las armas? —preguntó el monarca con voz llena de razón.

—A mí se me ha ordenado desarmar a todos vuestros acompañantes, Majestad —expuso Rubén, algo sorprendido por la afirmación del rey, puesto que a él nadie le había comentado ese detalle. Supuso que el presidente Casáis había cambiado de opinión y a él le tocaba cumplir las órdenes y aguantar los reproches. Por eso, reafirmando en su petición, insistió:

—Por favor, Majestad, ordene a sus hombres que entreguen las armas. No solo los soldados, todo aquel que vaya armado debe hacer lo mismo.

—¡Entregad las armas! —ordenó el sultán categórico, en árabe, porque esa era su lengua materna y también la de la gran mayoría de sus súbditos. Además, sabía que algunos de sus acompañantes, los menos, los más incultos, no hablaban español.

No tuvo que repetir la orden. Uno a uno fueron entregando su armamento, e

incluso algunos generales y ministros hurgaron en sus ropajes y sacaron para dar, renuentes y cariacontecidos, las variadas armas que llevaban ocultas.

Una vez cumplido el obligado trámite, Rubén extendió la mano para señalar los autobuses y dijo:

—Adelante, por favor.

Los hijos, esposas, ministros, generales, soldados y pilotos, que juntos sumaban un total de cincuenta y una personas, incluido el sultán, se pusieron en marcha, entraron y se repartieron holgadamente, tal y como quisieron, en los dos vehículos.

Los autobuses iban precedidos por un grupo de motoristas y dos vehículos blindados de transportes de tropas. La retaguardia la cubrían, además, media docena de sidecares militares, cuyos encajados ocupantes iban armados con fusiles de asalto; cerraban la marcha un par de carros de combate ligeros.

La comitiva inició el viaje con eficiente celeridad, y pronto se adentraron en la desierta autovía, que había sido cortada al tráfico desde el aeropuerto hasta la cárcel de Teixeira, para que el distendido grupo viajara sin cortapisas hasta el módulo de lujo que les habían reservado en exclusiva en la prisión.

La sala de interrogatorios no parecía tal y no lo era, aunque llevaba siendo usada para ese fin: sonsacar y coaccionar a casi todos los norteafricanos confinados en Teixeiro, desde hacía una semana.

En realidad la estancia es un espacio diáfano y agradable, en cuyo centro destaca una mesa hexagonal de un blanco impoluto, rodeada por media docena de sillas de un intenso color rojo que contrastan notablemente con los distintos tonos de blancos del lugar, y con el suelo de losetas de colores desiguales en los que predomina el fusco. A la izquierda se ubica un amplio ventanal, parcialmente obstruido por columnas de hormigón armado, que se erigen en el exterior, junto con los travesaños de la propia cristalera, y dan la impresión de solidez que el arquitecto había querido resaltar cuando diseñó el edificio. Aún así, a través de la amplia ventana, que ocupa todo el este de la pared, se tiene una vista privilegiada de la mayor parte del complejo penitenciario de Teixeiro.

A un lado, justo delante de una pared de paneles blancos, había tres pizarras sobre caballetes y una pantalla de cine algo más grande. Una mesa, arrimada a esa misma pared, estaba ocupada por un amplio sistema informático, y una séptima silla roja servía para cualquiera pudiera sentarse frente a la pantalla de un gran ordenador.

Tres hombres ocupaban otros tantos asientos de la mesa. Dos de ellos frente a frente y el tercero, al este de la estancia, era el que enfrentaba el ventanal y podía ver directamente el exterior sin tener que ladear la cabeza.

El jefe de los servicios de inteligencia gallegos: un cuarentón calvo y menudo, extremadamente inteligente y analítico, que respondía al nombre de Hernán Castro, vestido pulcramente con un elegante traje negro, era el que ocupaba ese lugar de privilegio. A su derecha se hallaba el general Humam, el militar había tenido la desgracia de ser incluido por el sultán entre el sexteto de militares que había querido que lo acompañaran.

El nervudo y perspicaz general árabe mostraba cara de preocupación y estaba visiblemente demacrado, como si llevara días sin dormir, pensaría cualquiera al verlo y no se equivocaría. En la semana que llevaba retenido en la prisión gallega solo había dormido esporádicamente, cuando el agotamiento nervioso le vencía.

A la izquierda del que llevaba la voz cantante —aunque en ese momento se mantenía en silencio, ensimismado como los otros dos, mientras miraba sin ver la lluvia que había comenzado a caer con fuerza, y como las pegajosas gotas se adherían al gran ventanal blindado y lo enturbiaban, hasta que la gravedad las hacía resbalar—, se hallaba otro hombre notable que no pasaría desapercibido en ningún sitio.

Abdel Bari, el ministro del interior del sultán, era un hombre elegante que vestía una chilaba de lujo con arabescos de azul y oro, pero la vestimenta no lograba

enmascarar las notables características físicas del hombre, sino que las resaltaban, y todos veían en él a un individuo alto, correoso y fuerte, guapo, de mandíbula recia, elegante y perfeccionista, que gustaba a mujeres y hombres, aunque todos le temían en mayor o menor grado.

Abdel Bari había nacido en el Sahara y la lluvia, que caía con mayor intensidad cada vez, era algo que le sorprendía y atraía de manera magnética; por eso, por un momento olvidó lo que estaban tratando allí y dejó que sus ojos se deleitaran mirando, embelesados, la súbita tormenta que descargaba con profusión.

—¿Estamos de acuerdo, entonces? —Preguntó repentinamente Hernán Castro — el único de los tres sobre el que la lluvia no ejercía una atracción hipnótica—, y los otros dos volvieron a fijar sus ojos en él.

De nuevo la preocupación fue evidente en las caras de los dos árabes, y fue Humam el que dijo con voz lastimera.

—Debería haber otra solución.

—No la hay y lo sabes —respondió inmediatamente el jefe de los espías gallegos con tono acre, removiéndose incómodo en la silla y mostrando una cara en la que los músculos faciales se habían coordinado para reflejar amenaza.

El exabrupto no sorprendió al militar. Esperaba la desaprobación, aunque no el tono áspero de su interlocutor.

—Se me hace muy difícil ser partícipe de esto —de quejó el general, con voz que pretendía ser reflexiva pero que sonaba lastimera.

—No te engañes. No solo eres partícipe, eres un inductor, o al menos todos pensarán que lo has sido, que te quede claro —afirmó tajante el jefe de los servicios de inteligencia gallegos, con el mismo tono incisivo que acababa de emplear. Además, añadió—. Si no sale como planeamos, y por alguna razón ignota fracasamos, es muy probable que lo pagues con la vida, y lo sabes.

—Lo sé, pero no puedo evitar sentir cierta congoja —respondió Humam, al tiempo que asentía maquinalmente con la cabeza.

—Yo también estoy atribulado y no estoy del todo seguro de que la historia nos juzgue apropiadamente —dijo el ministro Abdel Bari, mirando a su compatriota.

—Déjate de zarandajas —le recriminó también a él el jefe de los espías gallegos, y añadió con un tono de voz que no pretendía disimular el desprecio—. La historia no me preocupa lo más mínimo. Debemos hacer lo que la situación requiera ahora mismo y no pensar en hipotéticas consecuencias futuras de las que no podemos saber nada.

—Por otra parte —continuó Hernán Castro—, yo tengo que obedecer las órdenes que me han dado, y esas órdenes son tan evidentes que no admiten más que una interpretación —expuso y calló, para tratar de reorganizar sus ideas y cumplir con precisión matemática lo que le había sido ordenado, ya que el plan involucraba a mucha gente y no quería que nada se saliese del guión, cuyos detalles estaba encajando y concretando en su analítica mente.

—Muchos son inocentes y su única culpa, si es que puede llamarse así, es la fidelidad —expuso Humum, reflexivo, y los otros dos lo miraron con miseratarios, con ojos empáticos, que demostraban que esa consideración también había pasado por sus mentes.

Después de una brevísima pausa fue de nuevo el gallego el que tomó la palabra e hizo una aseveración y una pregunta.

—Se hará tal y como me han ordenado. ¿Alguno de vosotros dos se niega a participar? —preguntó mirándolos alternativamente, tratando de intuir cualquier signo de traición. Al no notar más que la comprensible inseguridad aderezada con una buena dosis de culpa, añadió:

—Si es así debe decirlo ahora. No hace falta que os recuerde que incumplir lo acordado tiene consecuencias más graves que una muerte piadosa.

La amenaza era clara y tanto Humum como Abdel Bari sabían perfectamente lo que auguraban las palabras del jefe del servicio de inteligencia.

—Yo lo haré y que Alá me perdone —declaró el ministro.

—Yo también —se apresuró a confirmar el general.

—Está bien. Vamos a estudiar los detalles una vez más —dijo Hernán Castro, al tiempo que se levantaba, se dirigía a la pizarra, cogía un rotulador no permanente, y se disponía a volver a analizar y a reafirmar el plan que previamente habían consensuado y que se mantenía reflejado gráficamente en el encerado.

El sobrecogedor y sugestivo paisaje natural conocido como desierto de Tabernas de Almería, era el escenario escogido para el rodaje de una filmación muy especial, y el cauce seco de un río torrencial: un lugar desolado lleno de barro y piedras, había sido el sitio escogido por un avezado cineasta —al que Pedro Casáis le había dado instrucciones previas— para realizar la filmación.

Una vez que el productor y el director conocieron el guión y asimilaron lo que se les pedía que hicieran, se pusieron de acuerdo para la puesta en escena y dieron instrucciones al equipo técnico para que los componentes de este grupo tomaran las decisiones creativas, que consideraran necesarias desde el punto de vista de su visión particular.

Todos habían leído un breve guión y estaban al tanto de lo que se requería de ellos, tanto a nivel artístico como personal.

Las discusiones previas fueron muchas e intensas, y la moral y la ética de cada uno tuvieron que buscar acomodo para llevar a cabo lo que se les exigía. Al final su profesionalidad se impuso y decidieron filmar un corto cinematográfico, que pensaban que pasaría a la historia.

El decorado natural apenas necesitaba ser retocado y la puesta en escena solo requería el añadido de dos paredes de tabloneros gruesos —en lugares separados, que señalaban distintos puntos geográficos—, sobre los que habían adherido un par de enormes fotografías, como las de las vallas publicitarias, que mostraban un paisaje de dunas onduladas visiblemente diferentes. Seis metros delante de una de las imágenes se erigía un poste de madera, que había sido hincado firmemente en el suelo reseco.

El director de fotografía había dispuesto varias cámaras en los puntos clave y estaba seguro de poder hacer tomas nítidas desde todos los ángulos.

Una numeroso equipo de filmación: mujeres y hombres de edades dispares, una vez lo habían dispuesto todo, esperaban, cobijados bajo toldos que los protegían de los ardientes rayos del sol, que reinaban en un cielo sin nubes, e iluminaban profusamente las postrimeras horas de la tarde.

Ellos no lo sabían pero a su vez estaban siendo observados a través de las cámaras de más de un satélite que enfocaban la zona. Sin embargo, los espectadores eran un grupo reducido, de entre los cuales solo dos: Pedro Casáis y Sebastián López, cada uno desde su propio bunker, eran los únicos que tenían acceso ilimitado a todo lo que las cámaras grababan allí.

El equipo de filmación también ignoraba que toda la zona estaba acordonada por un batallón de asalto gallego, cuyos seiscientos hombres, se mantenían fuera de la vista, tras las onduladas colinas que flanqueaban el amplio lecho del río seco, que el productor había escogido como el lugar idóneo para el filme que le habían encargado.

El sonido fue el primer indicador que tuvieron de que se acercaba el aerodeslizador que esperaban, y todos salieron de debajo de los toldos que les protegían del sol y miraron al cielo.

—¡Ya vienen! —anunció un joven camarógrafo, sin pensar que estaba expresando una obviedad que a todos les resultaba evidente.

Enseguida se hizo visible una redondeada aeronave de transporte de tropas. El pesado aerodeslizador, seguido por multitud de ojos, después de detenerse en el aire, comenzó un descenso lento.

Levantando una nube de polvo, se posó en un sitio demarcado con pintura líquida blanca, muy perceptible sobre la rojiza arena del desierto.

La puerta se abrió en cuanto los motores se apagaron; enseguida se extendió la rampa sobre el árido suelo, y por ella bajaron, en primer lugar, una docena de soldados gallegos. Tras ellos aparecieron siete de los ministros árabes, ataviados con sus chilabas y turbantes más vistosos, y cinco de los seis generales uniformados, que habían acompañado al sultán Mahmud a Galicia. Las ausencias eran notables. Faltaban el general Humam y el ministro del interior: Abdel Bari.

Tras ellos, dos soldados guiaban, sujetándolo por ambos brazos, a un hombre cubierto por una capucha negra. Nadie de los presentes ignoraba que el individuo encapuchado era el sultán Mahmud, y todos los ojos estaban fijos en el poderoso hombre que estaba siendo tratado como un reo camino del cadalso. Y así era. El único que no sabía lo que estaba a punto de ocurrir era el propio encapuchado, que caminaba inseguro, sin tener la menor idea de dónde se hallaba, sorprendido y desconcertado por el súbito calor que sintió cuando le obligaron a bajar de la nave y pisar la irregular superficie del desierto.

La incomodidad que todos sentían les impelió a apresurarse y acabar lo antes posible con la tarea que cada uno tenía encomendada.

Ataron al sultán al poste que se erigía delante de uno de los carteles, que mostraban las dunas de un lugar desértico indeterminado, mientras algunas cámaras grababan la escena sin perder detalle.

Para evitar que el monarca resbalara le pasaron correas por los sobacos y las engancharon a un garfio que estaba insertado en la trasera del mástil.

El hombre se debatió en vano pero no emitió ningún sonido.

Delante, a un lado, los ministros y militares se agruparon de manera informal, mirando todos al hombre vestido con una selecta chilaba blanca, que destacaba notoriamente con el negro de la capucha que le cubría totalmente la cabeza.

Uno de los generales, el más viejo de todos ellos, se apartó del grupo cuando el director del equipo que grababa la escena se lo indicó con un gesto acordado, y se acercó a un micrófono que, sobre un delgado tubo de aluminio, se erigía sobre una micro-plataforma frente al reo. El militar dio la espalda al condenado y miró al frente, dándose cuenta de que todos los ojos estaban fijos en él y las cámaras lo enfocaban.

Comenzó a hablar en árabe como un vocero avezado, de voz rotunda y clara, que

le había servido para que el director de la filmación lo escogiera, después de hacer una prueba de dicción a todos los que tenían un papel delante de las cámaras.

—*Ciudadanos del imperio. He sido escogido por los ministros aquí presentes y por las más altas autoridades militares* —dijo, señalando con un gesto a los mencionados, al tiempo que una cámara mostraba un primer plano de cada uno de ellos—, *para comunicaros que hemos sometido a juicio sumarísimo a nuestro Señor, el sultán Mahmud V.*

Tras una breve pausa, la cámara principal mostró un nuevo primer plano del orador y este, a una indicación del director, continuó:

—*Por unanimidad hemos acordado que nuestro sultán es culpable de gravísimos actos que han causado la muerte a millones de ciudadanos. Ha quedado demostrado que, sin provocación previa, ha atacado la ciudad de Cádiz, causando una grave destrucción de infraestructuras y la muerte de civiles inocentes* —dijo, y se dio cuenta de que no estaba siendo muy convincente, y que su tono no reflejaba la suficiente aflicción. Por eso hizo una pausa que pretendía ser dramática y continuó:

—*Lo hizo sin declaración previa de guerra. Por eso nuestros oponentes, iracundos, reaccionaron sin sentido de la proporcionalidad y destruyeron Libia y Argel con bombas nucleares.*

—*La muerte de cientos de miles de los nuestros y el sufrimiento de los que sobreviven con terribles heridas. Así como la inhabilitación de las zonas atacadas son responsabilidad última del que ha iniciado el conflicto, y ese no es otro más que nuestro rey aquí presente* —expuso, al tiempo que señalaba al encapuchado atado al poste, que se revolvía con furia pero que no emitía, ningún sonido.

Después de otra breve pausa el orador continuó:

—*Los españoles nos han asegurado que no seguirán con sus ataques, si hacemos que el responsable lo pague. Por eso estamos aquí. Hemos juzgado y condenado al sultán y aquí y ahora será fusilado para que la paz vuelva a reinar y podamos dedicarnos en exclusiva a ayudar a los muchos de los nuestros que están sufriendo, y que aún tienen posibilidades de salvación si les prestamos la ayuda que necesitan sin demora.*

Nueva pausa y el orador, ya visiblemente incómodo, deseando dar por terminada su alocución, prosiguió:

—*Os pido que recéis para que a nuestro Señor le sean perdonados sus pecados y se le permita la entrada al paraíso. Y que Alá nos perdone por tomarnos la justicia por nuestra mano* —dijo y calló, dejando caer las manos con el panfleto en el que tenía escrito el breve discurso que había articulado.

—¡Corten! —ordenó el director y las cámaras dejaron de grabar temporalmente.

—¿Qué tal ha sido la toma? —preguntó el productor.

—No ha sido perfecta pero puede darse por buena, creo —respondió el director de fotografía.

—Déjame verla —ordenó el director cinematográfico, sin querer entrar en

apreciaciones apresuradas, ignorando las valoraciones de los dos locuaces cineastas que estaban junto a él, y al poco pudo visualizar en una pantalla de ordenador la grabación recién hecha.

Al terminar, concluyó lo mismo que el director de fotografía, y se dio cuenta de que el encuadre, la iluminación y la óptica —por la posición no del todo acertada de las cámaras— no era la ideal, pero no le habían encargado una película perfecta, y sabía que lo único importante era lo que mostraba claramente la filmación, y que nadie iba a juzgar su trabajo si la calidad era pasable, y así era: mediocre pero explícita.

—Que armen a los ejecutores —ordenó el director con voz potente, y el oficial de los guardias gallegos, un joven teniente, que lo escuchó claramente, supo que era a él a quién le tocaba cumplir esa parte.

—Traed las armas —ordenó a un par de soldados que le seguían como sombras, y estos, sabiendo perfectamente lo que se les encomendaba, abrieron un cajón del que fueron sacando antiguos rifles monotiro, hasta completar la docena. Con la ayuda de otros compañeros los acarrearón hasta dejarlos delante del grupo de ministros y altos oficiales árabes.

Los gallegos llevaban sus ametralladoras ligeras dispuestas y amenazantes, con el dedo en el gatillo, preparados para disparar contra cualquiera que hiciera ademán de emplear los rifles contra ellos, en vez de usarlos para la programada ejecución.

Los prebostes árabes dudaron al ver los rifles, que habían sido dejados descuidadamente ante ellos. Se miraron vacilantes, con gestos de cobardes reflejados nítidamente en sus caras, y ojos huidizos, que trataban de disimular la ignominia que sentían en esos instantes.

Uno de ellos, el más cobarde, deseando acabar lo antes posible con el sentimiento de culpa que lo ahogaba y apenas le permitía controlar el temblor que le recorría el cuerpo, fue el primero que se agachó y se hizo con un arma. Los demás, casi igual de avergonzados, también se apresuraron a coger los rifles, y se dispusieron a cumplir con el cometido que los vencedores les habían encomendado.

El oficial gallego, tratando de disimular la náusea que le producían semejante hatajo de vacilantes cobardes, se hizo cargo de la situación y, sabiéndose protegido por los soldados de élite que apuntaban sin disimulo al grupo, para tratar de anular cualquier cambio de mentalidad de última hora de los amilanados traidores, ordenó con voz que no admitía réplica:

—¡Preparad las armas!

Todos sabían lo que se pretendía que hicieran, y finalmente trataron de comportarse como sabían que debía hacerlo un pelotón de ejecución.

Sujetaron los rifles de manera adecuada y, esforzándose por mirar al encapuchado, que permanecía atado al poste delante de ellos, esperaron.

—¡Apunten! —ordenó el oficial gallego, deseando acabar enseguida con el papel que le había tocado desempeñar y que no tenía nada de honorable. Vio que su orden

era obedecida sin dilación, aunque sin marcialidad alguna, y, con voz estentórea, mandó:

—¡Fuego!

Diez de los doce viejos rifles monotiro dispararon y el condenado recibió los impactos de todos ellos —dos fallaron porque no habían sido revidados previamente por un armero y los que los cargaron no vieron nada visiblemente erróneo en ellos—, como no podía ser de otra forma porque la distancia a la que le disparaban era prácticamente a bocajarro.

—Enseguida, los ojos de los presentes pudieron ver los rosetones sanguinolentos que aparecieron de repente en el pecho del condenado, al tiempo que presenciaban sus últimas convulsiones de muerte, que concluyeron con el desmadejamiento del cuerpo y el desplome de la cabeza que ocultaba la capucha. Simultáneamente, las cámaras recorrían uno a uno a los ejecutores, para identificarlos palmariamente y mostrar nítidamente sus variadas expresiones faciales, que iban desde la culpa más notoria al alivio más ostensible.

—¡Corten! —ordenó el director cinematográfico sin prestar atención a como los soldados gallegos volvían a hacerse cargo de las armas del inusual pelotón de fusilamiento, y enseguida seguían con sus labores de vigilancia y prevención.

Un médico, que hasta entonces había permanecido integrado en un pequeño grupo de espectadores heterogéneos, la mayoría de los cuales desempeñaban labores de apoyo, algunos de ellos de extras necesarios para la filmación, sin que nadie se lo recordara, se acercó al recién ejecutado y lo auscultó para confirmar su muerte. Una vez seguro de que el mandatario árabe era un cadáver, el doctor hizo algo que algunos no esperaban —los pocos que pudieron darse cuenta de que estaba haciendo algo que no era habitual—. Disimuladamente, metió la mano debajo de la capucha, y con habilidad despegó la cinta adhesiva que tapaba la boca del muerto, que había tenido la evidente función de impedirle hablar y, tratando de ser lo más subrepticio posible, hizo una bola con ella y se la guardó en el bolsillo.

El director era el que esperaba esa acción y, en cuanto el médico se retiró tras las cámaras, volvió a hablar.

—Preparados para filmar la identificación.

El director de fotografía y los camarógrafos esperaban esa orden, y después de que el portador de la claqueta la hiciera sonar y dijera la palabra mágica: acción, volvieron a grabar.

Un soldado encapuchado, desempeñando el breve papel que le había tocado, se acercó al fusilado y, tratando de no mancharse con la sangre, le quitó la capucha con cierto aire dramático, para que las cámaras pudieran filmar nítidamente las facciones del cadáver. A pesar de la rigidez de la muerte y del rictus facial de dolorosa sorpresa que quedó grabado en el rostro del fusilado, todos los que conocían personalmente al sultán o lo habían visto en infinidad de retratos oficiales, podrían comprobar que el ejecutado era el que hasta hacía muy poco regia el destino de los millones de

personas, que habitaban los unificados países del norte de África.

—¡Corten! —ordenó el director, cuando supo con certeza que el rostro había sido grabado desde todos los ángulos.

La mayoría de los presentes se relajaron pensando que eso era todo y que ahí se acababa la cosa, pero estaban muy equivocados porque todavía faltaba rodar una segunda parte.

—¡Detenedlos! —ordenó un gallardo teniente gallego, un joven barbilampiño de cuerpo nervudo y mandíbula recia, que rezumaba seguridad en sí mismo y destacaba por su pulcritud y eficiencia, además de ser dueño de una potente voz que contrastaba notoriamente con su cara de adolescente, que comandaba la docena de guardias que estaban pendientes de él, y cuyo principal cometido hasta entonces había sido el de velar por la seguridad de los cineastas y mantener controlados a los ministros y altos oficiales que se habían visto obligados a fusilar a su rey.

El oficial gallego que acababa de dar esa categórica orden se llamaba Pedro Siaba, y sobre él recaía la responsabilidad de llevar a cabo la segunda parte del plan. Sus ordenes provenían directamente del presidente Casáis y, de entre los presentes, solo él, el director cinematográfico y el jefe del equipo de fotografía estaban previamente informados de lo que iba a acaecer a continuación. Los soldados que esperaban sus órdenes habían sido previamente informados de que, en un momento dado, iban a ser requeridos para detener a los siete ministros árabes y al quinteto de generales, pero no sabían con qué fin.

Eficientes y rápidos los aguerridos guardias de asalto, que en ese momento realizaban funciones más bien policiales, reaccionaron con presteza y arremetieron con dureza contra los melifluos ministros y los cinco doblegados altos mandos militares, que solo supieron emitir quejidos de sorpresa y protestas, que pretendían ser airadas pero que sonaban patéticas. Ataron las manos de los detenidos con resistentes bridas de plástico y los obligaron a sentarse espalda contra espalda en el reseco y polvoriento suelo.

—Callaos o amordazaré —amenazó el teniente para acallar las voces de sorprendida y temerosa protesta de los prisioneros, que estaban empezando a irritarle.

La amenaza causó el efecto deseado y el teniente encaró la rampa de la aeronave que los había llevado allí.

Casi enseguida nuevos actores entraron en escena.

De la nave comenzaron a bajar algunos hombres más. En cabeza iban, a la par, el general Humam y Abdel Bari, el ministro del interior del sultán que acababa de ser ejecutado. Tras ellos seguían los diez guardias reales que habían acompañado a Mahmud V a Galicia. Los escoltas del difunto sultán iban engrilletados, y tras ellos se veían venir un número similar de guardias gallegos, con las armas en ristre.

Los recién entrados en escena: el general y el ministro, habían presenciado a través de una escotilla la ejecución de su rey, y supieron que su actuación en la trama iba a comenzar antes de que los guardias gallegos, que ahora los seguían, atentos, se lo comunicaran y los impelieran a salir.

Se detuvieron delante del teniente Siaba y esperaron a que este les diese las

instrucciones. Sin embargo, el oficial señaló al director cinematográfico y aclaró:

—Él es el que dirige esta farsa y yo me limito a asegurar que se cumplen sus disposiciones.

Los ojos de los árabes se enfocaron en el inteligente y habilidoso cineasta, cuyo defecto era más palmario era su glotonería sibarita que había redondeado su cuerpo y cara. También eran notorios sus rasgos apacibles y sus gestos amanerados, que discordaban con los atuendos estrambóticos que vestía habitualmente para no pasar desapercibido en ningún lugar.

—¿Quién de los dos va a leer la sentencia? —preguntó el director, demostrando con la pregunta que para él ese detalle no tenía importancia y que le daba lo mismo.

Los dos altos cargos árabes se miraron, y la rapidez mental de Abdel Bari enseguida descolló cuando dijo:

—En mi opinión debo hacerlo yo, y Humam dirigirá la ejecución, ¿si le parece bien, claro?

El general no quiso poner impedimentos y dijo, sin darse cuenta de que, de alguna manera, le daba el liderazgo al político.

—Me parece bien.

—¿Qué estás haciendo, Humam? —preguntó uno de los presos que habían sido forzados a sentarse agrupados, después de desempeñar el papel de ejecutores, un militar que había sido compañero de promoción del oficial, haciendo que todas las miradas se centraran en él.

El aludido lo miró con irónica dureza y respondió con una pregunta:

—¿Qué crees que debe hacerse con los traidores que han ejecutado a nuestro emperador?

La pregunta erizó la piel de la docena de prisioneros, e hizo que distintos grados de discernimiento y terror se reflejaran en la cara de todos. Casi inmediatamente una minoría de ellos, los menos inteligentes, que no se dieron cuenta de que protestar y gimotear era totalmente fútil, comenzaron a quejarse de manera audible. Coincidiendo todos en la misma disculpa: en que habían hecho lo que habían hecho porque no habían tenido opción. Sin querer admitir que habían sido engañados y que sus vidas eran el precio a pagar por su ignominia.

—¡Callaos! —ordenó el teniente gallego en árabe, asombrando a todos por su conocimiento de esa lengua. Sorprendentemente le obedecieron, quizá porque comprendieron que quejarse y protestar iba a ser una infructuosa pérdida de tiempo, y se dieron cuenta de que morir con estoicismo y cierta dignidad era lo único que no podían quitarles.

—Colocadles en fila delante de ese cartel —ordenó el director de la filmación, señalando el letrero en el que estaba plasmada una segunda vista de dunas onduladas de un desierto cualquiera, distinto a la imagen de fondo que habían usado como panorámica para la ejecución del sultán. Lo hacían con la pretensión de que todos los que vieran las filmaciones pensarán que estas habían sido hechas en África y no en

España.

Una vez que los doce hombres fueron forzados a ocupar la posición que les había sido asignada, los guardias se separaron de ellos y ocuparon el lugar frontal que habitualmente adoptan los pelotones de fusilamiento.

Para que quedara constancia de todo y poder rellenar los huecos de la filmación a su gusto, el director mantenía dos cámaras filmando permanentemente, aunque sabía que más del noventa y nueve de esa película sería descartada más tarde, y oficialmente la grabación estaba interrumpida.

Algunos de los ministros y soldados que iban a ser ejecutados no aceptaban mansamente el destino que les habían programado, y unos pocos de ellos no se cansaban de protestar y lloriquear, sin comprender que eso no cambiaría su fatídico porvenir, y que sus enemigos no iban a cambiar el plan que estaban llevando a cabo por mucho que gimotearan. Otros, al verse sueltos, trataron de escapar a la carrera.

Sin necesidad de que se lo ordenaran los guardas gallegos corrieron tras ellos y no les fue difícil detenerlos, porque los huidos tenían las manos atadas a la espalda y eso les impedía correr a su máxima velocidad.

Rudamente los gallegos los placaron y los golpearon sin miramientos, antes de arrastrarlos para devolverlos a su posición original.

Gritos, quejas, lamentos de los cautivos y exabruptos de los captores formaron una cacofonía de voces que por un instante impidió que el plan siguiera adelante como había sido programado.

El joven oficial, Pedro Siaba, supo que debía improvisar y, mientras sus hombres inmovilizaban a los prisioneros de manera contundente, golpeándolos sin consideración, se le ocurrió la manera de controlarlos y retenerlos en la ubicación que la filmación requería.

—Clavad dos estacas aquí y aquí —ordenó, moviéndose rápido y marcando en la arena con una rama dos x, en línea. Su segundo al mando tomó cartas en el asunto y, con la ayuda de otros dos soldados, se dispuso a cumplir la orden.

—Atadlos a todos entre sí —ordenó también el teniente, y enseguida fue obedecido.

Al poco los prisioneros, muchos de ellos todavía quejumbrosos, se encontraron amarrados unos a otros. Además, los que ocupaban los extremos iban uncidos a cuerdas tensas que terminaban anudadas a las estacas. De esa manera los cautivos no tenían modo de escapar, ni de moverse mucho en la delimitada área que sus captores habían escogido como lugar de ejecución.

Algunos trataban de mantener algo de dignidad ante lo inevitable y hacían lo posible para mantenerse en pie. Sin embargo, los más se habían derrumbado y se mantenían sentados en el rocoso desierto.

—Vas a hacer un discurso, ¿no? —preguntó el teniente Siaba, dirigiéndose con tono desabrido al ministro Abdel Bari.

Este ignoró los malos modos del teniente y respondió concisamente, al tiempo

que afirmaba con la cabeza y rebuscaba en uno de sus bolsillos para coger el papel en el que había escrito una breve proclama:

—Claro.

Simultáneamente, a una señal del director, el portador de la claqueta tomó el protagonismo que le correspondía y, con voz sonora, viendo que muchos ojos estaban fijos en él, exclamó:

—¡Preparados, cámaras..., acción!

Abdel Bari, advirtiendo que él era el objetivo de todas las filmadoras trató de adoptar una pose digna, al tiempo que comenzaba a leer con voz sonora y modulada:

—*Compatriotas. Me dirijo a vosotros para haceros saber que vamos a vengar la fatídica muerte de nuestro amado sultán a manos de un grupo de traidores, a los que una reducida escuadra de soldados fieles, comandados por el afamado general Humam, han logrado detener* —dijo, mientras las filmadoras captaban primeros planos de los mencionados.

—*Nos hallamos aquí reunidos para hacer justicia. Debemos vengar la infausta muerte de nuestro rey, el venerado sultán Mahmud, al que estos hombres han ejecutado de manera ominosa* —dijo señalando a los aterrados prisioneros, que finalmente parecían aceptar su destino y se mantenían en silencio, apartando la mirada, avergonzados, de las cámaras que los filmaban uno a uno minuciosamente, para a continuación hacer planos generales del grupo.

Tan pronto como los camarógrafos volvieron a enfocar a él principalmente, después de la estudiada pausa que había hecho, el ministro continuó:

—*Los traidores han montado una farsa de juicio y se han atribuido las funciones de un tribunal de justicia. Se han atrevido a juzgar a nuestro Señor e imputarle crímenes de lesa humanidad. Ese fue, sin duda, un acto de traición, y por ello deben pagar el más alto precio* —afirmó rotundo y añadió:

—*No voy a rogar por sus almas porque creo que deben sufrir las penas del infierno de las que sin duda son merecedores. Espero que Alá me perdone mi falta de compasión* —dijo Abdel con pretendida voz de fervoroso creyente, y añadió:

—*Aquí y ahora los fieles y bravos soldados del Islam van a hacer justicia y ejecutar sumariamente a los traidores*— dijo, y vio como las cámaras enfocaban a los aludidos. También indicó a Humam, con un acordado gesto de cabeza, que era su turno, y este dijo inmediatamente, dirigiéndose al pelotón de fusilamiento, compuesto por los guardias del sultán, armados con los mismos rifles monotiro que habían servido para ejecutar al emperador Mahmud V, y que seguían vivos porque todavía tenían una función que desempeñar.

—¡Preparados!

—¡Un momento! —manifestó el teniente Siaba cuando se dio cuenta del error que estaban cometiendo:

«Un pelotón de fusilamiento compuesto por diez hombres con rifles de un solo tiro iban a tratar de fusilar a una docena de enemigos».

No tenía sentido, y menos mal que se dio cuenta a tiempo porque sino la filmación iba a resultar un horror. Decidió hacerlo de otra manera, pero el dilema persistía: dar armas automáticas a diez soldados de élite enemigos no le pareció buena idea porque no se fiaba, y era probable que los hombres, al sentirse armados con ametralladoras cargadas, de última generación, cambiaran de idea y se revolvieran contra los gallegos que, en ese lugar, apenas les superaban en número.

—Dejad de filmar —ordenó categórico, haciendo aspavientos con las manos, al tiempo que miraba directamente al director.

—¡Corten! —ordenó este sorprendido por la súbita interrupción, e inmediatamente se acercó al oficial para saber por qué interrumpía la ejecución.

Los dos hombres, ligeramente apartados de los demás, mantuvieron una breve conversación en la que Pedro Siaba le expuso el problema y que el cineasta entendió a la primera.

—Vamos a desvestir a los guardias árabes y hacer que diez de los nuestros se hagan pasar por norteafricanos—. Puedes pixelarles el rostro y hace que resulten irreconocibles, imagino.

—Por supuesto —admitió el director.

Al poco los árabes volvían a estar maniatados, sin comprender del todo los cambios de criterio de sus captores, y se limitaban a mirar como otros, después de obligarlos a desnudarse, vestían sus característicos ropajes de la guardia real, y se colocaban en el lugar que ellos habían ocupado un momento antes.

De nuevo las cámaras comenzaron a rodar, y los gallegos recibieron las órdenes precisas para realizar la ingrata tarea que súbitamente les habían encomendado:

—¡Preparados! ¡Apunten! —ordenó el propio Pedro Siaba, y después de una brevísima pausa exclamó con voz rotunda:

—¡Fuego!

El traqueteo de las armas sobresalió sobre los gritos de dolor y de las exclamaciones agónicas de los heridos de muerte. Los impactos de las balas desgarraban la carne y rompían los huesos, haciendo que la sangre saliera expelida en todas direcciones, mientras los hombres eran empujados por las proyectiles que las ametralladoras emitían sin cesar, guiadas por los expertos soldados que fijaban sus miras sobre aquellos que todavía se retorcían, mientras la vida se les escapaba a borbotones por los tremendos agujeros que les causaban las balas.

—Alto el fuego —ordenó el teniente Siaba, cuando los ejecutores estaban a punto de vaciar los cargadores de sus armas.

Por un instante un silencio aciago imperó sobre el lugar, mientras los cerebros de todos asimilaban el horror y se justificaban por lo que habían hecho.

—Corten —ordenó el director cinematográfico, e inmediatamente los camarógrafos dejaron de rodar.

—Dadles el tiro de gracia —ordenó el teniente, sin querer ser él quien lo hiciera, y esperó mientras su orden era cumplida, y cada uno de los caídos recibía un tiro en

la cabeza.

Ejecutada esa macabra orden, todos volvieron a fijar los ojos en el oficial que estaba al mando y este, mirando con ojos indescifrables a los aterrados soldados árabes que estaban atados, ordenó:

—Acabad también con ellos.

—De nuevo se oyeron las quejas de los señalados, y para acabar cuanto antes, fue el propio oficial el que se apropió de la ametralladora que uno de sus soldados mantenía apuntando al suelo, la recargó maquinalmente y comenzó a disparar. Enseguida fue imitado por sus subalternos, y al poco, otros diez cadáveres yacían caídos en grotescas posturas.

El teniente, súbitamente hastiado de sangre, miró a los dos únicos árabes que quedaban con vida, al tiempo que entregaba el arma a su dueño.

Abdel Bari y el general Humam estaban pálidos, y sus rostros no podían disimular el horror y el pánico que sentían. Súbitamente, no estaban seguros que el acuerdo al que habían llegado con el presidente gallego fuera respetado por este.

El teniente era un hombre inteligente y pareció adivinar lo que los dos pensaban, por eso dijo:

—Ya está. Uno de nuestros aerodeslizadores os llevará de vuelta a vuestro país —explicó y añadió—. Mi presidente me ha pedido que os recuerde vuestra promesa. Debéis tratar de ocupar el vacío de poder dejado por el sultán muerto, y esto —dijo entregándole a Abdel Bari un *pendrive* con la grabación en la que aparecía, junto con Humam, como justicieros que habían vengado la muerte del emperador y fusilado a los supuestos traidores— os ayudará.

Sabiendo perfectamente lo que contenía el pequeño dispositivo de almacenamiento, el ministro lo agarró y lo introdujo en uno de los disimulados bolsillos de su chilaba.

—Recordad que la grabación completa, en la que se muestra vuestra traición, quedará a buen recaudo, y si no cumplís y hacéis que la idea de una guerra con nosotros desaparezca de la mente de los que probablemente van a ser vuestros súbditos, al consideraros héroes, estos no se enteraran nunca de la verdad; siempre y cuando cumpláis con las condiciones acordadas. ¿Os queda claro? —preguntó el teniente con una absoluta falta de respeto.

Asintieron ambos con idénticos gestos de cabeza, pero no quisieron añadir nada más, porque, acertadamente, consideraron que todo estaba claro y sobraban las palabras.

—Allí está la aeronave que os llevará a vuestra tierra —dijo el teniente, señalando un punto alejado en el que podía distinguirse un avión de despegue vertical.

—¡Vosotros, acompañadlos! —ordenó el teniente en voz alta, a cuatro guardias, que estaban casualmente juntos, comentando entre ellos lo acaecido y mantenían la mirada fija en su joven oficial, aunque, a su pesar, no podían oír lo que este decía a los altos mandos árabes.

Cuando los soldados se acercaron, mostrando a las claras en su rostro que habían oído la sonora orden pero no sabía adónde ir, el teniente se lo aclaró:

—Llevados a aquel avión y dejadlos ir —ordenó, señalando la lejana aeronave, a la que hasta entonces casi nadie había prestado atención.

La espera hizo que el teniente se impacientara y cuando vio que el avión artillado, de amplia bodega, despegaba, y los soldados regresaban y volvían a esperar órdenes, anunció con voz potente que pretendía que todos escucharan:

—Recoged las cámaras y todo el equipo y llevadlo a bordo —dijo, al tiempo que miraba en dirección a las panzudas naves que los habían transportado al desierto.

Uno de los soldados se preguntó qué hacer con los múltiples cadáveres, que yacían desparramados en los lugares en los que habían exhalado sus últimos estertores de muerte, e inquirió dubitativo:

—¿Qué hacemos con los muertos, señor?

—No te preocupes por ellos. Otros se encargarán —explicó, sabiendo que con eso despejaba cualquier duda y daba por zanjadas otras posibles preguntas.

Al poco las órdenes de Pedro Siaba se cumplieron a rajatabla, y finalmente todos abordaron las naves que los llevarían de vuelta a Galicia.

Antes de que los precavidos animales que se habían refugiado en sus madrigueras durante el tumulto que causaron los ruidosos humanos, salieran, algunos de ellos muy nerviosos porque olían la sangre, un nuevo ruido más atronador si cabe, llegó a sus oídos. Dos retroexcavadoras, moviéndose a la máxima velocidad que el terreno permitía, se acercaron. Tras ellas venían dispersos, tratando de esquivar el polvo que levantaban las máquinas, cuatro pelotones de soldados gallegos, que hasta entonces se habían mantenido en lontananza, circundando el área.

Las máquinas comenzaron a trabajar sin demora, y removieron toneladas de tierra, hasta que una enorme tumba rectangular quedó abierta.

Apurados, queriendo acabar cuanto antes, los operadores de las máquinas y los soldados, trabajando codo con codo, arrojaron los carteles, los cadáveres y todos los demás desperdicios que sus compañeros habían dejado atrás, y luego volvieron a cubrirlo todo con la reseca y volátil tierra mezclada con guijarros, que habían extraído del hueco. Después lo alisaron todo, y cuando el polvo que habían levantado ya se perdía en la lejanía, y el desierto había recuperado bastante la antigua apariencia que tenía antes de que un grupo tan numeroso de hombres se hubiera juntado allí, seis aerodeslizadores de carga tomaron tierra, haciendo que el polvo volviera a llenarlo todo, y hombres y máquinas entraron por las empinadas rampas que se habían abierto para recibirlos. Entonces sí, cuando estas aeronaves levantaron el vuelo y se dirigieron a sus bases, el silencio volvió a reinar en el desierto, y los animales volvieron a recuperar la tranquilidad que tanto necesitaban para cazar y llenar sus hambrientos estómagos con sus presas naturales.

Pedro Casáis, el exitoso presidente gallego había almorzado opíparamente junto a su esposa Elena, en el grandioso comedor que se ubica dentro del imponente palacio real asturiano, antiguamente conocido como Palacio de Congresos de Oviedo.

Él, en contra de su costumbre, había comido demasiado, y después del copioso almuerzo, que había consistido en sopa de pescado y besugo a la espalda. Todo ello acompañado con su habitual vino: un ribeiro blanco, al que siguió un típico postre: una cascadilla (empanadilla de dulces rellenos de nuez, azúcar y maíz).

Después del delicioso refrigerio que Elena no compartió (ella comió mucho más frugalmente y se limitó a dar cuenta de una pechuga de pollo a la plancha y una ensalada), consideró oportuno disfrutar de una reconfortante siesta, algo que tampoco acostumbraba a hacer normalmente.

Mientras su esposa Elena, la reciente reina de los astures, se ocupaba de asuntos de Estado que no admitían más demora, Pedro se escabulló, aunque los miembros de su escolta personal no lo perdieron de vista en ningún momento y lo siguieron discretamente, y se fue a una de las desiertas salas de reuniones de la tercera planta, y allí, en un amplio *chaise longue* de cuero se acostó. Al poco comenzó a roncar levemente, mientras su química neuronal se restablecía y los engranajes de su mente se recuperaban de la tensión que le producían los múltiples asuntos de Estado con los que tenía que lidiar diariamente.

Tuvo suerte y durante una hora nadie lo molestó. Cuando empezaba a removerse inquieto, ya en duermevela, a punto de despertarse, y ser del todo consciente, una conocida voz lo despertó.

—Hola, amor —dijo su mujer, subrepticamente acomodada a su lado, al tiempo que acariciaba su mejilla con la mano derecha.

Cuando él abrió los ojos, tomó conciencia de donde estaba y de que su esposa se hallaba sentada en un borde del sofá, junto a él, y escuchó:

—Siento despertarte, mi vida, pero hay alguien que ha venido desde muy lejos a verte.

Pedro sonrió, al tiempo que su mano izquierda asía el talle de su mujer y notaba las turgentes carnes de ella, ya de nuevo sorprendentemente turgentes, a pesar de que apenas habían transcurrido dos meses desde que había dado a luz, y la miraba interrogante, esperando a que ella le explicase la razón de haberlo despertado.

—El presidente madrileño, Enrique Rojas, está aquí.

—¿Quéee? —inquirió él, notablemente sorprendido, sin pretender disimular la estupefacción que el anuncio le había producido.

—¿Qué quiere? —indagó él, sin salir de su asombro, y esa pregunta demostró que estaba realmente extrañado, y que sus neuronas trataban de trabajar con inusitada

premura para encontrar una respuesta lógica a la pregunta que acababa de hacer.

—No lo sé, cariño —dijo ella comprensiva, al tiempo que veía como Pedro se levantaba y, sin desfruncir el ceño, echaba una fugaz mirada a su aspecto.

Tanto ella como él pensaron que el *look* del presidente gallego era demasiado informal para una reunión de estadistas: vestía unos vaqueros caros y una camiseta negra de algodón exclusiva, de mangas largas y cuello redondo, y se estaba apresurando a calzar las zapatillas azules, que había dejado al lado del sofá en el que se había acostado.

—Esta no es una visita anunciada y por tanto creo que las formalidades están de más, ¿no crees? —preguntó él, al tiempo que volvía a mirar ligeramente su apariencia, y ella supo enseguida que Pedro no estaba por la labor de cambiarse de ropa para recibir a su visitante.

—Para mí estás muy guapo —se apresuró a decir, al tiempo que se encogía de hombros, y adoptaba una expresión ligeramente socarrona.

—Voy a refrescarme la cara —dijo él, al tiempo que se encaminaba al cuarto de baño más cercano.

Al poco Pedro volvió y preguntó:

—¿Qué te parece si lo recibo aquí?

Elena estuvo a punto de decir que se estaba saltando las reglas más elementales del protocolo de Estado, pero no lo hizo. Pensó que él ya sabría eso. Por eso se limitó a encogerse de hombros, levantarse, y ordenar al jefe de su guardia personal, que la seguía a corta distancia como un perro fiel, y estaba escuchando todo lo que los esposos decían.

—Hacedlo pasar —ordenó ella con voz neutra, y todos se dispusieron a cumplir las órdenes y a montar un perímetro de seguridad.

Al poco se abrió la doble puerta acorazada de madera tallada, de doble hoja, empujada por los dos guardias que estaban vigilando la entrada. Los primeros en entrar fueron cuatro escoltas reales, vistiendo sus lujosos uniformes, pero empuñando ametralladoras cortas que no tenían nada de decorativo. Al acceder a la estancia los centinelas se apartaron, y Pedro y su esposa pudieron ver al hombre que inesperadamente había ido a visitarlos.

Tras el mandatario madrileño iban otros cuatro guardias, caminando lentamente, y tan pronto entraron todas las puertas volvieron a ser cerradas por dos de los centinelas que se quedaron fuera.

Pedro y Elena mostraron la misma curiosidad por el visitante y lo miraron sin disimulo, a pesar de que ambos habían visto fotos del hombre que había sido y era su enemigo desde que eran adolescentes. Vieron a un individuo de baja estatura, aunque bien proporcionado, vestido impecablemente con un uniforme de general de división, que sobrepasaba ampliamente los cuarenta. Solo los ojos desentonaban con la gallarda pose del pequeño hombre que acababa de entrar, y mostraban un cierto grado de ruindad, que en ese momento se mezclaba con un atisbo de temor e indecisión.

El presidente madrileño se detuvo a la distancia protocolaria y antes de que pudiera abrir la boca fue Elena de Montemayor la que dijo con la solemne voz que empleaba en situaciones como esa.

—Bienvenido a Asturias, señor presidente. Espero que haya tenido un buen viaje.

—Gracias, Majestad —respondió escuetamente Rojas, al tiempo que se inclinaba reverentemente ante la reina.

—Tengo entendido que habéis dicho que vuestro deseo es hablar con mi esposo —dijo ella, a la vez que miraba con cariño a Pedro Casáis.

También los ojos del mandatario madrileño se fijaron en el hombre con el que deseaba hablar, y, muy a su pesar, se dio cuenta de que estaba ante un enemigo formidable, que lo miraba curioso, sin atisbos perceptibles de duda.

—Así es, Majestad. Deseo hablar con vuestro esposo —confirmó el madrileño y calló.

Los tres seguían de pie, y por un instante el silencio fue predominante en la estancia. Antes de que la incomodidad se hiciera patente, Elena interpretó las dudas del visitante y preguntó:

—Vuestro deseo es hablar a solas con él, ¿es eso?

—Disculpadme, Majestad, pero así es.

—Está bien —concedió ella, adoptando una pose súbitamente seria y arrogante, antes de encaminarse a la puerta y salir con altiva dignidad —sabedora que al poco estaría enterada de todo lo que allí se hablara—, tan pronto como los diligentes guardias le franquearon la salida.

Inmediatamente, los dos presidentes se quedaron a solas, con únicamente un cuarteto de guardias, que ocupaban los lados de la estancia y parecían querer mimetizarse con las paredes, aunque estaban totalmente alerta para garantizar la seguridad de su señor.

—Siéntate, por favor —dijo Pedro, al tiempo que señalaba una esquina del chaise longue, y él tomaba asiento en el lado opuesto, manteniendo una cierta distancia, y añadía para romper el hielo:

—Perdona que te reciba con este atuendo informal, pero estaba descansando y, en cuanto supe de tu llegada, no quise hacerte esperar.

Rojas obedeció la sugerencia y se sentó donde le había indicado su homólogo, Casáis.

—Tú dirás —lo alentó Pedro a que hablara.

Tras un leve instante de titubeo, Enrique Rojas se atrevió a decir:

—He venido a proponerte un trato.

El gallego mantuvo su rostro impertérrito, tratando de disimular la ansiosa curiosidad que sentía, y esperó a que su rival fuera al grano.

La mirada interrogante de Pedro fue suficiente para que el madrileño supiera que debía ser él quién siguiera hablando y explicase la razón de su visita. Sin embargo, de súbito, Enrique Rojas, quiso confirmar algo, y en vez de dar una explicación hizo una

inesperada pregunta:

—¿Habéis sido vosotros los que han deshabilitado todos nuestros satélites de vigilancia y comunicación?

La pregunta era imprevista y Casáis dudó por un breve momento. Sin embargo, su rostro enseguida recuperó la seguridad pétrea que lo caracterizaba en momentos difíciles y respondió:

—No solo eso. Ahora esos satélites nos proporcionan información a nosotros —admitió, y supo que su interlocutor estuvo a punto de preguntarle cómo lo habían hecho, pero, intuyendo acertadamente que esa pregunta directa no iba a ser respondida, comentó pensativo, como si estuviese hablando para sí mismo.

—He oído hablar de aviones espaciales que pueden hacer eso.

El presidente gallego no confirmó ni negó y, abriendo ligeramente los ojos y arrugando la frente, demostró que estaba en plan interrogante y que era el madrileño el que debía ir al grano y confesar la intención de la visita.

Sin embargo, Rojas, en vez de explicarse hizo otro comentario que no venía a cuento:

—Todos hemos oído la tremenda devastación que habéis causado en el norte de África, y nos ha sorprendido que tengáis armas atómicas. Menos mal que no podéis usarlas dentro de la península ibérica si no queréis sufrir vosotros también las consecuencias.

—En eso te equivocas —respondió con evidente acritud Pedro, y antes de que su homólogo saliese de la estupefacción que le produjo la airada réplica, añadió—: Hemos usado bombas nucleares porque hemos querido abortar la planificada invasión de la península por parte de un ejército apabullante. Además, lo hemos hecho después de que ellos destruyeran los puentes de Cádiz con misiles de crucero, sin previa declaración de guerra —dijo Casáis, sin pretender evitar que su tono fuera agresivo.

Enseguida se sosegó, recuperó el ritmo normal de su respiración, relajó sus músculos faciales, y añadió con calma glacial:

—Quiero decir que te equivocas en eso de que no podemos usar bombas nucleares dentro de la península.

La cara de pasmo que puso Rojas fue de genuina sorpresa y Casáis se sintió compelido a explicarse:

—¿Sabes lo que hacen las bombas de neutrones?

La pregunta sorprendió a su interlocutor, y su cara de duda indicó a Pedro que no estaba informado de los efectos de ese tipo de armas. Además, para confirmar su apreciación, el madrileño negó lentamente con la cabeza.

—Está bien. Te voy a refrescar la memoria. Estoy seguro que enseguida comprenderás a qué me refiero —afirmó el gallego, seguro de que sería comprendido. Por eso se dispuso a dar una breve explicación que también cumpliría la función de amenaza.

—Tenemos bombas de neutrones y podemos usarlas si es absolutamente

necesario —dijo, y viendo que su interlocutor lo miraba con cara de estupefacción cercana al pánico, continuó:

—Una bomba de neutrones es una bomba de fisión-fusión, de bajo rendimiento explosivo pero de gran productividad de radiaciones ionizantes. La radiactividad es hasta siete veces mayor que la de una bomba H; emite fundamentalmente rayos x y gamma de alta penetración, pero la radiactividad es de mucha menor duración. Desaparece casi por completo en menos de 48 horas —explicó Casáis, tratando de recordar, ensimismado, lo que a él le habían contado hacía poco, cuando los técnicos de la estación espacial descubrieron un manual (el libro de instrucciones de la estación de la que se habían apropiado) que revelaba que dos de los misiles balísticos portaban tres ojivas de neutrones cada uno. Un científico le había explicado al mandatario gallego lo que eso significaba, por eso, tratando de recordar lo que le habían revelado, continuó:

—Estas bombas están diseñadas para emitir mucha menos energía calorífica que las termonucleares. La onda expansiva también es mucho menor, así como la contaminación posterior, ya que estas armas están diseñadas para ser usadas en un combate cercano. No voy a entrar en tecnicismos, no creo que haga falta —dijo Casáis, y viendo que el mandatario madrileño se removía inquieto y parecía no entender del todo lo que le estaba contando, añadió con palabras llanas—: Estas son armas tácticas que son útiles para matar a grandes concentraciones de tropas, incluso a las tripulaciones de los carros de combate, que serían radiactivos durante un par de días, pero después podrían ser reutilizados. Es decir... Estas armas pueden acabar con divisiones enteras o aniquilar a miles de civiles, sin afectar demasiado a las estructuras o entorno, ¿lo entiendes?

El madrileño había comprendido y la palidez de su cara demostraba a las claras que estaba aterrado. Por eso, cuando el silencio se hizo incómodo, y Pedro lo miraba con cierta conmiseración, comprendiendo el dilema de su atávico rival, este fue capaz de articular con voz convulsa:

—No te atreverás a usar esas armas. Sería un genocidio imperdonable, lo sabes, ¿verdad?

—No. No pienso usarlas a no ser que sea absolutamente necesario para defender a mi gente —confesó Pedro y añadió—. Aunque tú sabes, no me cabe duda, de que a veces, una respuesta táctica y cruenta puede poner fin a una prolongada guerra y evitar el sufrimiento continuado de millones de personas.

Se hizo de nuevo el silencio y esta vez fue el gallego el que pidió explicaciones.

—Bueno. Ya va siendo hora de que me cuentes qué trato has venido a plantearme, ¿no crees? —Y añadió sarcástico—. Ahora que sabes más de lo que pensabas es probable que tu propuesta sea más juiciosa, ¿o no?

—Quiero proponerte una alianza, o lo que es lo mismo, vengo con una oferta de paz.

—Una oferta de paz no es lo mismo que una alianza, no te confundas —se

apresuró a replicar Pedro Casáis y añadió:

—Está bien. Explícame qué tengo que ganar yo con tu propuesta —expuso Pedro, acomodándose en su lado del asiento, revelando un cierto grado de curiosidad en el tono.

—Te ofrezco poner fin al conflicto que nos ha enfrentado durante décadas. Es decir... Quiero firmar la paz —dijo y calló, esperando una lógica contraoferta por parte del gallego.

—¿Qué ganamos nosotros si aceptamos, ahora que estamos en disposición de vencerlos de manera apabullante?

—No os sería tan fácil. Nuestro ejército está bien armado y entrenado, además de acostumbrado a luchar, incluso ante enemigos mejor armados y superiores en tecnología —afirmó Rojas, ligeramente alterado de nuevo, admitiendo en su fuero interno que los gallegos les superaban tecnológicamente.

—No me cabe duda de que si me lo propongo puedo vencerte, pero es de necios luchar cuando se puede llegar a un acuerdo pacífico, beneficioso para ambas partes —reconoció Pedro, y esta vez su homólogo se mantuvo en silencio, esperando las condiciones del mandatario gallego que ya, de muy diversas maneras (matrimonio, alianzas y conquistas, eran solo tres de ellas) controlaba gran parte de la península.

—Me jurarás pública obediencia y me permitirás disponer de tu ejército. A cambio seguirás como presidente de la comunidad de Madrid y seguirás gobernando como hasta ahora, solo que, en cuestiones decisivas, yo tendré la última palabra —manifestó Pedro y esperó una respuesta airada por parte del madrileño.

Sin embargo la cara de Enrique Rojas mostró solo una ligera sorpresa ante las exigencias, y su ceño fruncido y la introspección que mostraba su rostro demostraban a las claras que estaba pensando intensamente.

—Así que lo que pretendes es que sea una especie de títere que puedes manejar a tu antojo, ¿es eso? —se quejó Enrique Rojas, pero el tono de su voz no denotaba enfado, y contrastaba notoriamente con la dureza de sus palabras.

—No es eso y tú lo sabes —y añadió—. Mis otras alianzas con Valencia o Portugal incluyen condiciones similares, y son beneficiosas para todas las partes, porque la paz nos permite dedicar los recursos a otras muchas cosas que los ciudadanos agradecen, porque les dan prosperidad y seguridad —explicó Pedro, y volvió a guardar silencio.

—¿Para qué quieres el mando de mi ejército? —preguntó Rojas.

—Sabes que en todo acuerdo debe haber alguien que ostente un poco más de poder que el otro, para que los límites y las obligaciones de las partes estén claras —explicó y añadió—. Yo seré el presidente federal y estaré por encima de presidentes autonómicos e incluso de la realeza. Ya sabes que hay monarcas que me han dado el mando de sus tropas, ¿verdad?

Rojas sabía eso y no comprendía muy bien cómo el hombre que tenía delante había adquirido semejante poder en tan poco tiempo, pero lo que si comprendió era

que él no lo perdía todo si aceptaba, y qué casi nadie iba a estar en contra del acuerdo, puesto que la mayoría de los madrileños también deseaban la paz. Habían vivido para la guerra demasiados años y el sufrimiento de la población estaba llegando al límite de lo tolerable antes de una revuelta. Por eso sabía que si él se presentaba a su pueblo anunciándoles la paz, casi todos saltarían de contento y alborozo, y él sería visto como un hombre juicioso, y así podría seguir manteniendo el poder, aunque estuviera mínimamente supeditado al hombre que tenía delante.

—Tengo que consultarlo con mis ministros y generales —dijo para ganar tiempo, aunque ya había considerado que la propuesta le era favorable. Al fin y al cabo, pensó, era eso o una guerra en la que tenía todas las de perder.

—Eso no es cierto y tú lo sabes —afirmó Pedro con voz exigente y cara de mal humor y sin pausa añadió—. Puedes tomar la decisión aquí y ahora tú solo, sin duda. Estoy al tanto del poder que detentas y que nadie puede discutir en tu tierra lo que decidas —afirmó, y volvió a añadir con algo de sorna—. Sé que te has encargado de anular a aquellos que de alguna manera podían disputarte el poder. Así que no me vengas con cuentos —terminó diciendo Casáis, sabiendo que su tono rozaba la grosería.

—¿Cuáles serán mis atribuciones si acepto? —preguntó Rojas para tratar de disipar sus últimas dudas.

—Todo seguirá más o menos igual, y aunque yo ostente el mando decisorio no interferiré en el día a día, así que apenas notarás la diferencia —dijo Pedro, sonriendo por primera vez al intuir que su interlocutor estaba a punto de claudicar.

—Pero el mando del ejército lo tendrás tú, y ahí reside el poder —se quejó Rojas.

Era evidente que estaba en lo cierto y el presidente gallego no quiso negar la evidencia y afirmó:

—Así es. Todo el mundo tiene que tener claro que yo detento el poder sino esto no funcionará y lo sabes. Además, eso no es todo. Tengo una petición más que hacerte.

—Una petición o una exigencia —preguntó Rojas, sin tener la menor idea de lo que pasaba por la cabeza del gallego.

—Necesito que me cedas un lugar emblemático de Madrid como embajada —confesó Pedro.

El requerimiento no era muy relevante en principio, pero Rojas se sorprendió de que esa demanda fuese hecha con un tono de voz más dubitativo que la anterior exigencia del mando de las fuerzas armadas. Por eso se le ocurrió preguntar:

—¿Tienes algún edificio en mente?

—Así es —respondió el mandatario gallego y calló.

Se hizo un silencio que empezó a resultar incómodo y el primero en romperlo fue, lógicamente, Pedro, porque era a él a quien le correspondía explicarse después de su concisa afirmación.

—Quiero que me cedas El Escorial —confesó Casáis, y esa pretensión causó

genuina sorpresa en el mandatario madrileño, y el pasmo se reflejó en su cara. Por eso, con tono que denotaba estupefacción fue capaz de decir:

—El monasterio de San Lorenzo de El Escorial es un símbolo madrileño por antonomasia y cedértelo como embajada sería una especie de sacrilegio que los madrileños no me perdonarían. Por eso tengo que darte un no rotundo —afirmó Enrique Rojas tajante, y Casáis intuyó que esa demanda no iba a ser atendida, y como era un hombre práctico cedió en eso y transformó la exigencia en una pregunta:

—¿Qué lugar me ofreces para mantener una legación permanente en Madrid?

El presidente madrileño se acarició la barbilla y se removió inquieto, mientras mostraba una evidente cara de introspección. Sabía que debía ser generoso para satisfacer el ego de su interlocutor, y para ello debía ofrecerle un lugar digno. Enseguida le vino un nombre a la mente, e intuyó que sería del agrado del gallego.

—Te cedo el palacio Marqués de Fontalba —dijo. Enseguida notó que el nombre parecía no significar nada para el presidente galaico, puesto que la duda se reflejaba de manera notoria en su cara. Por eso añadió enseguida—. Es un gran palacio restaurado que se encuentra en la Castellana —explicó y añadió sin pausa—. Creo recordar que tiene alrededor de mil metros cuadrados y una altura de tres pisos, y está magníficamente amueblado —afirmó, y para despejar todas las dudas añadió—. Recuerdo que me encantó cuando lo vi. Puedo añadir que fue un palacio que se construyó para la nobleza y que también es monumental y ostentoso en su exterior.

A Pedro Casáis no le disgustaba la oferta, y el hecho de que la superficie construida rondase los mil metros cuadrados fue el detalle que definitivamente lo convenció, puesto que su intención era albergar en él a un buen número de diplomáticos, espías y soldados.

—De acuerdo. Me parece un lugar digno —se apresuró a aceptar Pedro, y sin pausa añadió—. Quiero que quede claro que podré disponer de tus divisiones sin cortapisas si las necesito.

—¿Para qué necesitas a mis tropas? —preguntó Rojas, súbitamente sorprendido por una confesión de intenciones que le sonaba a perentoria.

En vez de dar una respuesta, Pedro se dio cuenta de que había sido demasiado ingenuo y hablado de más antes de cerrar el acuerdo, por eso, con cara que mostraba súbito enfado, se removió inquieto, y, cansado de estar sentado, se levantó, hizo unos leves estiramientos, giró la cabeza de un lado a otro, manera que podía interpretarse como desaprobatoria y, ante la mirada interrogante del madrileño, preguntó:

—¿Aceptas o no?

El tono era taxativo, y Enrique Rojas supo que debía dar la respuesta que en su fuero interno ya tenía decidida.

—Sí es tal y cómo lo propones, acepto.

—Bien. Me alegro de verdad. Creo que aquí y ahora estamos poniendo los cimientos de una nueva era de paz, aunque aún nos quedan algunas batallas que librar.

—¿A qué batallas te refieres? —preguntó el madrileño, y esta vez Pedro supo que debía ser más cauto y no mostrar todas sus cartas.

—Ya sabes que aún hay muchos focos de inestabilidad en la península y tarde o temprano tendremos que afrontar alguna nueva crisis. Te lo digo genéricamente —mintió Pedro, porque no quería desvelar todavía sus planes, y añadió:

—Quiero decir que, si es necesario, lucharemos juntos con nuestros otros aliados, y que tú contribuirás con el mayor número de efectivos de los que puedas disponer.

—Por supuesto —se apresuro a aceptar Rojas con sorpresa y rapidez, contento de formar parte de una nueva y poderosa alianza, que sin duda podría vencer la resistencia de cualquier contrario que se atreviese a enfrentarse a ellos. Además, sabía que en las guerras se podía obtener un buen botín que llenase sus depauperadas arcas, e intuyó que eso ocurriría pronto, porque presintió que el gallego ya tenía un enemigo en mente al que quería enfrentarse.

—Estupendo. Tenemos un trato por lo que veo, ¿no? —quiso corroborar Pedro, un tanto sorprendido de que en ese tema el madrileño no pusiera pega y aceptara contribuir con tropas de manera casi entusiasta.

—Tenemos un trato —respondió el menudo madrileño, al tiempo que se levantaba y extendía la mano para sellar el acuerdo, sin estar seguro del todo de que su gesto fuera correspondido.

Casáis aceptó la mano tendida y se sorprendió de la positiva franqueza que le transmitió el apretón. En un instante sus preconcebidas opiniones sobre el madrileño cambiaron y se dio cuenta de que no parecía tan repulsivo como había creído hasta entonces.

El gallego sonrió y, como siempre que llegaba a un acuerdo tenía la costumbre de celebrarlo al menos con un brindis, preguntó:

—¿Qué te parece si tomamos algo para celebrar nuestro pacto?

—Me parece estupendo —se apresuró a aceptar Rojas.

—Está bien. Si te parece vamos a comunicarle nuestra alianza a la reina, y a brindar por nuestro acuerdo con ella.

—Será un placer —respondió el madrileño de manera protocolaria, contento en su fuero interno del trato que habían acordado.

—Vamos, entonces —decidió el anfitrión, y con un gesto le indicó a su visitante que se pusiera en marcha, mientras uno de los guardias era consciente de sus intenciones y se apresuraba a abrir la puerta sin dilación.

Después de que una gran profusión de relámpagos precedieran a igual número de estruendosos truenos, las espesas nubes que oscurecían el cielo, cargadas de agua, comenzaron a descargar con fuerza torrencial sobre la ya húmeda tierra, que era incapaz de absorber más lluvia.

Las tormentas se sucedían unas a otras a finales de octubre, de manera tan intensa e inusual, que ningún meteorólogo había sido capaz de prever.

Cuando los atronadores truenos dieron paso al habitual chaparrón continuista, se escucharon más claramente los múltiples cañones de todo tipo, que disparaban a mansalva sobre las posiciones enemigas, o contra los blindados y los drones que, sin descanso, repetían los ataques sobre los blancos escogidos por los jefes militares de ambos bandos.

La ciudad estaba sitiada por tres lados y el mar, que flanqueaba su parte este, tampoco ofrecía salida, porque los navíos de guerra patrullaban sin cesar la costa, y de vez en cuando también participaban del bombardeo con misiles de crucero, que disparaban contra blancos estratégicos.

Dos divisiones gallegas atacaban desde el norte. Sus aliados valencianos lo hacían desde el sur con un número similar de fuerzas, y desde el oeste acometían de manera conjunta una división acorazada portuguesa y cuatro regimientos blindados de asalto del ejército madrileño.

La coordinada ofensiva contra la ciudad había comenzado hacía una semana, dos días antes de que el cielo, sorprendentemente, se encapotara y comenzara a descargar agua sin tregua.

Los valencianos que habían cruzado el río Llobregat se posicionaban en las zonas altas, ya que el agua amenazaba con inundar el aeropuerto del Prat, que ya había sido totalmente arrasado por las miles de bombas que habían sido lanzadas sobre los edificios y las pistas, desde infinidad de cañones y lanzaderas de todas las clases.

Los blindados ligeros gallegos también habían contrarrestado la oposición enemiga y habían cruzado el río Besós y, desde su avanzada posición, bombardeaban sin cesar las fortificaciones enemigas que todavía replicaban al cañoneo.

Por su parte, los madrileños y portugueses, casi a la par, habían dejado atrás Montjuic, y se enfrentaban a las defensas antitanque móviles, que sus adversarios habían posicionado en calles y avenidas, para contener o al menos ralentizar el avance de los blindados.

Un gran número de estrategias participaban en el asalto a Barcelona. Entre ellos destacaban José Bugallo, general gallego. Miquelot Coronado, comandando al ejército valenciano, y muchos otros oficiales del más alto rango. Sin embargo, todos los mandos móviles de las divisiones estaban en permanente contacto con el hombre

que lo dirigía todo desde el bunker de María Pita de A Coruña: Pedro Casáis.

El presidente gallego mantenía una línea permanente de comunicación con el ejército que asaltaba la gran ciudad, y era capaz de seguir el desarrollo del combate en tiempo real con la ayuda de numerosas cámaras de todo tipo, que se posicionaban en los lugares más insospechados, a pesar de que los satélites no eran de gran ayuda porque las espesas nubes impedían una imagen directa de la totalidad del área. También, un sofisticado sistema de radio le permitía recibir una cascada de información, que era filtrada por los técnicos para separar lo importante de lo superfluo, y darle a él un resumen final de lo relevante.

Esta vez, Casáis, no había ideado ninguna estrategia brillante. Se limitó a posicionar las tropas en los puntos cardinales que flanqueaban la ciudad y dar la orden de avance simultáneo, al tiempo que sus misiles y cañones de largo alcance bombardeaban sin cesar las posiciones enemigas.

Al principio, los barceloneses lanzaron su fuerza aérea contra la infantería que los asediaba, pero la mayoría de las aeronaves fueron confrontadas en el aire por la aviación de los aliados, y solo unos pocos drones lograron disparar sus misiles contra tanques y tropas, antes de ser derribados por las defensas antiaéreas de los numerosos regimientos de atacantes.

Tan pronto como las últimas docenas de aeronaves catalanas fueron derribadas, las fuerzas asaltantes fueron dueñas del espacio aéreo, y entonces pudieron dedicarse a bombardear casi impunemente la ciudad. Solo escondidas baterías antiaéreas barcelonesas lograban derribar de vez en cuando a algún drone, pero la mayoría de las veces las aeronaves actuaban casi impunemente, sin apenas oposición.

El temporal de lluvia dificultó enormemente el avance de las tropas terrestres y solo siete días después de disparado el primer tiro, los destacamentos combatían calle a calle dentro de la ciudad.

La táctica de Pedro Casáis, jefe supremo de este heterogéneo ejército, era de lo más simple. Debido al apabullante poderío militar del que disponía esta vez, intuyó que la más sencilla y clásica de las técnicas de combate: la aniquilación de la fuerza aérea enemiga, un bombardeo masivo que precedería a un ataque simultáneo en todos los frentes, sería la más adecuada para vencer la resistencia de la ciudad y conquistarla. No le importó destruir edificios emblemáticos, porque quiso que esta conquista fuese recordada por aquellos que en el futuro tuvieran la tentación de revelarse contra él. Sintió la pérdida de miles de vidas, pero acalló su conciencia y se justificó, diciéndose a sí mismo que la muerte de tantos inocentes no combatientes, serviría para evitar el fallecimiento de muchos de sus hombres si estos tuvieran que luchar mucho más tiempo.

Los civiles que habían sobrevivido a la destrucción de sus casas pensaron en principio en buscar refugio en las alcantarillas, pero la gran cantidad de agua que continuaba cayendo había inundado las cloacas, e incluso las ratas se habían visto obligadas a subir a la superficie. Los túneles del metro todavía no se habían anegado

porque disponían de un excelente sistema de drenaje, y era allí donde familias enteras habían buscado refugio y subsistían, hambrientos y ateridos de frío, sin recibir la ayuda de ninguna autoridad organizada.

Algunos, los más intrépidos, ágiles y decididos, empujados por el hambre, se habían arriesgado a subir a la superficie para rebuscar entre los restos de tiendas de ultramarinos y supermercados, y agenciarse comida. Unos pocos fallecieron en el intento, al tener la desgracia de que la onda explosiva o las esquirlas de las bombas los alcanzase, pero la mayoría de este grupo de hombres osados habían regresado cargados a la relativa seguridad de sus refugios, y compartían lo conseguido con los que les eran más afines o con los que estaban vinculados por parentesco o amistad.

Los soldados catalanes estaban llegando al límite de lo que sus fuerzas podían tolerar, y a duras penas mantenían las posiciones que les habían sido asignadas por sus mandos. La mayoría apenas habían dormido en días. No tenían donde refugiarse más que entre los cascotes de los edificios derruidos, y la mayoría tenían la ropa mojada y estaban ateridos de frío. Cuando empezaban a comprender la magnitud de las fuerzas a las que se enfrentaban, y se dieron cuenta de que debían turnarse en los descansos, puesto que hasta entonces todos habían luchado con denodado brío hasta el límite de su resistencia física, fue demasiado tarde.

Los carros de combate aliados avanzaban desde tres puntos cardinales, usando sin reparo una amplia variedad de municiones: proyectiles perforantes HEAT, fosforo blanco, y un eficaz y letal proyectil antipersonal conocido como «flechette múltiple».

Además, en una cúpula giratoria independiente, los tanques llevaban ametralladoras pesadas, que disponían de un periscopio de tres aumentos, y que podían ser disparadas desde dentro, mientras los vehículos estaban cerrados. Los temibles blindados también disponían de otra ametralladora en una montura coaxial, que se disparaba con el mismo sistema de control computarizado usado por el cañón principal.

Muy pocas veces los blindados encontraban obstáculos insalvables que debían rodear. Eran capaces de subir montañas de cascotes, atravesar paredes, o empujar un sinnúmero de obstáculos solo con la fuerza bruta que sus motores transmitían a la resistente tracción de orugas.

Los tanques llevaban con ellos a un innumerable contingente de tropas diversas, puesto que en la guerra urbana estos vehículos podían ser emboscados fácilmente por enemigos decididos.

Las tácticas de guerra se complican en un ambiente tridimensional y eso los mandos de las fuerzas atacantes lo sabían. Estaban al tanto de que los campos de visión y fuego eran limitados por edificios, ruinas, escondites, y puntos a cubierto donde se refugiaban los defensores. También jugaban en contra las infraestructuras subterráneas, y la facilidad para posicionar explosivos, trampas y francotiradores. Las diversas construcciones, aunque ruinosas por los continuados bombardeos, (las vías subterráneas, cercos, parques) implicaban para las tropas combatientes mucha menos

libertad de movimientos, y un mayor riesgo en sus avances, y, por supuesto, dificultaban la efectividad de las armas pesadas (de los tanques principalmente). Al mismo tiempo estas estructuras permitían a los combatientes disponer de refugios y parapetos, que facilitaban la defensa de los catalanes y dificultaban el ataque de los aliados.

Eso era bien sabido por los asaltantes y por ello posicionaron en infinidad de puntos a un gran número de francotiradores, que tenían la misión principal de localizar y abatir a los emboscados contrarios y también, por qué no, disparar principalmente contra todos aquellos que, en opinión de los tiradores de élite, pudieran representar una amenaza.

Los asaltantes contaban con otra arma que les daba ventaja: su variada fuerza aérea.

En cuanto entablaban batalla con opositores en cualquier punto de la ciudad, los comandantes de los pelotones solicitaban apoyo aéreo, y las zonas desde las que les ofrecían resistencia eran bombardeadas hasta que quedaban arrasadas.

Siete días después de comenzada la ofensiva, cuando la lucha se libraba barrio a barrio y calle a calle, dejó repentinamente de llover. Las nubes se alejaron, empujadas por un súbito viento del nordeste, y tras ellas los refulgentes rayos de sol bañaron con su luz la ciudad y, además de ofrecer un débil calor tibio, dejaron ver claramente la destrucción y la escabechina que las guerras producían.

Miles y miles de cadáveres, caídos en posturas grotescas, muchos de ellos desmembrados, presentaban distintos grados de descomposición y apestaban el aire, haciéndolo vomitivo y casi irrespirable. Eso fue lo que detuvo temporalmente los combates terrestres.

En ambos bandos se dieron cuenta de que debían aprovechar la huida de la tormenta e incinerar a los muertos.

Sin acuerdo tácito se pusieron manos a la obra. Aprovechando cualquier material combustible, y rociándolo generosamente con acelerantes del fuego (gasolina y queroseno, principalmente) erigieron, de manera rudimentaria pero eficaz, infinidad de grandes piras funerarias.

Al poco, docenas de hogueras ardían a lo largo y ancho de la ciudad, y la humareda y el olor a podredumbre fue paulatinamente sustituido por el inconfundible tufillo a carne quemada, que también resultaba desagradable para todos porque conocían el origen del hedor, pero aún así era mucho más soportable que el hediondo olor de la descomposición.

La tarea de incinerar los miles de cadáveres era un trabajo desagradable pero necesario, y todos aquellos que habían sido designados por sus mandos para llevarla a cabo, aceptaron resignados su ingrato cometido.

Sin embargo, el paréntesis en la lucha duró poco. Enseguida, los ansiosos mandos militares aliados, intuyendo que los catalanes estaban en un momento crítico, y que todavía no habían sido capaces de establecer líneas de abastecimiento

ininterrumpidas y sostenibles, para los soldados que presentaban oposición directa a los atacantes, en las trincheras del frente, dieron la orden de avanzar y los combates se reanudaron.

Los carros de combate, a modo de fortalezas móviles, avanzaron, tratando de aniquilar a todos aquellos que los confrontaban tras improvisadas barricadas. Los cañones de centenares de tanques, disparando sobre cualquier probable amenaza, o simplemente abriendo fuego para explotar obstáculos, producían un sonido estruendoso que se propagaba por toda la urbe. También, infinidad de ruidos, entre los que destacaban miles de disparos, sonidos de motores y las tracciones de los vehículos y los gritos humanos, dando órdenes o lamentándose quejumbrosamente de sus heridas, componían una cacofonía de sonidos que alteraba los nervios de los más templados.

Poco a poco los aliados fueron confluyendo en el corazón institucional de la ciudad (el barrio gótico) y la plaza de Cataluña. Antes, habían hecho retroceder a los soldados supervivientes barceloneses de La Ribera El Borne, El Ensanche y El Raval.

Al verse confinados en tan poco espacio, sin tiempo de erigir defensas, con las líneas de aprovisionamiento cortadas. Viendo como centenares de compañeros perdían la vida ante el machacón bombardeo de los carros de combate aliados, comenzaron a rendirse.

En cuanto los primeros pelotones tiraron las armas y levantaron las manos, su contagioso ejemplo acabó por desmoralizar a los demás, y poco a poco, al tiempo que cada vez hacían más prisioneros, el sonido de las armas fue haciéndose cada vez más espaciado, hasta que, en un sorprendentemente breve espacio de tiempo después de la primera rendición, solo se escuchaban disparos esporádicos, que provenían en su mayor parte de los subterráneos del metro.

Pelotones de aliados habían entrado en los túneles y se encontraron con las docenas de miles de civiles que se habían refugiado allí. Lógicamente los hicieron prisioneros, y sin apenas necesidad de usar la fuerza (solo algunos miembros de las fuerzas del orden ofrecieron resistencia y fueron abatidos) los obligaron a subir a la superficie.

Los intendentes y zapadores del ejército aliado, aprovechando algunas estructuras que, en parte, se mantenían en pie, y usando, principalmente, alambre de espino, fueron capaces de erigir endebles recintos, que usaron como improvisados campos de concentración.

Así, al anochecer del octavo día del ataque a la ciudad de Barcelona, las fuerzas combinadas aliadas declararon oficialmente la victoria y la conquista de Cataluña concluyó.

Pedro Casáis estaba visiblemente nervioso y su esposa Elena lo notó enseguida, en cuanto entró en la salita en la que él se hallaba a solas.

Ambos se miraron a los ojos e inmediatamente dos sonrisas simultáneas iluminaron las caras de la compenetrada pareja.

Ella se acercó a la ventana junto a la que estaba él: una amplia cristalera del tercer piso del palacio real de Oviedo, desde la que se podía contemplar una panorámica vista de la ciudad, e impulsivamente le dio un beso sedante con la intención de insuflarle fuerza y ánimo. De seguido ella retuvo la cara de su marido entre sus acariciantes manos, y, mirándolo fijamente a corta distancia, le preguntó:

—¿Cómo estás?

—Nervioso —admitió él sin dudar.

Elena de Montemayor ya sabía eso y la respuesta le salió inmediatamente.

—No tienes por qué estarlo. Según mis informes todo está saliendo a la perfección, tal y como planeamos.

—Todo no —negó él, y la negativa respuesta hizo que una mueca interrogante se plasmara en la cara de la mujer.

Sabiendo que debía explicarse mejor, Pedro no lo dudó y, como para librarse de un peso que lo agobiaba, confesó:

—Ya sabes que dos de mis antiguos camaradas de armas. Los generales José Bugallo y Damián Rama, se oponen a mi coronación y están liderando un complot para destituirme.

—Creí que ya habías tomado cartas en el asunto y enviado a algunos de tus hombres de confianza para solucionar el problema.

—Y lo hice, pero todavía no sé si han podido cumplir el encargo —confesó él.

Como si la providencia quisiera hacerse notar, un guardia de su escolta personal entró y anuncio inmediatamente después de acercarse y adoptar una rígida posición de firmes.

—El jefe de los servicios de inteligencia acaba de llegar y ha pedido veros, señor.

Ansioso por saber lo que su hombre de confianza tenía que decir, Pedro ordenó, tratando de disimular su inquietud.

—Hazlo pasar.

Enseguida hizo su entrada el jefe de los servicios de inteligencia, Hernán Castro, vestido con traje negro de calidad, muy bien cortado, sobre un delgado jersey de cuello alto del mismo color.

Se detuvo a dos pasos de la pareja e hizo una ligera reverencia a la reina, antes de adoptar una erguida y respetuosa posición castrense, desvelada claramente por las palmas de las manos que mantenía pegadas a los muslos ante su señor.

—Descansa Hernán —ordenó el presidente, con la intención de que su subordinado se relajase y le contase lo que tanto deseaba saber, y sin pausa preguntó —. ¿Cómo ha ido?

Castro notó la ansiedad contenida en el tono de su jefe y una ligera sonrisa tranquilizadora se plasmó en su cara, al tiempo que respondía escogiendo las palabras.

—Las cosas no han salido exactamente como planeamos pero el resultado es más o menos el esperado.

—No me vengas con rodeos. Explícate de una vez —exigió Casáis con un tono arisco, y un fugaz ramalazo de ira en su rostro, que su subordinado notó. Por eso se apresuró a contestar:

—Se han resistido y hemos tenido que matarlos.

La confesión lo aclaraba casi todo, y por un instante el silencio imperó, mientras el presidente ordenaba sus ideas.

—¿Ha habido muchos muertos? —preguntó, intuyendo que los dos generales rebeldes no estaban solos.

—Diez oficiales más han perecido en los enfrentamientos y hemos capturado a otros quince.

Pedro Casáis asentía maquinalmente con la cabeza, al tiempo que sus neuronas se agitaban inquietas antes de ocupar su lugar y concluir que el resultado era claramente favorable a la testa del hombre que habitaban.

—¿Hay alguien más que cuestione abiertamente mi decisión? —quiso saber el presidente, sabiendo que una respuesta indudable no era posible, puesto que no podían controlarse los pensamientos y las acciones de todo el mundo.

Así lo entendió el jefe de los servicios de inteligencia, por eso se limitó a decir:

—No que yo sepa, señor.

—No debes preocuparte tanto —intervino Elena, y las miradas de los dos hombres convergieron simultáneamente en ella, interrogantes.

—Has estado semanas hablando personalmente con todos los mandatarios de la península, y tanto los reyes como los presidentes han considerado que la decisión de unificar la península bajo tu mando era la adecuada para mantener la cohesión y acabar de una vez por todas con décadas de conflictos —dijo ella, y después de hacer una breve pausa para reorganizar sus ideas y tomar aire, continuó con elocuencia:

—Los demás no son tontos y han comprendido que, para que la paz se mantenga, es necesario que solo uno ostente el mando supremo. Por eso han comprendido que tu coronación como emperador es lo adecuado en estas circunstancias —dijo y calló, recuperando la compostura, con las mejillas levemente coloreadas y la respiración algo alterada por la vehemencia que había empleado.

—Estás convencida de lo que dices, no me cabe duda. Si todos me dieran la mitad del apoyo que tú me das, no tendría por qué preocuparme —dijo él, con una inflexión de voz, que aún sin pretenderlo revelaba un cierto tono de ironía. Por eso ella también

usó el cinismo para responder:

—Parece ser que todos están más convencidos que tú de que lo mejor es establecer una monarquía militar hereditaria, en la que ellos se sienten cómodos. Saben que son la realeza del imperio, unos por herencia y otros por mérito, y, si eres capaz de mantenerlos contentos por un tiempo, tu poder se fortalecerá de tal manera que, al poco, será imposible para cualquiera cuestionarte, y lo sabes —dijo Elena y calló, satisfecha de haber sabido dejar las cosas claras, en su opinión.

El jefe de los servicios de inteligencia, sorprendido por su vehemencia y claridad de pensamiento, la miraba con un cierto grado de admiración, y Pedro, conocedor de su mujer era la clarividencia personificada en un cuerpo escultural, se congratuló y sonrió abiertamente, y sin cortarse dijo con toda la convicción de la que era capaz.

—Te quiero ¿Lo sabes, verdad?

—Lo sé —respondió ella, asintiendo repetidamente con la cabeza, ahora con una enigmática sonrisa, algo irónica, en su cara, sin sentirse obligada a replicar y decir que ella también lo quería.

Sin embargo, antes de que Pedro tuviese tiempo de agradecerle a su hombre de confianza, Hernán Castro, los servicios prestados, a Elena le vino a la mente algo que, de alguna manera, reforzaba lo que acababa de afirmar con vehemencia:

—Todos los mandatarios de la península están aquí, en Oviedo, dispuestos a competir por los mejores puestos en la Catedral. Y yo he encargado a mi jefe de protocolo que sea él quien se encargue de esa peliaguda cuestión —confesó ella, ya con una abierta sonrisa que casi se convierte en carcajada.

—Gracias, Hernán. Has hecho un magnífico trabajo y te mereces un descanso —elogió el presidente y añadió—. Puedes retirarte.

—Gracias, señor. Iré a descansar un rato pero después asistiré a la coronación. Y añadió sonriente mirando a la reina—. Yo sí sé dónde está mi sitio.

Su gracia fue merecedora de las sonrisas de la pareja, y sin dudar, mostrando una evidente cara de contento, hizo una protocolaria inclinación de cabeza, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta que un centinela se apresuró a abrir y a cerrar, en cuanto el jefe de los espías hubo salido.

—Faltan solo dos horas para la ceremonia y la plaza de la Catedral ya está abarrotada de gente, me han dicho —manifestó Elena.

—Ya, yo también estoy informado de eso —y añadió, al tiempo que sus ojos miraban más allá del gran ventanal panorámico, que se asentaba en el lado este de la habitación, y le permitía ver que el cielo estaba casi despejado, en el que solo algunas huidizas nubes blanquecinas se desplazaban perezosas, debajo de la débil luz solar mañanera, del último domingo de diciembre del año 2070.

—Hace frío fuera —le recordó ella, sin venir a cuento.

Él asintió con un gesto de cabeza, en silencio, imbuido en sus propios pensamientos, sin sentir la necesidad de hablar del tiempo.

—Debemos vestirnos para la ceremonia, creo que ya es hora —manifestó Elena,

y añadió—. Sí. Ya sé que hemos discutido los detalles y los tiempos, pero yo prefiero adelantarme un poco a tener que apurarme en el último momento.

—Tienes razón, aunque a mí no me apetece mucho ponerme tan pronto el pesado manto ceremonial.

—No tienes por qué hacerlo ahora. Puedes ponértelo justo antes de entrar en la Capilla Mayor.

—Vamos allá —concedió él, y cada uno se dirigió a su propio vestidor, donde les esperaban los lacayos para vestirlos y acicalarlos.

A las once y media, coordinados por sus asistentes personales, que iban y volvían con recados, se encontraron de nuevo en el pasillo de la planta baja del palacio, que conducía al aparcamiento, y se miraron el uno al otro con aprobación.

—Él vestía un impecable traje de gala de general en jefe del ejército, y dos de sus asistentes acarreaban, envuelto, el pesado manto de terciopelo y armiño, que pensaba ponerse antes de entrar en la nave mayor del templo.

Elena lucía un vestido de color azul intenso. Su pelo estaba sencillamente peinado, con raya a un lado y moño bajo. Un maquillaje delicado y natural resaltaba su belleza. Exhibía un broche de brillantes en la solapa. Pendientes de diamantes con zafiros encuadraban sus facciones. Sobre su regia cabeza llevaba una tiara de diamantes y zafiros de 166 quilates. Además, en la parte superior de su vestido llevaba aplicaciones de pedrería y cristal bordadas a mano.

Una nutrida escolta les flanqueaba, y el matrimonio, después de regalarse mutuamente sonrisas de ánimo, de manera instintiva, como para darse apoyo mutuo, se cogieron de las manos y caminaron, ahora sí ya con determinación, hacia el patio exterior donde un pequeño aerodeslizador, de no más de diez metros de diámetro, les esperaba con un piloto a los mandos.

Subieron y se acomodaron junto al bulto que era el manto que él debía lucir más tarde, y enseguida se elevaron sobre los edificios más altos de la ciudad. El viaje fue breve y en todo momento estuvieron vigilados y protegidos por aerodeslizadores y aviones de combate, que patrullaban la urbe y, simultáneamente, no les perdían de vista, para impedir que nadie pudiera entrar en ese espacio aéreo y significar una amenaza.

La pequeña aeronave fue claramente avistada por la variopinta y engalanada multitud, que lucían sus mejores vestimentas en este día histórico, el domingo 28-12-2070, y abarrotaba la explanada empedrada, que era el patio de la gótica Catedral de San Salvador de Oviedo.

Las multitudes, enfervorecidas de contento, saltaban y saludaban a los pasajeros del aerodeslizador, al tiempo que los vitoreaban, porque intuían, acertadamente, que en la aeronave viajaba la reina a la que idolatraban, y también el hombre que había traído la paz a la península, y que iba a ser merecidamente coronado emperador de Iberia.

La pequeña aeronave, guiada por un piloto experto, descendió verticalmente

sobre el Claustro abierto de la catedral y aterrizo en el centro, sobre un campo de césped recién cortado.

El Claustro es una obra gótica, por supuesto, al igual que la Catedral, aunque ha sido construido en diferentes fases. Tiene forma rectangular y sus dimensiones de 27x32 m. Los lados largos de este patio interior están formados por una arcada de cuatro arcos y los cortos por tres, y el jardín propiamente dicho, es un lugar espacioso, en el cual una aeronave pequeña podía aterrizar sin problemas, y así fue.

Tan pronto como la puerta se abrió, Pedro y Elena se apresuraron a bajar.

Debajo de las arcadas, en todos los puntos cardinales, codo con codo, se apostaban numerosos guardias armados con subfusiles ametralladores, pensados para proporcionar gran cadencia de fuego en distancias cortas, y pistolas.

De los lados aparecieron media docena de sirvientes y dos preciosas jovencitas, enfundadas en vaporosos vestidos, que habían sido escogidas para mantener elevada la cola del manto cuando su portador se moviera.

Pedro y Elena se apartaron del aparato, pisaron el empedrado y esperaron a que los sirvientes cumplieran su función, y le pusieran y sujetaran el manto sobre los hombros.

—Llegamos con el tiempo justo —dijo Elena, después de tomar familiarmente la mano de una de las engalanadas sirvientas, que se había presentado a su lado, y mirar su reloj, y sin pausa añadió—. Faltan dos minutos para las doce.

—Vamos, pues —respondió Pedro, al tiempo que ofrecía su brazo izquierdo a su esposa.

Así, caminando a la par, cogidos del brazo, siendo él ayudado por las dos diligentes chicas que elevaban el extremo de su manto de armiño, se encaminaron al interior de la monumental Catedral.

Después de cruzar la sala capitular (la zona más antigua de la estructura gótica de la catedral) llegaron a la abarrotada nave central.

El templo resulta imponente por la proporción de su nave mayor (20 metros de altura por 67 de largo y 10 de ancho), y todas las bancadas de la majestuosa Iglesia estaban abarrotadas por los más altos dignatarios de la península ibérica: reyes, príncipes, presidentes, primeros ministros, militares del más alto rango, personalidades de las ciencias, de las artes, de la cultura, del clero y de otros muchos colectivos, que habían tenido la suerte de ser invitados.

Todos ellos se levantaron para mostrar respeto a la insigne pareja.

Los invitados no eran todos los que se encontraban en el interior de la Catedral. Las naves de transepto y las esquinas de la nave central estaban abarrotadas de soldados de la guardia real, vigilantes, que no quitaban sus ojos de la multitud.

Pedro y Elena, serios y mayestáticos, subieron y se detuvieron frente a dos ornamentados reclinatorios reales, que se habían colocado sobre el amplio ábside de la poligonal capilla gótica.

El arzobispo de Oviedo: un cincuentón pulcro, hedonista, de mejillas sonrosadas

y ojos pequeños, alto y flexible, vestido con su ornamentada sotana ceremonial, en la que destacaba una gran cruz de oro macizo, cubriendo su rapada cabeza con una lujosa mitra, se apresuró a salir de detrás de la mesa del altar, tras la que había esperado impaciente, y se plantó delante de la noble pareja, justo al lado de una tarima provisional, cubierta completamente de terciopelo rojo, sobre la que, encima de cojines escarlata, se hallaban los símbolos reales: la corona, el cetro, el orbe, la espada, y el estandarte con la bandera.

El experimentado prelado, muy a su pesar, no pudo dejar de exhibir algo de nerviosismo, porque esa era una ceremonia que obviamente nunca había celebrado. Por eso se limitó a saludar, al tiempo que, maquinalmente, hacía una ligera reverencia con la cabeza, mirándolos alternativamente a ambos, con mirada aprobatoria, y escuetamente decía:

—Bienvenidos.

Como esperaba no obtuvo respuesta, y tanto Pedro como Elena se limitaron a mirarlo de manera insondable.

Mirando a la multitud que no le quitaba ojo, el arzobispo dijo con recuperada confianza.

—Nos hallamos aquí reunidos para proceder a la coronación de estas nobles personas a las que tanto debemos, y para mi es un orgullo inmenso officiar esta histórica ceremonia.

Gracias a un diminuto micrófono inalámbrico su sosegada voz se reprodujo en los altavoces de la Catedral, que estaban repartidos estratégicamente por el interior, y también por la explanada exterior, y llegó nítidamente a todos los asistentes, tanto a los que podían ver a la pareja como a los que no. Además, cada palabra estaba siendo grabada y si todo salía bien sería retransmitida en diferido, por multitud de medios de comunicación, a todos los rincones de la península.

—Ante todo quiero explicaros que debo bendecir estos simbólicos objetos —dijo, señalando la mesa cubierta de terciopelo rojo, y casi sin pausa añadió, al tiempo que cogía el primero y más importante de los adminículos: la corona, y decía:

—Este objeto representa la soberanía del Imperio y también simboliza la dignidad del Jefe del Estado —explicó y lo posó de nuevo sobre un cojín.

—La espada encarna el poder del rey —dijo de la segunda pieza, al tiempo que también la elevaba, sujetando la vaina con ambas manos, para que todos pudieran verla, y de seguido eligió el siguiente de los objetos que debía nombrar—: El cetro simboliza la autoridad real. El orbe personifica los dominios territoriales del emperador. Y el estandarte real unifica todos los pueblos de la península —terminó diciendo, ante un público expectante y silente. Solo algunos carraspeos involuntarios se dejaban oír de vez en cuando, y los que los producían sentían el peso de las miradas reprobatorias sobre ellos.

Terminada la concisa explicación, el arzobispo bendijo los símbolos del imperio, de manera un tanto teatral, al tiempo que los rociaba con agua bendita.

Una vez hecho eso, ya con las manos libres, el prelado volvió a elevar la corona y se acercó a Pedro Casáis que, junto a Elena, acababan de arrodillarse en sus respectivos reclinatorios.

El arzobispo, esforzándose por controlar su nerviosismo y no temblar, sostuvo la corona sobre la cabeza del todavía presidente, y a continuación repitió la misma operación con la reina Elena (todo ello mientras recitaba una bien aprendida y repetitiva bendición), coronándolos así a ambos emperador y emperatriz.

En poco tiempo la ceremonia de investidura llegó a su fin, y, mientras el prelado volvía la simbólica corona a su lugar sobre la mesa, Pedro y Elena se levantaban y se encaraban con el público, sonrientes ambos, liberados en gran parte de la tensión.

Los asistentes a la ceremonia, asombrados de haber asistido a un acontecimiento histórico único, se inclinaron reverencialmente todos a una, ante la regia pareja, y al recuperar la verticalidad sintieron también que la tensión se volatilizaba, y espontáneamente comenzaron a aplaudir, aunque el ceremonial todavía no había terminado. Faltaba el juramento del flamante emperador.

Un director de ceremonias subido al púlpito izquierdo de la Capilla Mayor comenzó a gesticular, agitando las manos repetidamente, con las palmas hacía abajo, lo que evidentemente indicaba que se sentaran y se mantuvieran en silencio.

Poco a poco todos volvieron a sentarse y, de nuevo callados, esperaron el siguiente acto de la presurosa ceremonia.

El ya coronado emperador y su regia esposa avanzaron un par de pasos, y se situaron tras sendos micrófonos antiguos, que se sustentaban sobre barras extensibles fijadas a trípodes, y estaban previamente ajustados a las respectivas alturas de la pareja.

Un sirviente se apresuró a acercarse al emperador y entregarle un grueso tomo, que era en realidad la carcasa vacía de un libro, en cuyo interior solo había una hoja de papel con el texto del juramento, que el emperador debía pronunciar como colofón a la ceremonia.

Con voz alta y clara, Pedro Casáis se dirigió a los que desde ese instante eran sus súbditos.

—Juro ante todos vosotros que mantendré y defenderé el nuevo estatuto del imperio y la Constitución —afirmó, hizo una brevísima pausa en la que tomó aire y continuó:

—Juro que defenderé y conservaré con todas mis fuerzas la independencia del imperio y sus territorios; que protegeré la libertad y los derechos de todos los ciudadanos de la península ibérica, y que con todos los medios que me ofrezcan las leyes procuraré y conservaré el bienestar de esta gran nación así como su progreso, como le es debido a todo buen monarca. ¡Qué Dios todopoderoso me ayude en esa tarea! —terminó diciendo el gallego con pretendida voz pía, a pesar de que él era un ateo práctico.

El atento sirviente volvió a hacer acto de presencia y recogió el falso libro que

previamente había facilitado a su señor, y desapareció de nuevo.

Tras un leve instante de duda los asistentes a la ceremonia se dieron cuenta de que todo había concluido. Mirándose unos a otros para confirmar que sus apreciaciones eran ciertas, comenzaron a levantarse los primeros. Enseguida todos se pusieron en pie, sonrientes, y los primeros espontáneos comenzaron a aplaudir por segunda vez. Inmediatamente el aplauso se hizo estruendoso y los vítores comenzaron a competir en intensidad:

—¡Viva el emperador! —dijo el primero y muchos añadieron

—¡Vivaa! ¡Vivaa!

—¡Larga vida los reyes! —dijo otro, entusiasmado, sin importarle que el léxico no fuese del todo preciso.

—¡Vivan los reyes! —dijo un tercero, contagiado, y otros muchos le corearon.

—¡Vivaaaannn!

—¡Vivan sus majestades! —exclamó otro, y también fue coreado por docenas de voces vibrantes.

Incluso se escuchó: ¡Guapos! ¡Guapos! y nadie lo consideró incongruente.

Los vítores y los aplausos espontáneos continuaron durante algunos minutos, y Tanto Pedro como Elena correspondieron a las muestras de cariño con sonrisas radiantes y saludos agradecidos, agitando cariñosamente sus respectivas manos derechas.

En un momento dado, el maestro de ceremonias, que hasta entonces se había mantenido en un segundo plano, hizo acto de presencia en el ábside, e indicó con un gesto a los monarcas que era el momento de retirarse.

Le hicieron caso, y sin dejar de saludar, la feliz pareja se encaminó de nuevo a la puerta que daba acceso al Claustro, donde les esperaba el pequeño aerodeslizador que los había llevado allí.

La aeronave parecía haber sufrido una metamorfosis. La curvatura frontal de la máquina se había modificado, y las aceradas contraventanas interiores se habían retraído para dejar a la vista solo una gruesa coraza de cristal antibalas transparente.

Era evidente que se pretendía dejar ver una parte del interior de la nave, en la que habían fijado dos asientos paralelos que semejaban tronos.

Los recién coronados sabían perfectamente lo que se esperaba de ellos. Entraron y tomaron asiento.

Enseguida, la aeronave comenzó a elevarse lentamente hasta salir del confinado Claustro. Una vez fuera, muy despacio, se encaminó a un punto vallado de la plaza de la Catedral, donde una numerosa multitud enfervorizada esperaba la anunciada presencia de los monarcas.

Ante multitud de ojos, el ingenio volador se situó sobre el delimitado espacio, y bajó hasta quedar sustentado a dos metros de altura del empedrado suelo, gracias a que sus toberas, de inclinación variable, expulsando la cantidad exacta de aire, con la potencia apropiada, en el ángulo correcto, permitían al pequeño aerodeslizador

mantenerse estático en el aire.

Empujada por el aire expulsado por las diminutas toberas laterales, controladas por el experto piloto que no se dejaba ver, la nave comenzó a girar lentamente sobre sí misma, para que todos pudieran ver a la pareja real y dar rienda suelta a su alegría.

Los monarcas, sonrientes, se mantenían sentados, pero saludaban sin descanso, mirando directamente a la multitud, tratando de que todos los asistentes se sintieran receptores directos de la regia salutación gestual.

Todos los presentes estaban allí por voluntad propia. Nadie les había coaccionado para que llenaran la plaza. La mayoría lo hacían porque pensaban que por fin la paz era algo más que un deseo inalcanzable, que hasta hacía muy poco les habría parecido una utopía a todos los que ahora festejaban. Creían que por fin las guerras intestinas se habían acabado y que podían disfrutar de una paz duradera. Por esa razón el sentimiento predominante era el de regocijo, y eso y los licores que comenzaban a libar, y a compartir ya sin disimulo, puesto que los más previsores se las habían arreglado para llevar algún tipo de bebida espirituosa, les hacían más desinhibidos, ya que es bien sabido que el alcohol acentúa los sentimientos predominantes, en este caso el contento. Por eso, un sinnúmero de asistentes, gesticulantes y vocingleros, vitoreaban a los monarcas de mil maneras.

Era evidente que la fiesta iba a continuar durante el almuerzo y más allá. Y también los monarcas iban a asistir a una ostentosa y copiosa comida en palacio, al que estaban invitados la totalidad de los más altos dignatarios de la península ibérica (solo unos pocos notables no estarían presentes, no por desacuerdos o desavenencias sino por causas de fuerza mayor, tales como súbitos accidentes que les obligaban a permanecer en reposo).

Finalmente, el aerodeslizador se elevó lentamente, y en cuanto alcanzo la altura de crucero aceleró suavemente y se dirigió al cercano helipuerto del Palacio Real de Oviedo.

Ya liberado del pesado manto de armiño que había tenido que soportar, y que yacía de cualquier manera a un lado, ocupando un espacio considerable del pequeño aerodeslizador, Pedro Casáis, o mejor dicho, Pedro I de Iberia, título al que tenía que acostumbrarse sin tardar, se giró hacia su esposa, mostrando una sonrisa de circunstancias en la que el nerviosismo todavía era evidente.

Ella, asimismo sonriente, aunque mucho menos nerviosa, lo conocía bien y, dejándose llevar por su instinto, le cogió la mano izquierda entre las suyas, como para transmitirle su energía y apoyo incondicional, y cuando él, agradecido, sintió todo el cariño que el contacto pretendía transmitir, dijo:

—Has estado magnífica —y añadió—. Tu serenidad me ha ayudado mucho —expresó, al tiempo que apoyaba su derecha sobre las otras tres manos que estaban en contacto.

—Lo has hecho muy bien. Has actuado con mucha dignidad y me he sentido muy orgullosa —afirmó ella convencida.

Él notó que era sincera, y por eso no quiso seguir insistiendo en un tema del que estaba todo dicho.

—Ahora viene lo difícil —dijo Pedro de seguido.

Ella frunció el ceño y achicó los ojos, interrogante, antes de preguntar:

—¿A qué te refieres con difícil?

—A gobernar gentes tan diferentes, que han sido enemigos tantos años y que recelan los unos de los otros —respondió él, tratando de ser conciso y expresar lo que sentía en pocas palabras.

—Creo que te equivocas —afirmó ella rotunda, al tiempo que retiraba las manos y se alisaba el vestido maquinalmente.

La expresiva cara del flamante emperador adoptó un gesto claramente interrogante, algo irónico, y esperó que su categórica esposa se explicase.

—Todos los ibéricos tienen muchísimas cosas en común —afirmó ella, y como él seguía con el gesto de duda grabado en su rostro, esperando oír algo que no supiera, ella se sintió impelida a continuar:

—La gastronomía es diversa pero todos disfrutan con los platos típicos de los demás —dijo ella, y notó que ese improvisado argumento no parecía lo suficientemente convincente. Por eso, tratando de expresar con palabras lo que hasta entonces era solo un convencimiento condicionado por una educación convencional, frunció el ceño y trató de encontrar las palabras que corroboraran su percepción.

—La mayoría de tus súbditos comparten el gusto por la vida y son, en general, alegres, cordiales, cálidos, apasionados, comunicativos, y a casi todos les gusta gozar de los placeres —dijo Elena, e hizo una breve pausa, que su esposo no interrumpió, antes de continuar:

—Ahora todos se sienten unidos por la esperanza y anhelan una paz definitiva después de tantos años de guerras. Por eso creo que la gran mayoría apoya el *statu quo* actual, y harán lo posible para apoyarte y denunciar cualquier complot contra ti —afirmó ella, y calló, esperando que su simple explicación generalista fuese suficiente para convencer a su esposo, y así, algo a la defensiva, dispuesta a mandarlo a tomar viento si a él se le ocurría que fuera más precisa, esperó.

—Pedro sonrió con contenido regocijo. A pesar de que los improvisados argumentos de su mujer dejaban muchas interrogantes sin respuesta, era lo suficientemente inteligente para no seguir polemizando y por eso cambió de tema.

—Estás preciosa —dijo, al tiempo que dejaba que su mano acariciara la ligeramente sonrosada mejilla derecha de su esposa.

—¿A qué viene esto ahora? —quiso saber ella— y añadió con fingido enfado.

—¿Estás cambiando de tema para no llevarme la contraria?

—Ja, ja, ja, ja —se carcajeó él de manera completamente espontánea, y Elena lo miró con una mezcla de aturdimiento y perplejidad que no contenían enfado.

—Cariño. Tú siempre tienes razón, y aunque no la tengas hay que dártela —dijo él, y la carcajada brotó de nuevo— Ja, ja, ja —al ver que ella, tal y como pensaba,

reaccionaba con una mezcla de irritación y perplejidad fingidas.

—Así que afirmas sin cortarte que muchas veces me das la razón como a los tontos, ¿es eso?

—No, no, no. Es evidente que me he metido en un berenjenal del que no tengo salida, ja, ja ja —respondió él sonriente, sin ser consciente del todo del inmenso poder que ahora detentaba, y que le permitía negarse a dar explicaciones sin que nadie pudiese cuestionarlo. Llegados a ese punto, ella también sonrió y dijo—. Ya ajustaremos cuentas en otro instante. Este no es el momento ni el lugar de discutir sobre el tema. Pero en cuenta de que esta conversación continuará —dijo ella, al tiempo que hacía un pretendido gesto amenazante con el dedo índice.

Él volvió a recurrir al galanteo y dijo:

—Te quiero con locura. ¿Lo sabes, verdad?

—Lo sé —admitió ella, y añadió—. Pero ten en cuenta que tu zalamería no anula lo que me has dicho —afirmó, pero sus gestos la contradijeron. De manera maquinal sus manos se unieron como para darse apoyo mutuo, y mientras el aerodeslizador aterrizaba en el helipuerto del Palacio Real los pensamientos de cada uno tomaron derroteros diferentes, y en un instante, Pedro fue capaz de pensar en lo que el futuro podía depararle, y en cómo afrontar la ingente tarea que había asumido.

La inminencia del banquete y su obligada avenencia cómplice con los asistentes era algo que no le inquietaba. Sabía mostrarse zalamero y encantador si se lo proponía. Sus preocupaciones iban más allá del momento actual. Pensaba en el futuro y en cómo debía reaccionar ante los más que probables retos que los años venideros le depararían. Sin embargo, repentinamente, desechó todos los sentimientos negativos que su analítica mente le permitía considerar, y en ese mismo instante decidió que la preocupación por el futuro era un sentimiento erróneo, y que no valía la pena quejarse y desear que las cosas fueran de otra manera. Ya había conseguido mucho más que cualquiera de los hombres que había conocido, y en el proceso había aprendido a desterrar el sentimiento de tribulación.

El emperador se dio súbita cuenta de que, ahora que detentaba el poder absoluto, se sentía libre de culpa por todo lo que se había visto obligado a hacer, y que no experimentaba ninguna ansiedad inmovilizante, por hechos que sucedieron en el pasado.

De súbito, Pedro, volvió a la realidad del momento presente y vio que, en los breves instantes de ensimismamiento, su esposa, juzgando acertadamente que estaba reflexionado, se había mantenido en silencio, esperando pacientemente a que él saliese de su introversión.

Sonrió con calidez a su bella mujer y, viendo que la rampa de la aeronave estaba desplegada, dijo sesudamente al tiempo que se levantaba.

—Vamos. Nos espera un día muy ajetreado, y debemos cumplir con el papel que nos corresponde en la obra que se representa en el gran teatro del mundo —manifestó, sin darse cuenta de que estaba citando el título un famoso libro del

dramaturgo madrileño Pedro Calderón de la Barca.

En Coruña — 2015-07-15